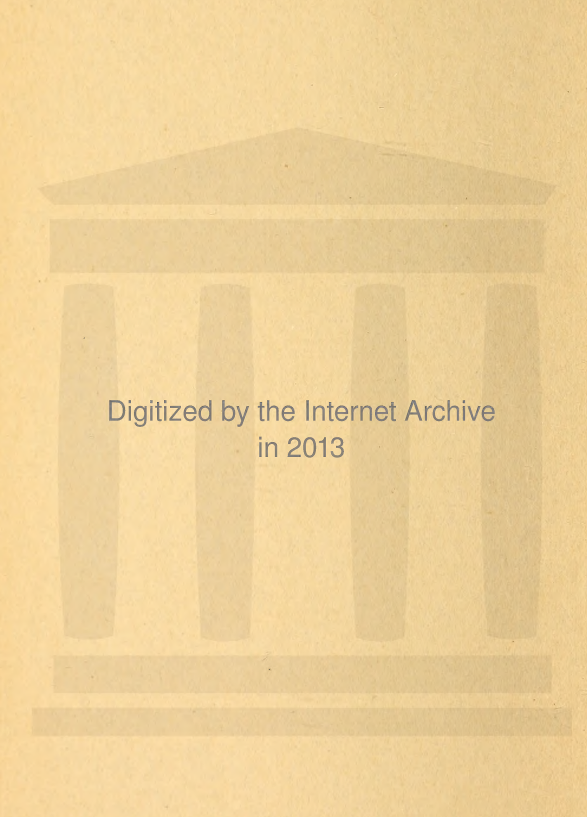

3 1761 09544671 2



CARTAS FINLANDESAS

OBRAS DE ÁNGEL GANIVET

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

Cartas finlandesas. Segunda edición. En 8.°, 4,50 pesetas.

La conquista del Reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid. En 8.°, 3 pesetas.

Los trabajos del infatigable creador Pío Cid. Dos tomos en 8.°, 6 pesetas.

Epistolario. Prólogo de F. Navarro y Ledesma, segunda edición. En 8.°, 5 pesetas.

El escultor de su alma. Drama místico en tres actos (agotado).

Granada la bella. Segunda edición. En 8.°, 2 pesetas.

Hombres del Norte y el Porvenir de España.

Idearium español. En 8.°, 2 pesetas.

CARTAS

FINLANDESAS

POR

ÁNGEL GANIVET

SEGUNDA EDICION

198

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, PRECIADOS 48
1920

Est. tip. de Jaime Ratés, Costanilla de San Pedro, 6.

GANIVET Y SUS OBRAS

Cuando nuestro paisano y amigo Angel Ganivet fué ascendido en la carrera consular a que pertenece y destinado a prestar sus servicios en Helsingfors, capital del antiguo ducado de Finlandia, cerca del Polo Norte y en el propio país de los lapones, sus amigos, a quienes tenía ya acostumbrados a la instructiva e interesante información de sus viajes con la publicación de *Granada la bella* y otros artículos y cartas particulares, sentimos viva curiosidad de conocer las costumbres y la vida de aquel remoto país.

Comprendió nuestro Cónsul que, de contestar a todas y cada una de las cartas en que le asaeteábamos a preguntas, hubiera necesitado establecer un negociado especial para sus curiosos amigos, y repetir muchas veces las impresiones que iba recibiendo en aquellas tierras: así es que tuvo la feliz idea de escribirnos a todos juntos desde las columnas de *El Defensor*;

y como era a principios de curso, abrió cátedra de cosas de Finlandia, para exponernos lo que se le fuera ocurriendo. Este es el origen de las *Cartas finlandesas;* y como Ganivet no es hombre de proyectos, sino de realidades, desde que me anunció la idea hasta la aparición de la primera carta, no transcurrió más que el tiempo preciso para que ésta se recibiera y se publicara.

Fueron saliendo todas las demás con algunos intervalos, nunca debidos a la pereza del corresponsal, sino a las tardanzas del correo o a las exigencias de la confección del periódico, y nos fuimos recreando con la sabrosa amenidad, nítido estilo, originalísimas observaciones y substanciosos argumentos de estas *Cartas.* Cada día que se publicaba una, nos preguntábamos: «¿Han leído ustedes la carta de Ganivet?» Y comentábamos las curiosidades que nos contaba el *desterrado* de Finlandia. Así se fué aumentando el círculo de los lectores, y acabóse por esperar la *Carta finlandesa* como el santo advenimiento, despertándose el deseo de guardarlas, como había ocurrido con los artículos de *Granada la bella.* Y como con éstos tuvo su autor la singular bondad de reunirlos y hacer

una preciosa edición privada para regalo de sus amigos, a éstos, en justa correspondencia, se les ha ocurrido editar las *Cartas finlandesas* para regalárselas al autor, y también por el egoísmo de conservarlas juntas, sin la molestia y dificultad de una colección de periódicos. Aparte de que si las cartas se escribieron para los amigos, nada más natural que éstos las editen y saquen del *in pace* del olvido, dando a conocer un trabajo que es, sin duda, de los mejores—al menos para mi gusto—de los que han salido hasta ahora de la pluma de nuestro paisano.

No voy a hacer aquí de Maese Pedro, anunciando la traza y mérito de los cuadros que el lector ha de ver a continuación; pero bueno es hacer constar, prescindiendo de todo afecto o estimación a la persona del autor, que las *Cartas finlandesas* merecen el honor que se les dispensa, pues constituyen una obra interesantísima, reveladora de un espíritu de observación profundo, de vigorosa erudición y cultura de altos vuelos.

Con estilo sencillísimo, matizado de gracejos e ironías de gusto delicado, en los que se ve asomar la cara al ingenio granadino, a través

de la ilustración cosmopolita que ha ido atesorando el autor, expone éste, con ingenioso desorden y encantadora amenidad, una serie de estudios acerca de las costumbres, ideas, literatura, curiosidades y manera de ser de las razas que habitan la pintoresca Península finlandesa, formando el trabajo más completo que acerca de este país se ha escrito, no ya en España, donde apenas de nombre es conocido, sino en Europa entera.

Su forma tampoco tiene parecido con obras análogas: no son crónicas de viaje, cuajadas de descripciones y puntos de vista cogidos al vuelo, y no porque el autor carezca de aptitud descriptiva, como pretende demostrar graciosamente en una de las cartas, sino porque rehuye lo superficial y pintoresco para penetrar mejor en lo íntimo y verdaderamente característico; mucho menos es una obra de información geográfica, histórica, política ni artística, construída con postes y tarugos de todas estas ciencias, a manera de guía, como hay tantos libros que, aunque útiles, sólo dan idea del mecanismo y de la cultura exterior de un pueblo, despreciando o no parando mientes en el detalle insignificante, en el pormenor que pasa inadvertido, en

el rasgo curioso y típico, donde muchas veces, por raro azar, se encuentra depositado el espíritu y la clave de toda una civilización, como en los remansos y filtraciones de un río se hallan las aguas más puras y cristalinas; ni son estas *Cartas* imaginaciones puramente literarias, apuntes de tourista, ligeros, vagos, puramente subjetivos. Son confidencias en que un entendimiento extremadamente lúcido va razonando sobre lo que ve, comparando y deduciendo unas veces; investigando, informando o reconstruyendo, otras, y todo esto sin esfuerzo, con aparente indiferencia.

Las *Cartas finlandesas* tienen, desde el primer momento, el tono confidencial de verdaderas cartas amistosas, animadas, nutridas e ingenuas: el «cosmopolitismo de los granadinos» queda demostrado en la primera, con la graciosa escena del sombrerero en el Grao de Valencia, y en seguida el autor expone sus propósitos con gran desenfado y naturalidad, declarando, para que los amigos no tengan que agradecerle su trabajo, que, siendo agente de España en el extranjero, se cree obligado a escribirle a sus paisanos, como lo hicieron los agentes políticos de las Repúblicas italianas,

que eran los periodistas y corresponsales de aquella época; expresando su pensamiento con estas palabras: «No trato de hacer un estudio científico; voy sencillamente a exponer las ideas que se le ocurren a un español que por casualidad habita en Finlandia.»

Estas ideas brotan en seguida en raudal abundante y cristalino. Y la variedad de pensamientos, el *desorden armónico*, la amenidad profunda y discretísima, son, como en su primera obra *Granada la bella*, el atractivo poderoso de estas *Cartas*, y lo que hace que se lean de un tirón. Algunos creen que estas cualidades de naturalidad y facilidad en un escritor son dotes que Dios concede a algunos, como el tener buenos ojos o buena voz, y que el escribir no le cuesta al dichoso mortal que las posee más trabajo que coger la pluma para ir dejando caer toda suerte de primores y agudezas. No negaré yo la facilidad que algunos tienen de escribir, que es lo que se llama habilidad en toda operación inteligente; mas para producir lo que se llama una obra artística, que tenga valor estético, se necesita un esfuerzo serio y profundo. No sé hasta qué punto Ganivet poseerá aquella facilidad o habilidad, pues no le

he sorprendido nunca en momentos de producción literaria: la única creación intelectual que hizo a mi vista fué un soneto, y en aquello tuvo que sudar el quilo; lo que sí afirmo es que las *Cartas finlandesas* no son una obra ligera, aunque lo aparenten, y no se producirían jugando o como quien escribe a su familia, sino con concentraciones y reflectores de la inteligencia y de la voluntad; en aquella suavidad del discurso, que parece que va divagando a su capricho, sin rienda ni dirección; en las transiciones, episodios, notas y observaciones múltiples, que fluyen como al azar, en plática confidencial, no ha de ver el lector de las *Cartas* un acierto casual, sino un arte delicado y sutil, el supremo arte de la amenidad, la «difícil facilidad», que dijo Boileau, creo que el primero; amenidad que, si es siempre deleitosa, es punto subido en asuntos graves y complicados.

Sólo poseyéndola se comprende que cuestiones tan arduas como la etnografía de Europa, y especialmente de Escandinavia y de Finlandia; las teorías acerca de la constitución de las nacionalidades europeas; la organización política moderna, y en especial de Finlandia; la representación, el parlamentarismo, el cesarismo,

etcétera, etc., sean servidos en las primeras *Cartas* de tal modo que trague uno sin sentir, como en píldoras, una dosis científica que quizás no tendrían tratados voluminosos y macizos.

En la *Carta IV* habla especialmene de política, manifestándose partidario de la evolución por la influencia de las ideas, y de la representación por clases; la forma de Gobierno le tiene sin cuidado, dando a entender que el Monarca más absoluto puede ser el apto para hacer la felicidad de su país si tiene capacidad y buen deseo; del parlamentarismo habla con fina crítica, y no deja de tener gracia su teoría acerca del sufragio. «Yo—dice—soy ardiente partidario dél sufragio universal, con una limitación: la de que no vote nadie.» Y trata de explicar la paradoja de este modo:

«Yo salgo a la calle con cinco duros en el bolsillo y vuelvo a casa sin haber gastado un céntimo, y vuelvo alegre, porque he ido por todas partes con la seguridad que da el llevar cinco duros para lo que pueda ocurrir; en cambio, salgo sin un cuarto y vuelvo de mal humor, porque se me ha antojado comprar todo lo que he ido viendo y he temido verme en un com-

promiso que me obligara a declarar mi precaria situación.»

Son muy curiosas sus observaciones psicológicas sobre el uso de nombres y apellidos, deduciendo de ellas el carácter de los pueblos (*Carta V*). El fondo del carácter finlandés es estudiado con gran profundidad en medio de aparente ligereza en la *Carta VI*, una de las más substanciosas, que es complemento de la anterior.

Sus noticias acerca de la mujer finlandesa fueron de las que más sorprendieron y se comentaron en Granada cuando se publicó uno de los artículos de *Granada la bella*. Hubo quien después, con la de las *Cartas VIII* y *IX*, creyó que aquello era sólo una broma de nuestro paisano, y a la mayor parte no les cabía en la cabeza que señoritas decentes, en Finlandia ni en ninguna parte, hicieran la vida que él nos describía; sin embargo, ésta precisamente es una de sus cartas más serias: habla con formalidad, y particularmente ha confirmado cuanto en ella dice; es menester tener en cuenta la enorme distancia a que nos encontramos de aquel país, en el mapa y en las costumbres, para no sorprenderse de algunas de éstas, que, después de

todo, son lógicas, dado el clima y las ideas dominantes.

Muy interesante es la exposición y comentario de las ideas de los finlandeses acerca de España, así como el extracto que hace del libro de impresiones de viaje del pintor sueco Lundgren, desconocido en España, que ha proporcionado al distinguido bibliógrafo D. Elías Pelayo una nota más que añadir a su nutrido estudio acerca de Sierra Nevada.

En la *Carta XII*, *Vistas*, *Paisajes y cuadros pintorescos finlandeses*, a pesar de decir que es incapaz de describir, hace sentir, casi ver, la impresión exacta de la vida en aquel país helado. «Finlandia es triste; pero su tristeza engaña al hombre y le hace creer que vive contento. El período de las nieves es propicio para soñar aletargado, como reptil que hace su laboriosa digestión; y al salir del letargo, se cae en la embriaguez de los días interminables, en que el sol apenas se ausenta, en que desde el lecho, por las ventanas de par en par, ve uno desvanecerse las luces del crepúsculo vespertino cuando surgen por Oriente las de la aurora. Entre el letargo y la borrachera corre veloz el tiempo y vive uno feliz: sólo turba esta tranquilidad

la idea vaga de una vida más enérgica. La gente del país tiene acaso el presentimiento de esa vida; pero el meridional tiene fijo el recuerdo, que a veces asalta violentísimo y produce la incurable nostalgia.»

La entrada de la primavera, la llegada de los vendedores ambulantes, de los organilleros, que por lo visto hacen allí el mismo papel que entre nosotros las golondrinas, dan a este cuadro una pincelada de ingenua poesía.

Las costumbres estudiantiles (*XIII*), el alquiler de las casas (*XIV*), la estructura de éstas (*XV*), la vida doméstica, el arte culinario (*XVI*), el sistema monetario, los espectáculos teatrales (*XIX*), las fiestas populares (*XVII*), el regocijado estudio sobre los borrachos (*XVIII*), todo, en suma, lo que es curioso, importante o notable (no en el sentido de admirable, sino digno de ser notado), es contado por el autor con la misma amenidad y abundancia de ideas, cuyo vigor intelectual no decae un momento; hasta la última (*XXII*), dedicada a decirnos cómo mueren los finlandeses; siendo la *XX* la más larga de todas consagrada al estudio del poema épico finlandés, el Kalevala, un estudio de crítica literaria de tanta novedad como importancia.

A este suculento guisado hay que añadir las especias de esa fina ironía que dije antes; ironía profunda, de la que por acá no encontraríamos parecido, a no ir demasiado lejos, tal vez al humorismo inglés. En las notas agridulces de humorismo transcendental del clásico *Viaje sentimental por Francia*, de Sterne, o en la finísima sátira con que se ha ocupado de Inglaterra en su libro *John Bull*, nuestro vecino el notable escritor portugués Ramalho Ortigao, quizás encontraríamos rasgos parecidos a aquellos con que Ganivet sazona sus *Cartas finlandesas*.

Del estilo no hay que hablar, pues basta leer unos cuantos párrafos para quedar prendado de la sencillez y facilidad con que el autor avanza por los asuntos más complicados, sorteando todas las dificultades sin artificios retóricos, con ingenuidad que tiene algo de infantil.

*
* *

Y ya que estamos con las manos en la masa, ¿por qué no decir cuatro palabras de las demás obras de nuestro autor?

La primera fué, como hemos dicho, *Granada la bella*: aunque muy corta—como que no es

más que una colección de doce artículos—, bastó para acreditarlo de escritor original y profundo. Son páginas éstas vibrantes, saturadas de ideas simpáticas, que se leyeron en Granada con avidez. Tiene artículos magistrales, como los titulados *Nuestro arte* y *Nuestro carácter*, que son intensos estudios psicológicos y críticos; el que lleva por título *Luz y sombra*, que es un capítulo de estética de las ciudades, así como *Lo viejo y lo nuevo*, *El constructor espiritual*, y todos, en fin. Es difícil en tan pocas páginas haber encerrado tanta substancia en estilo tan vigoroso y bizarro. Puede decirse que Ganivet salió formado escritor del primer golpe.

A pesar de haber publicado después obras de mayor transcendencia y de más empeño para muchos de sus amigos—yo entre ellos—*Granada la bella* sigue siendo la obra predilecta.

Su asunto también contribuye a hacerla más sugestiva: la pureza del ideal estético; el culto de lo bello, de lo típico y característico de cada pueblo; el atractivo de lo sencillo y sincero... «el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que

las habitan», como dice el autor, es la idea dominante de este librito encantador.

Muy poco después de *Granada la bella* (cuya edición hecha en Helsingfors es una curiosidad bibliográfica), apareció en nuestra ciudad, impreso en casa de Sabatel, el *Idearium español.* Es obra de muchos vuelos y de muchas pretensiones, tal vez más de lo que a la misma convenía; pero hay que reconocer que es un trabajo de mérito, no sólo por su riqueza de pensamiento, novedad e imparcialidad de algunos juicios, sino por su estilo conciso, enérgico, brillante, como una superficie de acero bien bruñido.

Es un sumario de ideas, un estudio de lo que el autor llama la constitución ideal de España. Sin plan al parecer, en párrafos o ideas sueltas y disgregadas, sin más jalones que las tres primeras letras del alfabeto, se va ocupando: *A*) del carácter o espíritu español en sus manifestaciones religiosa, filosófica, territorial o debida a la naturaleza del país, guerrera y militar, jurídica y artística; después, *B*) de la política exterior de España en sus distintas épocas, y sus diversas tendencias y direcciones, hasta el día; y por último, *C*) trata de la aplicación de las ideas

expuestas antes para llegar a la regeneración o restauración espiritual de España. Téngase en cuenta que esta especie de índice (que acabo de hacer ahora mismo, pues el libro no lo tiene, ni epígrafe alguno por ninguna parte) es sólo relativo al pensamiento general de la obra, porque en ella, en párrafos inmediatos, y a veces en un mismo párrafo, se tocan las cuestiones más diversas que puedan imaginarse.

Recuerdo que leí el *Idearium* muy despacio, a pequeños sorbos como licor fuerte y de muchos grados, y siempre sacaba la sensación del vértigo. Marea aquella rapidísima serie de ideas, unas veces brillantes, otras violentas, absurdas, que el autor va arrojando con la habilidad y ligereza de un juglar que nos deslumbra con vistosos juegos.

Las transiciones imprevistas, la sorprendente variedad de pensamientos, que en *Granada la bella* y en las *Cartas* constituyen un poderoso atractivo, perjudican en el *Idearium*: en las dos primeras, la idea fundamental está circunscrita, y las divagaciones son agradables adornos; pero en el *Idearium* estas divagaciones no hacen otra cosa sino meter al lector en intrincado laberinto. Si bien es cierto que el autor no se propuso

hacer un libro de exposición, sino una colección de notas, de ideas sueltas, sugeridas por la meditación después de abundante lectura, también lo es que, a fuerza de sintetizar el pensamiento, éste se disgrega, procede a saltos, y la abundancia de ideas produce confusión.

La ingenuidad con que está escrito, su estilo austero e imperativo, le presta un poder que se impone al lector, el cual sigue deslumbrado aquella abundante vena intelectual, que brota incesantemente hasta la última página; pero apenas el lector medita un poco, encuentra allí muchas afirmaciones indemostradas, caprichosas; consecuencias extrañas, por no decir ilógicas, que si en el pensamiento del autor aparecieron en serie correlativa, en el del lector provocan sorpresa y desconcierto, toda vez que roto el hilo del raciocinio, y sucediéndose las ideas rapidísimamente, como las imágenes en el cinematógrafo, resultan contradicciones y paradojas.

Si este desconcierto, producido por una sintetización demasiado rápida, no estuviera explicado por la índole de la obra (que el mismo título denuncia), y si en muchas de sus partes no tuviera períodos de vigoroso juicio, nos induci-

ría a pensar en un estado de honda perturbación. En suma: el *Idearium* parece el epílogo o resumen de un largo proceso polemista, y es una disertación o filosofía sintética acerca de España, principalmente en su política exterior.

Hacer de esta obra un detenido estudio nos ocuparía demasiado, pues es mucho lo que había que puntualizar y discutir, y ahora además sería inoportuno.

La clave del *Idearium* está expresada en este párrafo con que termina la parte *B* del libro, que no podemos sustraernos al deseo de reproducir, por su extraordinaria oportunidad en la actual y tremenda crisis nacional:

«Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga: *Lasciate ogni speranza*, sino este otro más consolador, más humano, muy profundamente

humano, imitado de San Agustín: *Noli foras ire; in interiore Hispaniæ habitat veritas.*»

Así como este otro, que se halla algunas páginas más adelante, y que sirve de complemento al anterior:

«Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar a luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España, y pueden cuando se desarrollen levantarnos a grandes creaciones que, satisfaciendo nuestras aspiraciones a la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político reclamado por la obra que hemos de realizar.»

El *Idearium*, a pesar de su importancia, pasó desapercibido; nadie (que yo sepa) dijo una palabra de él; fuera de Granada, la prensa de Madrid, que dedica artículos de fondo, con hiperbólicos encomios, a los versos chulescos de López Silva y otras cosas así, no se fijó siquiera en este libro de tan jugosa labor intelectual. Al año de publicado, una dichosa casualidad, el amor a todo lo granadino del ilustrado Catedrático Sr. Segura, lo ha llevado a manos del señor Unamuno, joven Catedrático de Salaman-

ca, que en poquísimo tiempo, por su estilo vibrante, intención demoledora y gran ilustración, se ha colocado, casi por asalto, en la vanguardia de nuestros escritores; el cual, con el título *El porvenir de España,* ha publicado acerca del *Idearium* una curiosa serie de artículos, que dieron lugar a amistosa contestación de Ganivet y a otra réplica de Unamuno: estos artículos han venido así a constituir un Apéndice del *Idearium.* De buena gana echaría mi cuarto a espadas sobre tema tan interesante, sobre todo porque bien lo merecen ciertas atrevidas afirmaciones; pero tengo todavía algo más que decir de Ganivet, y temo abusar de la paciencia del lector. Quédese esto para otra ocasión; que ideas tan transcendentales, como las que apunta el Sr. Unamuno, nunca pierden su actualidad. Lo lamentable es que jóvenes que tratan de levantar el espíritu nacional; que se inspiran en tan noble deseo como el de ilustrar la conciencia colectiva con ideas puras, pongan el ideal demasiado lejos, en utopias, que reclaman paladinamente en un espiritualismo de perfección inasequible, en un pseudo-cristianismo que participa de los errores de antiguas sectas...

Verdad es que estos errores tal vez no ten-

gan otra raíz que algunas palabras tomadas en sentido equívoco. El que discurre lo hace siempre sobre ideas o núcleo de ideas; y como el discurrir, o sea lo que llamamos filosofar, puede ser una afición y hasta un vicio, y como las ideas se representan por palabras, el que discurre de prisa las emplea de prisa, sin pararse a depurar su verdadero significado, atribuyéndoles uno peculiar o subjetivo; así es que hay filósofos que *dicen* grandes desatinos, y, sin embargo, no los *piensan*, porque entre sus ideas y sus palabras hay una disconformidad completa, ymuchos sistemas e ideas erróneas proceden de esta falta de conformidad en los términos, como diría un escolástico. Si Ganivet, por ejemplo, al definir el misticismo, dice que «no es más que la sensualidad refrenada por la virtud y por la miseria», quiere decir algo exacto y profundo; pero no emplea bien la palabra «sensualidad», porque ésta no es más que vicio o abuso de los sentidos en contra de su propia naturaleza; de modo que un hombre no se puede decir que es sensual sino cuando abusa de hecho actualmente de sus sentidos, en contra de la ley natural; como no se puede decir de una persona que es ladrón sino cuando roba, aun-

que toda su vida esté sintiendo un vivo deseo de poseer riquezas que no tiene: puede haber, por consiguiente, una grande y exquisita sensibilidad fisiológica y moral, y no llegar a la sensualidad, que es cuestión de hecho y no de capacidad orgánica.

Con este ejemplo basta para sospechar que algunas ideas que aparecen en el *Idearium*, como verdaderas paradojas o herejías, tal vez sean debidas a palabras cuyo sentido es incompleto o inexacto. Líbreme Dios de creerme con autoridad para corregir a nadie, y menos a quien reconozco con un entendimiento superior; hay quien cree que el hacer objeciones es ya un conato de coerción del pensamiento, de autoritarismo, de arrogancias de superioridad, sin pensar que precisamente la crítica la ejercen los humildes, los inferiores, y que la ausencia de crítica y el que cada cual se adhiera a su verdad subjetiva, sin contradicción, aparte de que nos llevaría al escepticismo universal, sería la negación de la razón y de la libertad. El que posee una idea tiene que defenderla de las afirmaciones contrarias, pues si éstas le fueran indiferentes, no tendría aquélla por verdadera. De aquí que la polémica sea ineludible y que

el que filosofa o discurre en público, y establece teorías y hace afirmaciones, tenga que aguantarse con las objeciones de todo el que defiende su verdad, y que aun los más humildes tengan derecho de argumentar en contra, y no dejar al filósofo, por elevado y sublime que sea, que levante edificios a su capricho, desfigurando las ideas comunes a su gusto y haciendo mangas y capirotes de ellas, como si no fueran patrimonio de sus semejantes. Hoy la reacción, en el fondo injusta, contra la democracia, ha puesto de moda el encumbramiento de los genios, creyéndose que éstos tienen derecho a romper con todo; habiendo quien defiende en serio — sin ir más lejos, entre nosotros un hombre de gran ilustración, a pesar de sus atrocidades, como Pompeyo Gener — la tiranía de los más inteligentes, lo cual no es más sino volver a la ley de castas. La divulgación extraordinaria de obras como *Los Héroes*, de Tomás Carlyle, y el entusiasmo fanático de los franceses por Napoleón, prueban que estas ideas de la hegemonía del genio han pasado desde los libros que francamente sostienen la teoría del superhombre, desde Taine hasta el libro titulado *Les Surhumains*, a la opinión vulgar, creyéndose que media humani-

dad debe dejarse arrastrar ciegamente por las ideas de los superhombres... Como se comprende, esto no es sino indicio del estado de profunda anarquía intelectual, del espantoso escepticismo de las muchedumbres que, habiendo perdido las propias ideas, sienten deseos de dejarse arrastrar por cualquier extraviado, por cualquiera que les habla demasiado alto o demasiado rudamente, con ideas vibrantes que rompan la sublime monotonía del sentido común...

Casi simultáneamente con el *Idearium*, apareció *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, originalísima novela que dejó perplejos y como aturdidos a los admiradores de Ganivet.

Un aventurero español, Pío Cid, por peripecias extraordinarias, llega al desconocido reino salvaje de Maya, en el centro de Africa, y allí, desde el cargo de gran sacerdote y árbitro supremo de los infelices mayas, se entretiene en jugar con ellos a las reformas, en emplearlos como *anima vili* para sus caprichosos experimentos sociológicos.

Pío Cid es un filósofo de la peor especie; no es un tipo español, pues aunque con éste se

avenga bien lo de aventurero y osado, sóbrale en cambio la filosofía pesimista, el cinismo y perversidad incompatibles con nuestra legendaria generosidad y nobleza. Barbarie y perfidia hay indudablemente en muchas de las empresas de nuestros conquistadores: en los Cortés y Alvarados, en los Pizarros, Almagros y Pedrarias; encuéntranse en ellos rasgos de groseras pasiones, hijas de la falta de educación, pues Almagro fué guardador de puercos, y todos ellos soldados indisciplinados y aventureros; pero estas manchas se compensaban con su heroísmo épico, con sus ideales soberbios de ambición y grandeza, y, sobre todo, con su entusiasmo por la patria y la religión.

Pío Cid, en cambio, hecho conquistador moral por las circunstancias, es una especie de Schopenhauer andaluz, para el cual la vida es una comedia sin interés, y los hombres animales, que no tienen de bueno más que la facilidad con que se dejan engañar por otros más hábiles y bribones; dada la cultura que el lector le supone, no se concibe tal cinismo, tal ausencia de sensibilidad: Pío Cid padece la indiferencia, la falta de remordimientos, la *pazza morale* de Lombroso. No hay violencia en suponer que

quien ve en el asesinato un pasatiempo, quien toma a juego la muerte de sus hijos, quien cree excusable y útil la falta de honor, quien defiende como mejor política la del embrutecimiento, y como instituciones beneficiosas la poligamia y la poliandria, no es sino un loco criminal o un criminal loco, entretenido en burlarse de aquellos salvajes, a los que embrutece y engaña, dejándoles, en vez de una idea moral, las corridas de toros, los escalafones para los empleados, el uso del alcohol... y el himno de Riego. Es claro que todo esto no es sino una finísima sátira; pero esta sátira ¿a dónde va a parar? ¿Es a poner en ridículo el afán civilizador de los pueblos cristianos? ¿Es contra la idea humanitaria de la posibilidad del progreso de ciertas razas inferiores? ¿Es, en suma, una burla sangrienta de la misma civilización europea, cuyas conquistas, vistas así al desnudo en una sociedad virgen que las recibe inconscientemente, resultan ridículas pantomimas?... No está clara la intención del autor: el lector cree, a veces, haber dado en el *quid*, atribuyendo a ciertas teorías de Pío Cid un sentido simbólico determinado de crítica social; pero ve en seguida que el mismo Pío Cid se burla de sus teorías y de sus obras, y acepta

las contrarias. Pudiera pensarse que Pío Cid era un conquistador, un aventurero español a la moderna, que en vez de las armas lleva reformas e ideas nuevas; pero en vista de la terrible sátira que emplea y de los fines que se propone al plantearlas, ¿quién puede tomar en serio tales creaciones?

Descartado, pues, todo pensamiento o idea dominante, hay que ver en este libro una relación novelesca originalísima, que sirve de pretexto para satirizar muchas ideas convencionales de la civilización moderna, y otras que, por no ser convencionales, merecían más respeto.

Como obra literaria, es admirable la sencillez de su estilo, que sin levantar el vuelo ni hacer ostentación del más nimio adorno, tiene el candor y la ingenuidad agridulce que caracteriza a las obras clásicas; el maravilloso alarde de ingenio para llevar adelante una narración en que interviene tanto personaje, de tan raros nombres y extrañas figuras, y en que se van desarrollando peripecias innumerables y sucesos complicadísimos; el profundo estudio que revela de los pueblos salvajes.

El lector se queda atónito a medida que avanza en la lectura, y comprende que todo aquel

reino de Maya, con su rey y sus reyezuelos; con sus ciudades, cuya posición topográfica y carácter local se describen admirablemente; con aquella innumerable serie de *uagangas*, pedagogos, *nnanis*, etc., etc., y todas aquellas ceremonias, *afuiris*, *uouesus*, días *muntus*, progresos, reformas, guerras, revoluciones, reacciones y crímenes, tan gráficamente pintados y minuciosamente descritos, no son sino una ficción pura, juego caprichoso, para tomar a broma todo lo existente en Africa... y en Europa.

De los *Trabajos del infatigable creador Pío Cid*, cuyo primer tomo está ya impreso, no puedo decir una palabra porque aún no se ha puesto a la venta, y además es menester esperar el segundo para poder apreciar la obra en su conjunto.

*
* *

Mézclase en las obras de Ganivet, a ese humorismo altanero, el gracejo castizo granadino, que no es, como generalmente se cree — sobre todo fuera de Granada, donde nadie nos conoce —, la gracia andaluza, chocarrera y vistosa, sino cierto espíritu malicioso y zumbón; la opor-

tunidad para el chiste, que nunca es grosero, y, sobre todo, una espontánea amenidad.

Cualquiera que las lea echará de ver en ellas la dote literaria que constituye el sello especial de los genuinos escritores granadinos, que ostenta, sobre todo, en *Granada la bella*, en el *Idearium* y las *Cartas*, pues sin proponérselo, y aun yo creo que trabajando en contra de ello, posee esa amenidad y transparencia que hallamos en los *nuestros*, en Martínez de la Rosa, en el Marqués de Gerona, en Alarcón, en Castro y Serrano, y hasta en los del día, como Eguílaz, Afán de Ribera, Méndez Vellido, Gago y Almodóvar.

Pero bueno será, por si este libro va a parar a manos de algún crítico que lo mire de arriba abajo como a un bicho raro, insistir sobre esto, para que no confunda la cualidad de granadino, que reclamo para Ganivet, con apetitos de regionalismo, sino que se sepa que es algo real y positivo, que existe.

Uno de los síntomas más característicos de la grave enfermedad que España padece — que es un gran atraso intelectual en todos los órdenes —, es, sin duda, la centralización de su vida, no ya política, sino literaria; fuera de Madrid y

aparte de Barcelona, ninguna provincia tiene vida intelectual propia: si algún escritor asoma la cabeza, vegeta entre las columnas del periódico provinciano, el cual se considera feliz si tiene algunos cientos de lectores dentro del radio municipal. Y aunque el escritor tenga mérito y escriba algo — para lo cual, sin contar con público ni esperar recompensa, se necesita verdadera vocación —, si no quiere o no puede pasar a recibir el bautismo del Manzanares y entrar en el lugar que le corresponda del escalafón de aspirantes literarios, se quedará sin tener más lectores que su querida esposa, amigos y deudos; a no ser que la suerte le depare algún escritor madrileño de los de crédito y nota, que lo descubra y presente diciéndole al público: «Aquí tienen a este caballero que escribe bastante bien y es novelista o poeta.» Desde entonces ya se tiene nombre, y todo son facilidades; es más: ya tiene el presentado derecho a echar fuera todo lo que le parezca; ya no piensa en progresar, sino en mantenerse; no le preocupa la calidad, sino la cantidad; no piensa en lo que escribe, sino en producir para que el nombre no se olvide. Así se da el caso de esperanzas que no llegan a realidades; de frutos lite-

rarios que no maduran; de jóvenes que porque empezaron y recibieron el bautismo del primer aplauso en un género especial, creen que aquello es su definitiva *especialidad*, y no salen de ella si los pican: de ahí los amaneramientos, la insoportable monotonía, el prurito de acentuar la nota cada vez más, hasta que acabe en punta como un lápiz...

No hace mucho tiempo, en una conferencia acerca del Regionalismo, trazaba a grandes rasgos, con su peculiar elocuencia, mi distinguido amigo D. Francisco Seco de Lucena, los caracteres de la región granadina bajo un punto de vista general. No faltará quien se sorprenda o se sonría desdeñosamente — por lo poco divulgadas que están las ideas acerca de este asunto — al oir hablar de región granadina, creyendo, sin duda, que esa frase encierra sólo reivindicaciones históricas, tendencias emancipadoras de partes del territorio nacional, o por lo menos aspiraciones de autonomía en el orden político, administrativo o económico; cierto que el regionalismo catalán y vasco van por ese camino; pero al hablar de región ha de entenderse una entidad del orden moral fundada en la naturaleza del terreno, en el clima, en la

mezcla de las razas, etc., que se refiere esencialmente a manifestaciones espirituales, al arte, a la literatura, al carácter de los individuos... Todo el mundo sabe que la ley de 1833, que estableció el régimen provincial vigente, es imitación francesa, y que con ella quisimos dividir el territorio nacional como un tablero de ajedrez, con arreglo al figurín francés, prescindiendo de otras divisiones fundadas en vínculos históricos y morales. Claro es que los agregados, que componen lo que hoy llamamos nación, evolucionan y se transforman; pero el capricho del legislador y el convencionalismo no influyen para nada en esas modalidades de la vida colectiva, que surgen del cielo y del suelo con la misma espontaneidad que las flores, con su fecundidad de matices; los celajes, con la misteriosa variedad de su entonación, que dan al paisaje expresiones diversas, y las brisas, con el distinto halago de sus perfumes...

Lo peor es que, hablando de Granada, nadie sabe — sobre todo en España — sino que es *una provincia andaluza*, donde está la Alhambra. Y como de Andalucía lo mejor es Sevilla, Córdoba o Málaga, o sea manzanilla y sol brillante, algazara y ceceo en la conversación, exa-

geración y ruido de castañuelas, mujeres medio locas que cantan, con ojos negros y pañuelos de Manila, y hombres muy alegres y embusteros, se tiene la misma idea o poco menos de Granada, olvidando que en ella se encuentran la región de las nieves perpetuas y las montañas más altas, no ya de España, sino de Europa, aparte del Mont Blanc; que es más húmeda y fría que Galicia; que nada ha tenido que ver con el resto de España hasta hace poco, cosa de unos cuatro siglos, pues era árabe cuando los demás estados y provincias cristianas estaban ya viejas, y que los granadinos de hoy procedemos principalmente de gallegos y catalanes, mezclados con moros y judíos... Y que esto es científico lo prueban los curiosos datos de la notable obra *El índice cefálico de España*, del Sr. Olóriz. De modo que no tenemos semejanza, ni etnográfica ni histórica, con el resto de España ni con Andalucía.

Lo granadino es, pues, distinto de lo que en todas partes se entiende por andaluz: la nuestra es una Andalucía melancólica y poética, con violentos contrastes; con variedad tremenda de temperaturas, desde el cálido africano al frío glacial; con vitalidad desordenada e inútil, como

los torrentes que bajan de Sierra Nevada a ríos caudalosos, que a los pocos días se quedan secos... Todo esto se refleja en el carácter granadino, cuya nota típica es la pereza, sin duda porque la humedad, la hermosura de los paisajes y la fecundidad del suelo, desarrollan la soñolencia, el espíritu contemplativo y un refinado egoísmo, o también por la dosis que tengamos de sangre musulmana.

En cambio de este defecto capital, que Ganivet señala y pone de relieve con precisión y gracejo en una de sus *Cartas*, tienen los poetas y escritores granadinos envidiabilísimas cualidades características, siendo, aunque graciosos, severos y profundos, sonoros y penetrantes, como los ecos que repercuten en nuestras cañadas; clarísimos y despejados, como nuestro ambiente; amenos y nutridos, como lo son en colores, vitalidad y contrastes nuestros maravillosos paisajes, y casi todos con dejos más o menos pronunciados, de honda y poética melancolía, como si estuvieran empapados de la expresión delicadísima y de la dulce tristeza de nuestros soberanos crepúsculos.

Y que estas cualidades no son de ahora ni yo las he descubierto, pruébanlo los estudios

críticos, todavía inéditos, que tiene hechos mi querido amigo el inspirado poeta y Catedrático D. Miguel Gutiérrez, señalando los caracteres y reclamando la independencia absoluta de la escuela poética granadina de todas las demás que florecieron en Andalucía y en España.

Justo es, pues, que como granadinos hayamos insistido en esto, y que en los méritos literarios de Ganivet veamos algo propio, formado en nuestra tierra, tan olvidada hoy por desgracia; y que conste que, aun cuando nuestro paisano escriba en Rusia y posea una vasta erudición cosmopolita — como antes dije —, su alma es granadina por los cuatro costados, y su estilo posee las peculiares condiciones de nuestros más relevantes escritores, que se deben a la tierra donde se nace y se reciben las primeras y más fecundas impresiones.

De esta condición de granadino estoy seguro que no solamente no ha de protestar, sino que ha de enorgullecerle en extremo: aquí viene a bañarse en la luz y calor de su ciudad natal, en todas las licencias que reglamentariamente puede utilizar en su carrera; aquí tiene sus mejores amigos, sus admiradores más desinteresados y sus afecciones más puras. Para Granada y todo

de Granada fué su primer libro: él nos consagra todos sus trabajos, que escribe siempre pensando en Granada; y teniendo abiertas las puertas de los periódicos de mayor circulación de Madrid — como a mí me consta —, prefiere publicar sus interesantísimos estudios en la prensa granadina.

El año anterior pasó aquí el verano, y en lugar de descansar y recrearse, nos metió en la empresa de escribir un libro o anuario que llegara a ser, como ocurre en otras capitales del extranjero, el resumen de la vida intelectual de la ciudad: tropezó con nuestra idiosincrasia, que es la inacción, y nuestra pereza, que es estupenda; pero el primer ensayo del *Libro de Granada* se ha hecho: lo han ilustrado los artistas granadinos más distinguidos, y pronto verá la luz pública, y en aquellos días calurosísimos de nuestro verano, con 36 grados de temperatura, aprovechando sus vacaciones consulares, nos hizo andar de cabeza, con la vista puesta en una cosa tan simpática como el renacimiento intelectual de Granada.

Soy pesimista por temperamento, y no fío nada en lo que vayacontra la inagotable pereza granadina; pero si la idea de Ganivet — que

desde que él se fué ha ido marchando con la lentitud de una estratificación geológica — cuajara para en adelante; si el *Libro de Granada* fuera como él nos decía, un palenque abierto a todas las tentativas intelectuales de nuestra región, donde cupieran todos los esfuerzos de producción literaria y científica, desde la medicina y la física hasta la poesía; una fe de vida de que Granada, la ciudad de la Alhambra y de los Reyes Católicos, no ha muerto, sino que su pensamiento alienta y vive y ha de vivir, para ser, como lo fué a principios de siglo, la más culta de España, se habría realizado un progreso, una *mejora* para Granada, más positiva y fecunda que todas las que pregona la parva de nuestros ediles y políticos.

*
*. *

Para tomarle cariño a Ganivet y gustar de su trato, es menester ser un poco benévolo y algo despreocupado.

Todavía me acuerdo de la presentación que mi primo Diego Marín y yo hicimos de Ganivet al notable poeta y diplomático mexicano Francisco Icaza. Es éste, por razón de su cargo

y por temperamento, uno de los hombres más elegantes y correctos que he conocido, y al presentarle a Ganivet, de quien ya le habíamos hablado con gran encomio, y que por entonces acababa de obtener en brillantísimos ejercicios el número uno de las oposiciones a la carrera consular, y verlo con la pelambrera gitanesca que tenía y todavía conserva, con su traje de almacén, facha desgarbada, los movimientos aturdidos y la palabra escasa y poco expresiva, puso el atildado diplomático un gesto de sorpresa y repulsión, que a nosotros, que estábamos en el secreto y esperábamos aquel efecto, nos dió luego no poco que reir. Y lo peor fué que costó no poco trabajo convencerlo de que Ganivet tenía talento debajo de su apariencia de jayán.

La verdad es que su tipo físico es extraño: largo de brazos y piernas, ancho de pecho, con el rostro feúcho, los ojos claros, una mirada que resbala, como si no viera nada por encima de los objetos, fría como la de un saurio, pero que al fijarse llega hasta el fondo, agujea como un berbiquí; la cabeza, con la frente abultada y espaciosa y la nariz un tanto achatada, tiene cierta apariencia de antropoide gigantesco.

Cuesta trabajo creer que hombre de aspecto

tan esquivo tenga corazón de niño y un trato dulce y ameno como pocos. Le gusta hablar, pero no es comunicativo sino con quien tiene gran confianza; oye siempre con mucha atención cuanto se le dice; al final mira a su interlocutor, con mirada inquisitiva y desconcertadora, como si quisiera enterarse de lo que oye, más que por las palabras, por el reflejo del espíritu en los ojos, y cierra la conversación con apreciaciones de una lógica violenta, o con frases concisas y categóricas.

Carácter franco, no conoce ninguna hipocresía social; jamás disimula sus pensamientos, ni procura agradar a nadie; casi siempre ha andado solo y con pocos amigos; no es un misántropo, y, sin embargo, se ha pasado lo mejor de su juventud en un aislamiento espantoso. –

Primero en Madrid, donde fué a hacerse doctor, por duplicado, en Derecho y en Filosofía y Letras, y de paso oposiciones al Cuerpo facultativo de Archiveros, al que ha pertenecido. Su carácter activo no pudo avenirse con esta humilde carrera de pergamino, con esta profesión que tiene algo de la perezosa laboriosidad de la polilla, y saltó de ella bien pronto a la carrera consular, donde le llevó el azar de las cir-

cunstancias más bien que una elección meditada; pero viniendo a dar al cabo en la carrera que mejor convenía a la independencia de su carácter, y la más favorable para su desarrollo intelectual, pues le ha obligado a recorrer Europa, a ponerse en contacto con las naciones más cultas, e ir recogiendo un caudal inapreciable de observaciones y estudios. Siguió su soledad en Amberes, donde, aparte de las horas de oficina, hacía una vida cenobítica, encerrado siempre en su casa y dándose unos tártagos de estudiar como para él solo: con decir que obtuvo permiso para ir sacando a su domicilio los libros de la Biblioteca de la ciudad y se la leyó entera, está dicho todo; también, para distraerse en su soledad consular, compró un piano y se dedicó a aprender música sin maestro.

Trasladado con ascenso a Helsingfors, una de las ciudades más septentrionales de Europa, allí ha vivido hasta ahora, escondido entre nieves como un oso blanco, y teniendo para comunicarse con aquellos semejantes tan desemejantes de él, que al fin es un temperamento meridional, que «hacerse el sueco», el ruso y el finlandés, y adaptarse a costumbres tan exóticas como las que nos describe en sus *Cartas*.

Sin importarle un comino el frío, ni el hielo, ni la ausencia, ni otras cosas de esas que a los mortales acongojan, se dedicó a estudiar y a escribir sin esperanzas de lucro, ni de gloria, ni de nada. En Helsingfors ha escrito todos sus libros, excepto los artículos *Granada la bella*, que remitió a *El Defensor* desde Amberes, en 1896. Ahora acaba de ser trasladado a Riga (la ciudad más comercial de Rusia en el Báltico), y al participármelo en su última carta, me dice: «Ya os diré si aquello es mejor que esto, para trabajar se entiende, pues para vivir todo el mundo es igual para mí.»

Además de los libros de que hemos hablado; de la novela en tres tomos, que tiene en prensa; de la comedia de costumbres andaluzas que anuncia; de la continuación de la importante serie de estudios críticos de escritores rusos, daneses y suecos, titulada *Hombres del Norte*, y de otros trabajos y proyectos, ha escrito, en francés, un cajón entero de delicadísimas poesías, no diré si parnasianas o simbolistas, mas sí con dejos a lo Heredia y toques a lo Verlaine.

Con Navarro Ledesma (otro joven excepcional o excepción de jóvenes, hoy Catedrático

del Instituto de San Isidro y muy estimado en la prensa de Madrid por su erudición y buen gusto literario) sostiene Ganivet, desde hace tiempo, una correspondencia esotérica, que contiene ideas y bellezas para varios libros. También tengo la satisfacción de participar algunas veces de esta información psicológica de nuestro paisano, y en sus cartas, que de buena gana publicaría si no fuera un abuso de confianza, se ven rápidas síntesis de lecturas, que para cualquier ciudadano suponen años de estar con los codos pegados a la mesa; juicios originalísimos *d'après nature*, una filosofía extraña y nueva, y unos vuelos de pensamiento, a cuyo lado, los de muchos escritores en activo servicio, parecerían vuelos de murciélagos. Esto que digo lo creerá alguien exageraciones de la amistad; pero no serán sólo aprensiones de amigo, cuando una revista madrileña (¡siempre el *regium exequatur* de Madrid!) ha publicado su biografía y su retrato; cuando lo citan ya en aquella prensa, con gran encomio, escritores tan exigentes como Picón y Unamuno, y ¡qué más! (pues para mí esto es el colmo de lo admirable) cuando es capaz de sorberse un tomo en un rato, y traduce la *Iliada* sin tropezones

(del texto griego, se entiende) a los amigos de café.

Sin embargo, con tener una inteligencia tan clara (aunque a veces extraviada por carecer de criterio fijo) y una memoria pasmosa, lo que, más sobresale en él es su voluntad de hierro.

En el banquete con que en Junio del año pasado le obsequiamos en la Alhambra sus amigos, quise, a los brindis, poner de relieve esta virtud de nuestro paisano, que es de las que más me seducen en los hombres, tal vez por ser la que menos poseo; y de tal manera debí insistir en ello, que di lugar a que mi querido amigo Matías Méndez me interrumpiera con su chispeante ingenio en lo mejor de mi discurso, diciéndome: «Niño, pasa ya a otra potencia.»

Véome ahora otra vez obligado a abordar el tema que entonces dejé pendiente, pues por sucesos de la vida privada de que he sido testigo, y por lo que dice su hasta ahora corta biografía, me atrevo a afirmar que todo lo que ha hecho y hará en adelante nuestro paisano Ganivet, lo debe, más que a otras cualidades, al esfuerzo de su poderosa voluntad.

Hay que recordar su vida para apreciar toda la fibra de su temperamento. Huérfano de pa-

dre desde muy pequeño, debe a las nobles cualidades y al ejemplo heroico de su madre los primeros arranques de su alma.

Desde niño aprendió a tratarse sin miramientos con la naturaleza; jugaba como un pequeño titán; los ribazos frescos del río, el huerto escondido entre los álamos blancos, fueron el primer campo de sus operaciones; sus recreos infantiles, obras de ingeniería y de destreza.

Recuerdo un episodio de la infancia que él me contó hace tiempo.

Un día se subió a la rama más alta de una higuera para cortarla, pues sombreaba demasiado el jardín; resbaló sobre el escueto tronco, y vino a tierra. Allí quedó sin sentido, con la carne magullada y el hueso de una pierna hecho astillas. Estuvo sesenta días en el lecho, entre la vida y la muerte, sufriendo horribles dolores. Los médicos quisieron amputarle aquel miembro podrido, en el que empezó a formarse la gangrena; pero como esperaban que había de morirse de un momento a otro, desistieron de la operación. Al cabo de tantos días de tormento, que había soportado sin quejarse, pensó que era menester morirse o curarse, y decidió vivir, con tal energía, que empezó a mejorar, y con

asombro de todos, antes de lo que nadie pudiera imaginar, maravillosamente, tuvo su pierna curada.

En Madrid lo vi yo con una enfermedad bastante grave; sin embargo, salía a la calle, estudiaba y hacía la vida acostumbrada. Daba miedo verlo: presentósele la ictericia; parecía un cadáver andando; tan malo era su aspecto, que estando en una barbería, el barbero, creyendo que se le moría en las manos, le aconsejó que se retirara a su casa, dándole de caridad una copa de Jerez. A los pocos días, con ictericia y todo, se examinó de cinco asignaturas, como alumno libre, y se doctoró en Derecho.

Cuando ganó las oposiciones tenía que ir por la mañana al bufete de un abogado, subir varias veces a su casa, que tenía ciento cuatro escalones, ir a la oficina, dedicarse a trabajos particulares, estudiar alemán, historia de los tratados, historia política, comercio, tarifas, además de asistir al Ateneo por las noches.

Otro día, para mí memorable, me lo encuentro en Granada en los toros del día del Corpus, recién llegado de Madrid, de donde había venido a despedirse de la familia: dimos un paseo enorme; estuvimos en la Alhambra, en el café;

cuando nos separamos, ya tarde, y yo, extenuado, no me podía tener de pie, me dice con la mayor naturalidad: «Quédate con Dios; voy a hacer la maleta, y esta madrugada salgo para Amberes: no puedo perder un día.» ¡Y eran seis de ferrocarril!

Quien tiene resistencia fisiológica y espiritual para leer los trabajos más penosos, y voluntad bastante para hacer funcionar sin descanso a la inteligencia, no es extraño que consiga del estudio los frutos más peregrinos. Si el lector se fija en el contenido de las *Cartas XI* y *XX*, comprenderá el trabajo que supone extractar en sencillas y cortas páginas el contenido de libros tan voluminosos como el del Dr. Lundgren, y la interminable epopeya del Kalevala, que por añadidura están escritos en idioma sueco, cuando, aun escrita en castellano mondo y lirondo, no habría un cristiano que le metiera el diente. Lo mismo digo de los estudios críticos *Hombres del Norte*: cada uno de esos articulitos supone el trabajo de haberse leído diez o doce tomos de obras que ni siquiera están traducidas al francés; en el de Ibsen, que es notable, puede verse que Ganivet se ha echado entre pecho y espalda todas las obras del célebre escritor no-

ruego; porque él no es como esos ***autorizados*** críticos que se dan tono citando nombres extranjeros y emitiendo juicios, que copian de la sección bibliográfica de las revistas francesas.

Recién instalado en Amberes, se propuso, con un interés que nunca le agradeceré bastante, estimularme con mis aficiones literarias, como hace constantemente, y de vez en cuando me remitía un paquete de libros y otro de periódicos. En una de las remesas vinieron las obras completas de Racine en dos tomos imponentes, a dos columnas de letra microscópica; ver yo aquello y entrarme verdadero pánico, fué una misma cosa, sobre todo al leer su carta, en la que me decía: «Espero tu opinión sobre Racine: aunque hoy tenga poco interés, merece leerse; las tragedias, etc., etc.» Yo, que había procurado con docilidad perfecta ir leyendo algo de lo que me enviaba, al llegar a este punto pensé que aquello no iba conmigo, y me quedé estancado en Racine hasta hoy...

*
* *

Ganivet no ha tenido propiamente juventud. Creo que desde que tiene uso de razón ha pa-

sado los días peregrineando por los libros y por mundos imaginarios. Este tesón para el estudio en días en que nadie estudia, es sobre toda ponderación digno de encomio.

Todo el problema de nuestra decadencia nacional consiste, a mi ver, en que nadie estudia una palabra. Se quiere recoger sin labrar. Y como no se cultiva el espíritu, todo es miseria, miseria moral y de bolsillo.

Hace algún tiempo que la prensa de París, en el afán de los *interview* y de la información, realizó una muy interesante, que fué explorar el estado intelectual y moral de la juventud al final del siglo. Fueron consultados no pocos jóvenes auténticos de los que por allí empiezan a asomar la cabeza en el *mundo de las letras* y en los demás mundos, y resultaron las opiniones más peregrinas, los juicios más chocantes y las más contradictorias ideas, y ninguna muy halagüeña. Unos dijeron que la juventud estaba corrompida hasta la médula, otros que era completamente escéptica o del todo materialista, y no pocos que, hastiada del progreso, volvía los ojos al pasado, o que estaba influída por el simbolismo, el misticismo, el neurosismo y todos los *ismos* imaginables. La cuestión, como todo

lo parisién, *halló eco* en Madrid, y *Zeda*, *Clarín*, Cavia y algunos más publicaron sendos artículos, muy bordados de ingeniosidades y discretas razones. Resultado: que nuestra juventud aparecía en crisis de ideales, sin pizca de entusiasmos por nada, falta de moralidad, y gastando en las malas artes de la política o del foro la poca o mucha sindéresis que había heredado de la generación moribunda. Sin embargo, ciertos de estos escritores apuntaban indicios de regeneración, atribuyendo el espíritu decaído de los jóvenes a ser la nuestra época de transición, en que las ideas dominantes han perdido su crédito y las nuevas no se han cuajado.

Zeda decía en su elocuente artículo:

«Ciertamente el *espíritu práctico*, tan extendido en nuestro tiempo, agosta primeramente las ilusiones juveniles. Lo vemos claramente en todo: en el joven que se lanza a la política, tan falto de abnegación y patriotismo, como sobrado de ambiciones y codicia; en el aspirante a literato, que, en vez de dar grave empleo a su talento, lisonjea los gustos del vulgo, adulándole con librejos insulsos o farsas indecentes; en el abogado recién salido de las aulas, que ape-

tece, más que las victorias del foro, el salario dé la oficina; en el candidato a profesor, que anda a caza de influencias y no en busca de conocimientos; en el *condottiero* del periodismo, que combate hoy lo que ayer defendía; en la tropa de vividores, cuyo ideal se reduce a conquistar la dote de una rica heredera o el favor de un suegro *ministrable.*»

Y venía a concluir diciendo:

«¡Quién sabe! Vivimos en una especie de invierno: la vista se fatiga contemplando por todas partes agotamiento, esterilidad y tristeza, mas debajo de ese hielo se agitan gérmenes fecundos... Confiemos en el porvenir. Y nosotros, los que vivimos entre una sociedad que acaba y otra que quiere nacer, no pongamos obstáculos a la generación nueva: facilitémosle sus caminos; abrámosle todas las puertas, y busquemos en ella lo que ya no puede darnos la generación que se extingue.»

También publicó otro trabajo interesante, acerca de la juventud intelectual española, Don Miguel de Unamuno, de quien ya hemos hablado.

El cuadro de Unamuno es completamente obscuro. Madrid para él es un Sahara del pen-

samiento, donde se agita una juventud estéril y envejecida, caracterizada por la *ideofobia*, el horror a las ideas.

Lo peor de estos juicios pesimistas es que son verdaderos; si bien estos respetables escritores, se limitan a consignar el hecho, prescindiendo de determinar bien su causa, y mucho menos de señalar el remedio, o sea la profilaxis y curación de la enfermedad. Pues ya atenúan lo amargo con dulces y eclécticas palabras, como hizo *Zeda*, y ya, como ahora Unamuno, poseídos del vértigo iconoclasta, la emprenden a cintarazos con los jóvenes del día, como Don Quijote con los muñecos de maese Pedro.

La verdad es que, sin ser llorones Ermeguncios, da grima de ver lo que hacen en España los jóvenes. La mitad de ellos *estudian* para abogados, y la otra mitad... no estudian. Aquí, desde que se hace la primera matrícula, se está pensando en la credencial. De cien jóvenes quizás no habrá uno que ame el estudio por saber, sino por cobrar; no se consulta la vocación, sino la boca; muchos eligen la carrera militar *porque se cobra en seguida*, y la de abogado porque tiene más *colocaciones*. Sólo en Granada salieron en Junio setenta abogados: poniendo

otro tanto en las diez Universidades que tenemos, son setecientos inútiles anuales, que han de vivir a costa del prójimo con rumbo de señoritos.

Luego todo son quejas y lamentos: los periódicos ponen el grito en el cielo; todo es imprevisión y desaciertos, inmoralidad y decadencia; y de todo, al cabo, le echan la culpa al Gobierno, olvidando, como dijo Donoso Cortés, que «cada país tiene el Gobierno que merece»; y nosotros merecemos por nuestra desaplicación estar hincados de rodillas y con el cartel de burro a la espalda.

*
* *

Me he extendido demasiado, abusando tal vez del honroso encargo de encabezar esta edición de las *Cartas finlandesas*, con alguna explicación que fuera testimonio del afecto que sus amigos profesan al autor.

Por lo que me haya excedido, pido mil perdones a los que me designaron para esta grata misión; pero no quiero terminar sin hacer una salvedad. En lo que haya en mis desaliñadas líneas de simpatía por nuestro paisano, supon-

go, con sobradísima razón, que han de estar conformes todos los que han contribuído a costear los gastos de la presente obra; en lo demás que este prólogo contiene de observaciones críticas y de juicios personales, cúmpleme declarar, aunque se cae de su peso, que aquellos señores no se hacen solidarios de ellas, y cada cual pensará de Ganivet y de sus libros lo que mejor le pareciere. Esta aclaración siempre en su lugar es aquí necesaria, pues la sinceridad me fuerza a decir que las obras de Ganivet son muy discutibles y discutidas, y que ni su personalidad literaria ni sus ideas están formadas: de aquí que algunos esperen de él lo que tal vez no haya de dar, dejándolos, a pesar de las esperanzas fundadas en sus méritos, completamente desilusionados; de aquí que en tanto que algunos, por las ideas que apunta en sus libros, lo crean completamente extraviado y como un escritor peligroso que va desbocado y ciego por muy malos caminos, otros, fundados también en ideas de sus libros, crean que va por camino real.

Lo que sí parece indudable es que en las ideas de Ganivet no se ha verificado todavía ese trabajo de integración, de unidad, que hay

derecho a exigir siempre en quien trate de influir en la opinión.

Su obra más completa, bajo este punto de vista, y por lo mismo más inteligible, es *Granada la bella*; en el *Idearium*, como ya dijimos, el caudal de ideas es abundantísimo, produciendo su contraste alguna obscuridad; las *Cartas finlandesas* y los *Hombres del Norte*, que se están publicando, son vibrantes estudios de crítica: si alguna vez asoma un pensamiento disonante o burlón, es en seguida neutralizado con otros amables y profundos; en sus poesías francesas y en algunas castellanas, insertas en el *Libro de Granada*, aparece una nota nueva y diferente de la de sus libros: la nota amorosa, íntima, con dejos de postración espiritual, de esa soñadora melancolía, que hoy llaman misticismo; en su importante novela *La conquista del reino de Maya*, y quizás en *Los trabajos*, nos presenta un tipo sombrío e indescifrable, dominado por ideas irreligiosas y antihumanitarias, y lo que es peor aún, mezcladas con una filosofía anárquica y transcendental, que por lo que tienen de serio y por presentarlas como *creaciones espirituales* de algo que pertenece al porvenir, producen pavura y desconsuelo.

En suma: de los varios matices de Ganivet y de sus ideas contradictorias, sentiríamos que siguiera los rumbos de la novela amazacotada y exótica, impregnada de ideas panteístas o de pesimista estoicismo, tal vez recogido en lecturas cosmopolitas, en las literaturas patológicas del Norte, en escritores locos como el alemán Federico Nietzsche o el belga Maurice Maeterlinck, cuyo espiritualismo nihilista disloca el pensamiento y ahoga el corazón; nos parecería que se *perdía*, que se alejaba espiritualmente de nosotros, de nuestro cielo riente con el color de la esperanza, de nuestra tierra que guarda en su seno fogosidad bastante para dar calor maternal a todos los gérmenes fecundos de nuestras ideas y creencias, que si no tienen el virtuoso atavío de la novedad, poseen el luminoso atractivo de las supremas afirmaciones.

En la crítica literaria, en la vulgarización de los conocimientos acaparados en lecturas y viajes, en su ingenio granadino discurriendo chispeante sobre cuestiones sociales y artísticas, en el amor tan puro a su patria que revela en el *Idearium*, en el noble apostolado de combatir la ignorancia y la inmoralidad, en novelas sin

transcendencia exótica, en arte sano, en fin, tendrá nuestro paisano y querido amigo campo abonado a sus trabajos, elaborado en un cerebro español, aromatizado con las delicadas armonías de hijo intelectual de Granada.

Nicolás María López.

Granada, Julio de 1898.

I

Después de celebrar como merece el cosmopolitismo de los granadinos, el corresponsal declara sus propósitos.

Varios amigos míos granadinos, miembros de la tan ilustre como desconocida *Cofradía del Avellano*, me han escrito pidiéndome noticias de estos apartados países, en la creencia de que las tales noticias, aparte de los atractivos con que yo pudiera engalanarlas, tendrían de fijo uno muy esencial, el de ser *frescas;* porque la imaginación meridional, reforzada por el desconocimiento, no ya meridional, sino universal, que de este rincón del mundo se tiene, concibe a su antojo cuadros boreales, en que figuran los hombres enterrados debajo de la nieve y saliendo de vez en cuando para respirar al aire libre y fumar un cigarro en agradable conversación con los renos, los osos y las focas.

No soy yo hombre capaz de negarme a satisfacer los deseos de mis amigos, singularmente cuando lo que me piden es razonable y poco trabajoso; así es que me decidí a escribir varias car-

tas, hablando a cada uno de los peticionarios de lo que más pudiera interesarle y gustarle, y abrazando en conjunto desde la constitución geológica, etnográfica y política, artes, cocina o indumentaria, hasta los procedimientos que se emplean para encender el fuego y hacer las camas. Pero después, pensándolo mejor, caí en la cuenta de que no era justo reservar en beneficio de unos pocos un trabajo que, malo o bueno, había de contener tantas noticias nuevas y curiosas, y formé el propósito de callarme hasta el día 1.º de Octubre, que es el de la apertura de los centros docentes, y ese día abrir mi cátedra como el más pintado, y explicar un curso libre por medio de cartas dirigidas en particular a mis amigos, y en general a todo el que quisiera matricularse en la administración de *El Defensor de Granada.* Ese día es el de hoy, y lo que pensé va a convertirse en hecho visible y palpable.

El procedimiento es un tanto revolucionario; pero los usos no nacieron todos a la vez: el mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra, y lo que falta son maestros y discípulos: yo no soy maestro, lo reconozco; pero en caso de apuro puedo ejercer de suplente, auxiliar o supernumerario, no tan mal como muchos que he conocido en mi vida estudiantil, dicho sea sin ofensa de nadie. Y por lo que hace a mis discípulos, lo serán muy a su gusto, aunque por culpa mía con escaso provecho, todos los granadinos de buena casta, los cuales son por naturaleza cosmopolitas

y muy aficionados a conocer países extranjeros. He notado que, en los años juveniles, a todos nosotros se nos mete en el cuerpo, juntamente con los primeros sobresaltos eróticos, una pasión violenta por conocer nuevas gentes y nuevos climas, sin duda para sacudir el yugo del amor y de las prosaicas complicaciones que acarrea. Y si muchos, casi todos se mueren sin haber logrado más que dar una escapadita a Málaga para ver lo que es el mar, recaiga toda la culpa sobre el mal servicio de ferrocarriles y sobre la «crisis porque atraviesan las tres fuerzas vivas del país: la agricultura, la industria y el comercio».

Hallábame yo un día paseándome por el Grao de Valencia, y se me ocurrió entrar en cierto burdel a mano derecha yendo hacia el puerto, para saborear la legítima paella valenciana, que a la puerta estaba anunciada en un cartelillo tan sucio como falto de ortografía; y una vez dentro de aquel tugurio o cuadra, y en posesión de mi apetecido plato de paella, de exquisita paella, vi que en el centro del comedor, entre las mesas, comenzaba a perorar un hombre joven y simpático, que de frente parecía un tribuno y de perfil un banderillero, a causa de lo largo de sus brazos y de lo desmedrado de su chaqueta; y lo que me llenó de admiración fué oirle hablar de Granada, de la grandeza mayestática de nuestra Sierra, de la hermosura de nuestra Vega y de la umbrosidad apacible de los bosques de la Alhambra. Todos los comensales, que eran muchos, estaban suspensos y como col-

gàdos de la palabra del orador, y entre los platos y las bocas, las cucharas hacían varias estaciones. Yo no quise interrumpir tan bella disertación, por no cortar los vuelos a mi paisano (más que paisano, puesto que luego declaró ser nativo del Campo del Príncipe y, por lo tanto, greñudo auténtico), quien, dicho sea entre paréntesis, se despachaba a su gusto, es decir, que entre cada dos verdades metía un embuste como una piedra de molino; pero pensaba que si las manos del disertante no denunciaran su oficio de sombrerero, cualquiera le tomaría por un bardo popular, famélico y errabundo, inspirado por la musa granadina, ingrata doncella que se hace amar a fuerza de desdenes.

Y en verdad, aunque el progreso de los tiempos haya transformado los laudes en planchas u otros instrumentos de trabajo y las estrofas rítmicas en prosa hinchada e hiperbólica, yo creo que el espíritu popular no ha cambiado; que en él se conserva perenne el sentimiento de la belleza natural, renovador y purificador del arte. El pobre cantor del Grao de Valencia no es solo: en muchas ciudades y pueblos de España, donde yo menos podía imaginármelo, he encontrado granadinos, casi todos del gremio de sombreros, que sea por la crisis porque suele pasar, sea por lo «socorrido» del oficio, es el que da más aliento a la emigración; algunos establecidos decentemente; los más en míseros portales con un mostrador, un escaparate y dos sillas, todo de lance, amén de los moldes, planchas y sombre-

reras. En estos humildes centros, que a veces son terribles focos políticos, está depositada la representación del pueblo granadino en las «cortes extranjeras». ¿Y quién sabe todavía si nuestros sombrereros no se decidirán a aprender idiomas y a derramarse por todo el mundo, con gran provecho para nuestra fama?

Parecería más lógico que Granada, ciudad morisca, estuviese representada por vendedores de babuchas, que no que lo esté principalmente por artífices de una prenda que los moros jamás usaron ni quieren, con excelente acuerdo, usar, no obstante el empeño con que los paladines de la civilización pretenden adornarlos, no ya con sombreros, sino hasta con camisas almidonadas, corbatas y guantes. Pero las cosas son así: no seamos exigentes y conformémonos con que haya en España quien sea vocero de nuestro renombre y quien demuestre prácticamente que somos un pueblo amante de la expansión, de ver mundo, de sacudirnos el polvo, sin olvidar la tierra nativa, por más malos tratos que en ella hayamos recibido.

Para que nadie tenga nada que agradecerme, diré que yo vivo en este país a costa de España, y que aunque no haya ningún artículo de reglamento que me obligue a escribir a mis paisanos, no hay tampoco ninguno que me lo prohiba; de suerte que soy libre para pensar como pienso que estoy obligado, y, con el sueldo que me pagan, pagado. —Otro uso nuevo, dirán mis discípulos. —No tan

nuevo, contestaré yo, puesto que los célebres agentes políticos que las repúblicas italianas enviaban al extranjero, los tan decantados venecianos y florentinos, no eran más que corresponsales de periódico, habilísimos gacetilleros, injertados en políticos sutiles, que escribían sobre todas las cosas con la mayor libertad y desenfado, y nos dejaron cuadros admirables de los países en que habitaban, mientras que los diplomáticos que se consideraban «seres superiores» escribían despachos apelmazados y hueros, útiles sólo, en general, para que los roan los ratones en los archivos. Nada hay más hermoso en el mundo que la llaneza y la naturalidad, y en gran error viven los que se rodean de misterios, que el tiempo se encarga de aclarar y de presentar ante nuestros ojos como envoltura de ridículas vulgaridades. Las ideas que los hombres tenemos deben ser como piedras, y los cargos que ejercemos como cántaros: ocurra lo que ocurra, debe de romperse el cántaro. Cargos hay muchos e ideas pocas; respetemos la pureza de nuestras ideas y no la alteramos en beneficio de los fugaces intereses de nuestro medro personal, exagerado o mal comprendido.

No me gusta imitar a nadie; mas si lo pretendiera, vemos que no faltan modelos y de los mejores, y a mucho apurar la materia, yo podría ser tan florentino como el mismísimo Maquiavelo, porque no nací en ningún villorrio, sino en una gran ciudad, que por tener entre sus nombres históricos el de «Florentia», da derecho a sus hijos a que usen el

sobrenombre de florentinos, aunque sean más romos que un colchón.

A fuer de hombre honrado, he de declarar que el deseo de ser útil a mis conciudadanos no me ha forzado hasta el punto de obligarme a hacer cosas distintas de las que hubiera hecho en cualquiera ocasión; no se crea que escribo entre promontorios de libros y papeles: el único libro que tengo a mano es el *Adressbok* o *Guía de la ciudad.* No trato de hacer un estudio científico: voy sencillamente a exponer las «ideas que se le ocurren a un español que por casualidad habita en Finlandia». Hablo de lo que veo y de lo que oigo, o de lo que «semiveo» y «semioigo»: porque en cuanto al oir, como me hablan en varias lenguas, es posible que entienda muchas cosas al revés, y en cuanto al ver, como tengo la desgracia de distraerme con frecuencia, no veo las cosas por todos sus aspectos, y a veces no las veo por ninguno, porque imito a los gatos del tío Marcos, famosos gatos granadinos, de quien cuenta la tradición que cerraban los ojos por no ver los ratones.

No es esto decir que no lea libros: leo muchos, así como revistas y periódicos y cuantos papeles caen en mis manos; pero no tomo nunca notas, y en cuanto leo un libro estoy deseando darlo. Algunas personas me han preguntado: —¿Cómo, si cree usted que este libro es tan bueno, me lo da y se queda sin él? —Porque lo he leído — contesto yo —, y ya no me hace falta. —Pero ¿y si desea después consultarlo para recordar algún detalle

que se le olvidó? —Lo que se olvida se debe de olvidar— afirmo yo con un fatalismo estético, que a las personas tímidas las descorazona. Y esto no es una «salida», es un axioma, algo indiscutible, permanente e inmutable. Si de las ideas de un libro, las unas se me quedan y las otras se me van, es porque las unas son concordantes con mi espíritu y las otras no, o porque, según mi modo de ver, las unas son más importantes que las otras. Si por un esfuerzo de la voluntad mantengo todas las ideas con el mismo relieve ante mis ojos, cometo un atentado contra mi inteligencia. Un hombre que pretendiera mover un objeto pesado por medio de la meditación, en vez de acudir al empleo de la fuerza, sería desde luego tenido por grandísimo loco, y en cambio, se admira a quien pretende crear obras de la inteligencia apoyándose sobre la voluntad, y se acepta oomo verdad inconcusa que un hombre de genio debe de llevar tras de sí tres o cuatro mozos de cuerda.

Las obras humanas han de ser creadas humanamente por procedimientos humanos. Cambian las ideas porque cambian las cosas y los hombres; pero la naturaleza del enlace del hombre con las cosas no cambia. Un sabio puede componer un muñeco perfectísimo que parezca un niño de verdad, y que, por medio de una corriente eléctrica y de un aparatito fonográfico, gesticule y hable como un gracioso orador; pero si quiere ser padre efectivo, no tiene más remedio que resignarse y hacer lo que hace el más rústico ganapán. El que

quiera hacer algo humano no tiene que andarse en quebraderos de cabeza: que diga lo que piensa, cómo lo piensa, y esté seguro de que por muy malo que sea lo que haga, no será peor que lo que haría violentándose. Yo no soy escultor; pero si cojo el cincel y esculpo en una piedra una figura a mi capricho, saldré más airoso que si comprase varios fragmentos de estatua y a fuerza de paciencia llegara a formar con ellos una estatua de artificio.

Puesto que voy a hablar de cosas de Finlandia, nada más natural que decir que este Gran Ducado tiene tal extensión y tantos habitantes, y que su capital, Helsingfors, es población de tantos miles de almas. No sería difícil hacerlo así, porque he tenido necesidad de buscar esas cifras y aún las conservo en la memoria; pero no haya temor: no las escribiré. No quiero inaugurar mis explicaciones llenando la cabeza de mis alumnos de cifras inútiles. Yo he preguntado aquí a personas de diferentes categorías sociales, y ninguna las conocía con exactitud: así, pues, no he de ser más papista que el Papa; si las gentes que aquí viven y que de aquí son, no quieren molestarse en retener en la memoria esos datos, no veo la necesidad que tengan de conocerlos mis compatricios, que viven a tan larga distancia. Baste saber que este país es grande, mayor que Italia y menor que España; pero muy poco poblado. En el Sur, o sea en la verdadera Finlandia, viven con holgura unos dos millones y medio de individuos, y en el Norte, en la

Laponia, habitan los lapones, que no pasan de seis mil. En cuanto a Helsingfors, es capital moderna, que ha crecido como la espuma, y tiene, según unos, de sesenta a setenta mil habitantes, y según otros, de setenta a ochenta mil, indicando esta vaguedad que se confía en ir subiendo y en llegar a la cifra a que hoy no se llega. Para resolver la duda, he llamado a mi «staederska», una vieja muy lista y experimentada, y le he preguntado: «A su juicio de usted, ¿cuántos habitantes tiene Helsingfors?» Y mi criada, después de sacar los labios hacia afuera en forma de trompa, sin duda para concentrar la atención, me ha dicho: «Jag tror omkring sjuttiotusen.» Lo cual, vertido al cristiano, quiere decir: «Me parece que setenta mil, poco más o menos.» Sospecho que esta buena mujer me va a prestar grandes servicios, aparte de los que me presta limpiándome la casa. Desde ahora mismo la nombro pasante de mi escuela.

II

Vistazo general a los más importantes grupos étnicos de Europa, y en particular al grupo escandinávico, y más en particular todavía al pequeño núcleo finlandés.

Cuando yo vivía en Madrid, concurría asiduamente al Ateneo. La noticia de seguro no le interesa a nadie; pero a mí sí, porque conviene saber que yo nací refractario a la asociación, y que ni en Granada ni fuera de Granada he formado parte de ninguna sociedad. En Madrid llegué a inscribirme en algunas y a pagar las cuotas, pero a nada más; a la Academia de Jurisprudencia fuí dos o tres veces, y me retiré por incompatibilidad de humores con la parva de ministros en agraz que por allí pululaba. El único hombre de talento a quien oí discurrir entre tantos abogados era y es — cosas de España — un médico, el Dr. Jaime Vera, que luego se pasó «sin armas ni bagajes» a las filas del socialismo. Así, pues, el ser yo concurrente asiduo del Ateneo, aunque no llegara a leer el Reglamento ni a intervenir en votaciones ni discusiones, revela que el Ateneo es la única sociedad de España

que encaja en mis gustos, declaración previa que me autoriza para decir, sin que nadie piense que soy enemigo de tan famosa institución, que lo bueno que allí hay es el espíritu amplio, tolerante, familiar y protector que supieron crear con su presencia y adhesión desinteresada algunos hombres superiores, que ya se murieron o tardarán poco en morirse. En cuanto a la juventud que entra de refresco, «peor es meneallo».

Un ateneísta joven, pues, profundo conocedor de la política europea, explicaba un día ante numerosos circunstantes boquiabiertos el mecanismo de la política continental, mediante un sistema curioso; por lo visto andaba escaso de nutrición, pues todo lo arreglaba con «pan». Panamericanismo, panlatinismo, pangermanismo, panslavismo y panscandinavismo. Según él — y lo peor es que aquel día formó un plantel de hombres de Estado —, los hombres se habían decidido ya a formar núcleos superiores a las nacionalidades: «cada oveja con su pareja»; ya que no podamos ser todos hermanos, unámonos por lo menos en grupos similares y sepamos a qué atenernos. Yo estaba que un sudor se me iba y otro se me venía, porque pensaba en mis adentros: «Si a este hombre, o lo que sea, se le ocurre catarme la sangre, de seguro que me incorpora a la kabila de Mazuza.»

Todos sabemos, porque nos llega más de cerca, lo que es el panlatinismo: es una idea generosa que viene a los postres de los banquetes, al ruido de los taponazos que lanza el vino espumoso,

cuando los hombres, bien comidos y bien bebidos, se sienten hermanos de todos sus semejantes, aunque sean de raza negra, y aun de los monos antropomorfos. Pues bien: como el panlatinismo es todo lo demás. No existen naciones de raza única, ni hay para qué atender a tan ridículos exclusivismos. Si se habla de pueblos latinos, ¿qué hacemos con Bélgica, donde hay flamencos que son del grupo germánico, y walones que son latinos, con iguales títulos que los «galos»; qué con Suiza, donde hay alemanes, franceses e italianos; qué con los flamencos franceses, tan apegados a su lengua tradicional como los belgas, y qué con los vascos que ni siquiera pertenecen al tipo general, con el que Haeckel formó su «homo mediterraneus»?

Así también, para llegar al pangermanismo habría que deshacer media Europa. Alemania tendría que prescindir de sus provincias polacas y de los franceses de Lorena, y Austria se descoyuntaría en grupos alemán, húngaro, polaco, latino, eslavo, servio y hasta turco, y alguno de estos grupos, el húngaro, tendría que comunicarse por un túnel subterráneo con los finlandeses, que son sus hermanos de raza. Pues oyendo hablar de paneslavismo al disertante de mi cuento, se ponía la carne de gallina. Veía uno venir a los rusos, no ya por las Ventas de Alcorcón, por la misma calle del Prado, y entrar al galope por las puertas del Ateneo, como aquellos temibles cosacos a quienes el calenturiento Espronceda decía: «La sangrienta ración de carne cruda, bajo la silla, sentiréis her-

vir». Y he visto soldados rusos, y creo que lo que desean, como todos los de Europa, es concluir sus años de servicio para marcharse a sus casas a vivir en paz con sus familias, o a casarse con sus novias y contribuir en la medida de sus fuerzas a la propagación de nuestra especie.

Cuando se habla de los escandinavos, se cree comúnmente que desean formar también un núcleo político superior en que quedaran comprendidas Suecia y Noruega, Dinamarca y Finlandia; y al leer que Rusia ha adoptado medidas enérgicas para «rusificar» a los finlandeses, se piensa que todos los escandinavos entrarán en efervescencia y montarán en cólera contra las medidas de opresión. Nada más lejos de la realidad: los dinamarqueses, noruegos y suecos, que vistos desde lejos parecen hermanos, de cerca son menos que primos; hasta las lenguas que hablan, que parecen poco diferentes y que de hecho difieren poco al leerlas, son muy distintas al pronunciarlas.

Y la pronunciación no es grano de anís, pues con ella se llega a destruir la unidad lingüística, como por la influencia del territorio y de los cruces se llega a destruir la unidad de las razas. Los dos Estados escandinavos unidos actualmente, Suecia y Noruega, no dan ningún espectáculo que permita pensar en la decantada fraternidad, pues hoy con un pretexto, mañana con otro, viven en perpetua discordia, poco más o menos como viviríamos en nuestra Península españoles y portugueses si llegáramos a constituir la unidad ibérica. En

España hay pocas personas que sepan que hay cónsules y para qué sirven; razón sobrada para creer que se puede gozar de perfecta salud sin averiguarlo: entre Suecia y Noruega la cuestión consular, esto es, la de conceder o negar a Noruega la facultad de tener cónsules propios, ha estado a punto de ocasionar una ruptura. Cuando se sacan las cosas de quicio y se busca ocasión de disgustarse, no hay duda: los sentimientos de fraternidad andan por lo menos resfriados.

He llegado de un modo gradual a la determinación del grupo etnográfico en que «aparentemente» figura Finlandia, porque todo el mundo sabe que la raza finlandesa o carelia es en absoluto distinta de la escandinava; pero todo el mundo cree que esa raza está como anulada o metamorfoseada por la influencia civilizadora de Suecia. Las apariencias favorecen esta opinión, puesto que al primer contacto con este país se nota que la lengua, legislación, cultura y gran parte de la población son suecos.

Finlandia no es una casa de la que se pueda decir: aquí vive don Fulano de Tal; es una casa de pisos; viven muchos en ella: en el principal viven los rusos, que aunque son muy pocos, son los amos; en el segundo y tercero los suecos o los finlandeses, sometidos a la cultura sueca y olvidados de su lengua y costumbres nativas; en los sótanos y buhardillas, es decir, en el interior del país, viven los verdaderos, los legítimos finlandeses. Nótanse, pues, en el país curiosas superposiciones:

los finlandeses fueron privados del litoral, cuyos puertos se convirtieron en ciudades suecas, hoy poco cambiadas aún, y luego en estas ciudades los suecos fueron sometidos a la autoridad rusa.

Además, como la posesión de Finlandia dió origen a varias guerras entre Rusia y Suecia, antes de la conquista total formaba ya parte de Rusia una parte de Finlandia, el distrito de Wiborg, en el cual la influencia rusa es muy visible; hay muchos adeptos de la religión cismática griega; se habla más el ruso, y fuman bastantes mujeres. El detalle de fumar es característico, pues la finlandesa no fuma por regla general: cuando alguna señora o señorita finlandesa me ha ofrecido un pitillo, y poniéndose otro en los labios ha comenzado a echar humo, he pensado que por allí andaba la mano de Rusia, y así era la verdad: o había por medio noviazgo o parentesco con rusos, o largas residencias en Rusia, o algo por el estilo. Por el contrario, la parte occidental de Finlandia, que está más inmediata a Suecia, es casi sueca: hay puertos como Abo o Hangoe, donde casi todo se recibe por vía de Suecia, empezando por los periódicos, que vienen de Stockolmo, y que son leídos con más interés que los del país. Hay, pues, una serie de gradaciones imperceptibles producidas por el distinto modo de combinarse las tres razas dominadoras o dominadas del país: la rusa, la sueca y la finlandesa.

Pero pasado el primer momento de confusión, comienza a distinguirse, y al cabo se distingue con claridad, que aquí lo esencial es lo finlandés de

raza, la gente del interior, «fran landet». Para hacer visible la idea, y salvando la diferencia de tiempo y cultura, diré que suecos y finlandeses están en la misma relación que estaban en España los colonizadores fenicios y griegos, dueños del litoral, y los iberos, celtas y celtíberos del interior. Entonces también la vida exterior de España parecía ser fenicia o griega para los que desde fuera miraban, y, sin embargo, fenicios y griegos pasaron, y quedó la raza indígena como base para constituir el tipo hispano-romano. Siempre que la amalgama no sea completa, que se deje en estado puro un fuerte núcleo de raza indígena, ésta concluye por anular a todas las razas extrañas o mixtas que pretendan dominarla, porque tiene de su parte el amor al territorio, la compenetración con el alma del país, la tenacidad y la fe, que sólo pueden tener los hombres que asientan los pies muy firmes sobre «su terruño»; así la raza pura finlandesa: su evolución es lenta y retrasada, pero es vigorosa e intensa, y en su día dará frutos abundantes.

A poco de llegar yo aquí, pregunté a un conocido si no había literatura propiamente finlandesa; algo típico, engendrado por el territorio más bien que por los habitantes; algo que no fuera sólo artículo de comercio, sino como una Biblia poética del país.

Entonces tuve la primera noticia de la existencia del «Kalevala» o epopeya de los carelios, de los «hijos de Kaleva» o legítimos finlandeses. Y ahora que acabo de leer el formidable poema popular,

que tiene nada menos que 50 «runor» o cantos y 22.300 versos, y comparo este monumento con las producciones literarias que figuran en los escaparates de las librerías, como en los de las tiendas de comercio las botellas de vino, cajas de frutas y prendas de vestir, esto es, como artículos de venta, me afirmo más en mi idea de que aquí lo que existe con existencia real, y pudiera decirse substancial, es lo finlandés. Los habitantes del país que no son extranjeros, se creen todos finlandeses: tanto los que hablan sólo sueco, como los que hablan sólo finlandés, como los que hablan los dos idiomas; realmente el idioma no es bastante para destruir las cualidades de la raza; pero no es sólo el idioma lo que diferencia: es la compensación total de la vida, que con el idioma ha sido aceptada. No hay sólo dos lenguas; hay dos vidas diferentes: la una, la de los finlandeses «asuecados», si me es lícito inventar tan fea palabra; y la otra, la de los finlandeses tradicionales. Los primeros ocupan lugar preeminente en la sociedad; los segundos ya dije que vivían en los sótanos y buhardillas, puesto que o están en el interior del país o forman «las clases bajas» en las ciudades, bien que en estos últimos tiempos se note una tendencia social muy marcada a levantar el espíritu finlandés y a hablar en el idioma patrio. Comparando estas vidas, digo yo, pues, que los que están en lo firme son los que hasta aquí figuran debajo, los cuales están destinados a quedarse encima como amos y señores absolutos de la situación. La autoridad rusa es

conveniente; la lengua sueca podrá quedar como medio supletorio de comunicación intelectual; pero el espíritu del país sólo puede llegar a su máxima altura recogiéndose sobre sí mismo y «pensando en su natural idioma», fijado ya y ennoblecido por creaciones de tan subido valor como el «Kalevala», según podrá verse más adelante cuando explique el asunto y dé idea de las bellezas de este poema épico, y en cierto sentido, étnico.

III

Donde se aplican al Gran Ducado de Finlandia las diversas teorías inventadas acerca de la constitución de las nacionalidades, y se demuestra que todas esas teorías son completamente inútiles.

Los disturbios y guerras que perturban la paz interior de las naciones y ponen en armas a las unas contra las otras, nacen casi siempre de la cuestión tan debatida de las nacionalidades, porque no ha habido medio de organizar las naciones de tal suerte, que cada una comprenda sólo una nacionalidad, es decir, un núcleo perfectamente caracterizado por rasgos propios: raza, lengua, religión, tradiciones y costumbres. Cada nación tiene el problema planteado dentro de casa, y si sus fronteras no están muy bien marcadas, en las fronteras, y si tiene colonias, en las colonias, las cuales, en sus relaciones con la metrópoli, se inspiran en ideas y sentimientos poco diferentes de los que rigen la acción de las nacionalidades en la lucha contra el poder unificador que se empeña en anularlas. Júzguese, pues, si sería útil tener reglas fijas

para arreglar pacíficamente estas cuestiones, y sí hay que estar agradecidos a los hombres generosos que se calientan los cascos en idear teorías enderezadas hacia tan humanitarios fines.

Yo he estudiado muchas de esas teorías, por no decir todas, y no contento con analizar los argumentos con que sus autores las sostienen, he hecho una aplicación práctica de ellas — práctica sólo en hipótesis — para resolver la gravísima cuestión de la nacionalidad finlandesa; he supuesto que las naciones habían cerrado y hasta tapiado sus cuarteles; que había llegado la hora de pensar y de hablar sin temor, y que cada nacionalidad podía adoptar la postura que le pareciese más cómoda. Veamos lo que en esa situación paradisiaca podría hacerse en bien del país en que habito, aplicando una a una las diversas teorías inventadas, defendidas y recomendadas por los doctores del derecho internacional.

Se trata de ventilar si hemos de ser suecos o rusos; y me incluyo, como se ve, entre los finlandeses, no porque piense abandonar la nacionalidad española, sino porque en un sentido general, yo me considero indígena de todos los territorios que piso; y si llegara el caso de que estas gentes abandonasen a Rusia para hacerse suecos, yo me haría también el sueco. Y el primer punto de apoyo que encontramos, la primera teoría, es la que se funda en la situación geográfica. Echamos una ojeada sobre un mapa de Europa, y vemos a la derecha el «Coloso del Norte» como llaman a Rusia los es-

tadistas aficionados a poner motes; y a la izquierda, allá en lo alto, la Península escandinávica, a la que ciertos geógrafos, que deben de ser parientes de los citados estadistas, comparan con un león abalanzándose sobre las naciones que están debajo, y entre el coloso y el león está metida Finlandia sin saber a qué carta quedarse. Porque como quiera que la Escandinavia no es una Península bien definida; como no tiene un istmo que la separe del continente, ni siquiera una muralla natural como los Pirineos, sus límites son arbitrarios: pueden ser los que son, quedando excluída Finlandia; pueden ser tres líneas que corten los tres istmos formados entre el golfo de Finlandia y el Ladoga, entre el Ladoga y el Onega y entre éste y el mar Blanco, y pueden ser otros intermedios que partan a Finlandia por la mitad, como quien dice por el eje. La Geografía, pues, triste es confesarlo, no sirve en este caso para nada.

La segunda teoría se va a fijar en la raza; y sin necesidad de averiguaciones, se sabe que la raza finlandesa no tiene conexión especial ni con la eslava ni con la escandinávica. Como derivada de esta teoría, la que se funda en el idioma no será tampoco aplicable, puesto que si el sueco está muy extendido y es la lengua corriente en el litoral, es al fin lengua importada como el ruso, que hoy se estudia forzosamente en las escuelas, y llegará a ser otra lengua «de relación». Enfrente de una y otra está la lengua nacional, la indígena, absolutamente distinta de todas las de Europa, excepto

la magyar, que, aunque adulterada bajo la dominación turca, conserva aún, según me asegura quien las ha comparado, todo el aire de familia. Y en cuanto a la teoría histórica, su suerte no será mucho mejor, porque si la dominación sueca pudo crear intereses históricos, la rusa lleva ya cerca de un siglo y también los ha creado. El renacimiento de la literatura finlandesa, la constitución política de Finlandia, la formación del partido nacionalista o finlandés, son obra de la dominación rusa, la cual, no pudiendo aspirar a una asimilación rápida de este país a la metrópoli, se mantiene neutral entre las dos fuerzas constitutivas, la nacional y la sueca, y permite así que la primera se haga dueña de la situación.

No es cosa de apurar todas las teorías, porque sería el cuento de nunca acabar. Dése por averiguado que si las fundamentales no dan juego con las secundarias no avanzaríamos una línea en el peliagudo problema que estudiamos. No obstante, queda una solución que no sólo es fundamental, sino que es en nuestro tiempo la que está más en boga, el *referendum*. Póngase a votación el asunto; que decida la mayoría absoluta o relativa; y no habrá más que hablar. ¿Quién mejor que los interesados para saber si han de ir hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia el coloso o hacia el león?

No quiero ahora discutir la bondad del sistema, y lo acepto como si fuera lógico y sensato; y concedo además que la votación se haga con lim-

pieza, para lo cual no estaría de más que hicieran venir con alguna anticipación varios profesores españoles que instruyeran a los funcionarios encargados de dirigirla. Se pensará seguramente que las fuerzas opuestas lucharían con encarnizamiento para adherirse a ésta o aquella de las dos naciones que tienen intereses creados en el país: si así fuera, no habría motivo sino para alegrarse. Lo peor es que esas fuerzas se unirían por el momento y que es probable que saliera de las urnas la independencia nacional. No hay pueblo, por muy incapaz que sea de gobernarse, que no aspire a ser amo de su casa, y con más razón querrían ser amos de la suya los finlandeses, que son gobernantes habilísimos, como quizás no haya otros en Europa.

Pero estos gobernantes no pueden cambiar la naturaleza de su país. Finlandia tiene muy poca población: es un país pobre. Faltan medios naturales de vida, y no es fácil crearlos artificialmente por la industria, como en Bélgica o Suiza, por la gran distancia a que se encuentran los centros de consumo. Las naciones situadas en el centro de Europa tienen a su favor algo que es decisivo en la lucha económica: la rapidez y baratura de los transportes. Así, pues, Finlandia se encuentra en el mismo caso que si España tuviese sólo tres o cuatro millones de habitantes. ¿Cómo va a hacer frente con sus solas fuerzas al sostenimiento de ejército, marina de guerra para proteger su extenso litoral y defender su marina mer-

cante, representación en el extranjero y demás organismos que exige la vida independiente de una nación? Y luego, la misma extensión del territorio es causa de que los dos grupos antagónicos que constituyen la nacionalidad no puedan fundirse por el contacto, como ocurre en Suiza o Bélgica (para hablar sólo de naciones pequeñas y neutrales), y sería ocasionada a mantener en el país una división irreductible y peligrosa, una vez que faltara el poder moderador que ahora conserva el equilibrio. En suma, la vida de Finlandia independiente no sería tan ordenada ni tan próspera como lo es hoy, regida autonómicamente e incorporada a Rusia para cuanto atañe a su vida exterior. La solución lógica es la actual, a la que se llegó por medio de la guerra y de la que no se puede salir con auxilio de ninguna teoría. Por esta vez, y no será la última, las armas han valido más que las letras.

Si algún federal ilustrado lee esto que acabo de escribir, pensará: «Este es de los míos: sin querer o queriendo, este buen señor ha llegado a donde llegó en su libro de *Las Nacionalidades* mi «ilustre jefe» D. Francisco, quien, después de echar abajo todas las teorías, estableció como regla general para la organización de las nacionalidades el sistema federativo. Finlandia no es miembro de una federación; pero en el fondo, si disfruta de su autonomía y está supeditada a Rusia sólo en aquellos asuntos que son superiores al interés regional o que afectan a todo el Imperio, el resultado prác-

tico viene a ser el mismo que en el régimen federal.»

Sin embargo, nada hay más opuesto a mis deducciones que la teoría federativa del Sr. Pi y Margall. Este reputado escritor está en lo firme cuando destruye los sistemas caprichosos, arbitrarios, de gabinete, los cuales hemos visto que carecen de valor en el caso de Finlandia — y quizás en los otros también — ; pero cae en el error de fundar él otro sistema. Porque en política «todo sistema es falso»; la realidad es demasiado grande y bella para que se deje aprisionar en un molde salido de la estrechez de un cerebro. Lo profundo en política es conocer el espíritu de cada nación y desembarazarle el camino para que avance con mayor seguridad; es trabajar como servidores y no empeñarse en ejercer de «amos de la situación». Yo veo que en todo el mundo las nacionalidades fuertes luchan por asimilarse las débiles: Inglaterra en Irlanda; Rusia en Polonia o Finlandia; los austriacos contra los húngaros, y los húngaros contra los rumanos, etc., etc. Y en vez de protestar sin reflexión, pienso: es posible que esa tendencia al predominio sea algo tan natural como el amor del hombre a la mujer; quizás este amor no sea más que una condición de existencia de las especies — quizás sea verdadera la idea de Schopenhauer de que en los más puros arrebatos de amor hay siempre en lontananza un bebé que se ríe de los amantes — ; quizás, por último, las luchas entre el espíritu de unas y otras nacionalidades sean una

condición de la existencia de ese espíritu, y en el término de las luchas que nos espantan haya un nuevo y más brillante florecimiento espiritual.

Para mí, la federación no debe de ser una organización estática, sino dinámica; no propia de un cementerio, sino hecha para que podamos vivir y movernos; no inmutable, sino transitoria y encaminada hacia la «unidad». Ciertamente que yo no voy a justificar los medios violentos empleados para imponerse: para que no haya violencia es para lo que yo acepto la federación. ¿Qué culpa tiene la sociedad de que haya individuos vanos y pretenciosos que pretendan forzar la máquina para conseguir la unificación en breve plazo y llevarse la gloria y los honores? Las ideas tienen la vida larga y necesitan del concurso de muchas generaciones; pero lo largo de la obra no importa: lo esencial es que exista la acción del fuerte sobre el débil (y a veces el fuerte es el que parece débil, y el dominador queda dominado). Si las varias nacionalidades que coexisten en una nación viven en perfecto equilibrio, sin mirarse las unas a las otras, o la máquina social está parada y es inútil, o está parándose y la disolución se aproxima. La acción debe encaminarse, pues, a la unidad, y una vez allí, unificadas todas las energías, habrá llegado el momento de realizar otras funciones más elevadas, reflexivas pudiera decirse, a las que no puede atenderse mientras la nación no esté unificada, mientras hay que consagrar a la unificación los esfuerzos que más tarde podrán ser dirigidos a

establecer un régimen social más justo y benéfico. Mi federación va a la unidad, mientras que la federación sistemática y permanente no va a ninguna parte, puesto que si las nacionalidades llegaran a fundirse contra la voluntad de los partidarios de la federación, habría que separarlas a cañonazos para que la confederación no desapareciera. Y no se piense que esto es exagerado, pues unida está ya Francia y casi lo está España, y hay quien pretende volver a la Edad Media para andar el camino dos veces.

En Madrid tenía yo un amigo, cuyo sólo defecto era la manía de adornarse con etiquetas y rótulos de los más llamativos y chillones; librepensador federal sinalagmático, propagandista revolucionario, ex emigrado por delitos políticos y qué sé yo qué más; y aparte de esto excelente persona, y por añadidura cargado de familia. Alguna vez, en broma, le dije yo: «¿Sabe usted lo que pienso cuando le veo venir de lejos? Pues pienso que no es usted un hombre, sino un kiosko de anuncios que ha echado a andar.» Este amigo trataba siempre de convencerme de la bondad del federalismo; y le ocurrió que vino por lana y salió trasquilado, como se va a ver.

— Yo no comprendo — me decía — por qué usted acepta la libertad individual y la de las ciudades, hasta acercarse a la autonomía administrativa, y se niega a reconocer la autonomía de las regiones. — A lo cual le contestaba yo: — La razón es muy sencilla: un hombre y una ciudad son

algo que existe siempre y por separado; tienen vida propia, y si saben usar medianamente de su libertad, marcharán mejor que sometidos a tutela; pero las regiones son organismos accidentales que cambian con el tiempo. Si usted quiere reconstruir, por ejemplo, a Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia y Andalucía alta y baja, yo pediré que se vaya más lejos y que tengamos Tarraconense, Cartaginense y Bética; y así en las demás. Y si se me dice que esto es absurdo, yo demostraré que mi plan es absurdo como cuatro y el de usted como dos; pero tan absurdo el uno como el otro, porque en ambos se da un salto atrás, siendo así que lo que interesa es dejar que las cosas sigan su camino, y tener fe en que no nos llevarán a nada peor que lo que tenemos. Lo que usted y los suyos se proponen es lo mismo que si en un banquete, cuando todo el mundo está sentado a la mesa y se dispone a comer con mejor o peor apetito, la cocinera, con pretexto de que los garbanzos han salido un poco duros, vuelca la olla por la ventana y deja a los invitados sin comer.

Mentira parecerá; pero a mi amigo le impresionó tanto el ejemplo de los garbanzos, que algún tiempo después vino a decirme que cambiaba de política. — ¿Y qué piensa usted hacer ahora? — le pregunté yo —. Lo mejor sería que se declarase usted de mi bando, que es el de los neutrales o neutros, que se contentan con ser españoles a secas, y no dicen nunca esta boca es mía. — No sé, no sé — me dijo mi amigo — : estamos reunidos varios

correligionarios disidentes y quizás formemos un partido nuevo, cuyo principio fundamental será la unidad ibérica, realizada por medio de un sistema federal orgánico, cuyas bases están en período de gestación. Ya le pondré a usted al corriente, para ver si al fin se decide a entrar en política. — Y yo no le contesté nada; pero pensé: — Estos no se contentan ya con tirar los garbanzos; quieren tirar hasta la olla.

IV

En la que el corresponsal, sin saber gran cosa de política, da una lección de política finlandesa, y si se quiere, de política general y española.

Estamos en pleno período electoral. — ¿Cómo es eso — exclamará el lector — ; pues no escribe usted desde Rusia, donde todas las clases sociales «gimen bajo el ominoso poder de un autócrata»? — En efecto, escribo desde Rusia; pero Rusia, como ya sabemos, es un coloso: comprende muchas provincias y estados vasallos y autónomos; y uno de éstos es Finlandia, donde puedo decir que, no obstante tener mis orejas en estado completamente normal, no he oído hasta ahora ningunos gemidos; antes me parece que todo el mundo vive muy contento en este riguroso y despiadado clima. Hay, pues, elecciones, y hay un poder ejecutivo que gobierna muy bien, y hay un poder legislativo, representado por un Landtdag o Dieta, que se reúne cada tres años y que comenzará a funcionar en el próximo mes de Enero. — ¿Y cómo se ha llegado a tan despejada situación? ¿Han de-

gollado ahí a algún rey, o al menos, ya que reyes no los hay, a algún gran duque; ha habido revoluciones, motines o pronunciamientos? — Aquí no ha pasado nada, mis queridos discípulos. Hubo largas guerras entre Suecia y Rusia, motivadas por la posesión de Finlandia. El emperador Alejandro I, después de vencer en toda la línea a Gustavo Adolfo, no el Grande, otro que llevaba el número IV, se alzó con el dominio de este país; y comprendiendo que no era posible tratarlo como a las demás provincias de su Imperio, porque aquí había una nacionalidad muy bien definida y muy capaz de gobernarse, le concedió una carta constitucional que después ha sufrido modificaciones, pero sin tocar a lo esencial el régimen autonómico y distinto de el del Imperio ruso. Se ha llegado a conceder que el Arancel de Aduanas de Finlandia sea distinto; que se acuñe moneda finlandesa; hasta que sean distintos los sellos de Correos. Porque los emperadores del género autocrático son hombres tan discretos como los reyes constitucionales y saben someterse a la autoridad del sentido común, que, tengo para mí, es una constitución que rige con más eficacia que todas las demás constituciones.

En San Petersburgo existe una Secretaría de Estado, Ministerio o Delegación para los asuntos de Finlandia; y en Helsingfors reside un gobernador general, que tiene el mando supremo de las tropas y preside el Gobierno finlandés o Senado, constituído por funcionarios nombrados por el

emperador. Este Senado consta de dos Ministerios o departamentos, de Justicia y de Hacienda, los cuales deliberan y deciden en pleno en los asun- de gran interés, y por separado bajo la dirección de su vicepresidente o «viceordfoerande», en los de su exclusiva competencia; y los departamentos tienen varias expediciones o Direcciones generales para asuntos judiciales, civiles, militares, económicos, eclesiásticos, agrícolas, etc. El Senado es un Gabinete sin ministros, esto es, un Ministerio ideal; así es que todo marcha como una seda. No faltará quien extrañe que haya sólo dos departamentos, y no ocho o diez como en los demás países. Se comprende que no haya departamentos de Estado ni de Marina, porque estos asuntos corren a cargo del Imperio; y más fácilmente aún que no lo haya de Ultramar, por no haber colonias; pero ¿y los otros? Si no hay Gobernación, ¿quién gobierna? Y si no hay Fomento, ¿quién fomenta? Yo creo que estas dificultades se resuelven con buena voluntad. Así como nosotros tenemos agrupados en un centro la instrucción pública, los ferrocarriles y carreteras, aquí han ido un poco más lejos y todas las funciones gubernamentales las han fundido en dos grandes grupos, por vía de simplificación, y no seré yo quien ponga reparos a tan excelente acuerdo.

El Landtdag, he dicho, se reúne de tres en tres años. El emperador lo convoca con la debida anticipación, y los distritos o agrupaciones que tienen derecho a elegir representantes, los eligen cuando a bien lo tienen. No hay día ni hora fijos, y, por

lo tanto, la elección carece del saborcillo teatral que le presta entre nosotros el acudir la nación en masa a las urnas electorales, o en caso de que los electores no concurran, el abrirse todos los colegios a una hora convenida, salvo en aquellos casos en que el meridiano local se trastorna un poco por alguna de las causas que las leyes no pueden prever ni evitar. Pero en uno y otro sistema, lo esencial es que los diputados, ya sea con actas limpias como aquí, ya con actas limpias y sucias como en España, quedan elegidos e investidos de la augusta representación nacional.

Y ahora empiezan las diferencias capitales. En Finlandia no funciona el Landtdag como un Parlamento a la moderna; el Landtdag tiene cuatro brazos o estados llamados «Stander»: el clero, la nobleza, la burguesía y el estado llano o campesino. De estos cuatro brazos, el de la nobleza tiene su palacio propio, y los otros tres se reúnen en un mismo edificio: el palacio de la Dieta. Los acuerdos son sometidos luego a la aprobación del emperador y promulgados con el refrendo senatorial. Tiene, por lo tanto, el Landtdag tres caracteres que lo diferencian de los Parlamentos: se reúne trienalmente; no es elegido por sufragio universal, y no delibera en masa, sino por estados; es, por lo tanto, una asamblea representativa, calcada sobre el modelo de las Cortes medioevales. Y el país disfruta de tanta libertad práctica, como si existiera el parlamentarismo puro, y está perfectamente gobernado.

No quiere esto decir que yo aconseje a los países de sistema parlamentario, que vuelvan a la organización de la Edad Media. Así como de las uvas sale el vino, pero del vino no pueden salir uvas, así también de las antiguas Cortes se ha venido a dar en las modernas, pero de las modernas no se puede volver a las antiguas. Lo que yo pienso es que hay muchos modos de servir a Dios, y que debemos desechar el concepto ridículo de que el buen Gobierno esté vinculado en ésta o en aquella forma, en éste o en aquel régimen. Lo que yo pienso es que nosotros, y como nosotros muchos otros, no hemos querido caminar por lo llano, sino por las trochas, ni pasar el río por la puente, sino tirándonos a él de cabeza, y que cuando llegamos al fin de la jornada con la ropa hecha una lástima y calados hasta los huesos, nos encontramos que otros han llegado al mismo punto caminando muy a gusto por el camino real.

La transformación de los sistemas políticos no depende de los cambios exteriores, sino del estado social: un pueblo culto es un pueblo libre; un pueblo salvaje es un pueblo esclavo, y un pueblo instruído a la ligera, a paso de carga, es un pueblo ingobernable. Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos: no son graciosas concesiones de las leyes. ¿Qué importa que la ley nos declare libres si estamos poseídos por vulgares ambiciones, y sacrificamos nuestra libertad y aun nuestra dignidad por satisfacerlas? Hemos

adquirido el derecho de insultar las más respetables instituciones, y hemos perdido el derecho de usar una faja que, aparte de servirnos para meter en ella todos los objetos que llevamos diseminados por innumerables bolsillos, nos serviría también para conservar bien abrigado el estómago. A cambio de la libertad de las ideas, nos dejamos despojar de una libertad más bella y más noble, la de la forma; y nuestra aspiración parece hoy por hoy cifrarse en que todos los hombres, unidos en coro inmenso y fraternal, entonen un himno a la libertad, puestos previamente de frac y corbata blanca.

Hay muchos que creen que si en la actualidad todos los pueblos de Europa, o casi todos, disfrutan de un régimen político liberal, hay que buscar la explicación en las revoluciones. Si no hubiera habido pueblos que sacudieran el yugo y comenzaran la obra de liberación, no habríamos adelantado un paso. Esos otros pueblos que disfrutan hoy del nuevo régimen sin necesidad de haber acudido a la violencia, deben agradecerlo a los que lucharon por implantarlo. Yo recuerdo haber leído un discurso del general Serrano, en el que, sintiéndose por un instante erudito, decía para justificar la revolución de Septiembre: «Si en el mundo no hubieran existido revolucionarios, estaríamos aún adorando el caballo de Calígula.» Y yo pensé entonces que la afirmación era un poco aventurada, porque los Calígulas tienen la vida corta y los caballos la tienen más corta aún, y el

gobierno de una nación pasa prontamente de las manos de un Calígula o de un Nerón a las de un Trajano, un Tito o un Marco Aurelio. Para los que no se aturden ante el éxito; para los que no someten su juicio a la brutalidad del hecho consumado, sino que miden las cosas por la fuerza ideal que en sí contienen, la revolución de Septiembre es un pronunciamiento afortunado; y la mayor parte de las revoluciones son engendros de la ambición o de la vanidad de los hombres, que no contentos con seguir la evolución natural de las cosas, se precipitan a dirigirlas, para cargar con la gloria de haber salvado a la Humanidad. El verdadero revolucionario no es el hombre de acción: es el que tiene ideas más nobles y más justas que los otros, y las arroja en medio de la sociedad para que germinen y echen fruto, y las defiende, si el caso llega, no con la violencia, sino con el sacrificio.

Pero volvamos al Landtdag finlandés, un poco olvidado con estas divagaciones. Aunque ya he dicho que satisface admirablemente las necesidades de este país, no basta la afirmación sin pruebas. El hecho es evidente, y el que dude no tiene más que venirse por acá para convencerse de que no le engaño. Pero no estará de más apoyarlo con algunos razonamientos, ya que en España se suele dar más importancia a los razonamientos que a la realidad. La primera ventaja de la Dieta finlandesa es la de reunirse sólo cada tres años. Si un comerciante de medio pelo hace su inventario una

vez al año, una nación no pierde nada con fijar un período de tres o de cinco años para deliberar acerca de la marcha de sus negocios, formar su balance general, y ver si conviene introducir algún cambio en el rumbo que hasta entonces se ha seguido. Una nación no debe de vivir al día, y las instituciones no deben funcionar sin descanso, porque el desgaste puede ser excesivo. Cuando nos habituamos a ver las cosas, les perdemos el respeto y concluímos por menospreciarlas; viéndolas de tarde en tarde, nos interesan más, nos aparecen con más prestigio y nos inspiran más confianza. Un Parlamento que funciona constantemente, ha de dar por fuerza algunos tropezones y hasta puede caer en descrédito; y si se presenta una ocasión en que tenga que resolver un asunto grave, se acude a él con incertidumbre y hasta con temor. En fuerza de trabajar en asuntos pequeños, se incapacita para resolver cuestiones grandes. Si el poder legislativo, que por su función es más alto, está a un andar con los otros, pierde su principal carácter, que es el de ser un refugio supremo en las grandes crisis por que pueda pasar un país. Podría, pues, formularse un axioma político, diciendo que «la bondad de una Asamblea deliberativa está en razón directa del tiempo que media entre sus reuniones». Cuanto más de tarde en tarde, tanto mejor; y si no tuviera que reunirse nunca, se habría llegado a la perfección, porque el hecho indicaría que ya no hacía ninguna falta.

El segundo carácter del Landtdag finlandés es el

de ser elegido por clases y no por sufragio universal; y sólo la consideración de los buenos resultados prácticos que da aquí el sistema, me retiene y me impide manifestar mi disconformidad. En nuestro tiempo comienza a estar de moda hablar mal del sufragio, y los espíritus más distinguidos hablan de él con grandísimo desdén. Ibsen, en su *Enemigo del pueblo*, ha lanzado el gracioso apotegma de que «siendo la mayoría de los hombres una caterva de imbéciles, la minoría es la que lleva la razón». Idea que ya había yo leído en el *Teatro crítico* del P. Feijóo, quien pensaba que todas las piedras del mundo reunidas no pueden formar una estatua, y que un águila ve mucho más que una bandada de gorriones. Por su parte, Taine, que era un profundo político, se negó a ser elegido por sufragio universal, sin duda porque creía que la acumulación de varios millares de votos sobre su nombre no había de añadir nada a la gloria que él por su solo esfuerzo había conquistado.

Yo no estoy conforme con estas ideas: yo veo en el sufragio un pequeño reflejo de la Divinidad, un medio que la Providencia ha puesto en manos del hombre para que cree en el sentido estricto de la palabra crear, es decir, sacando las cosas de la nada. Hay una porción de gentes sin una idea en la cabeza ni en otra parte del cuerpo, que se morirían sin haber sido nada real y concreto en el mundo, si no existiese el sufragio. Con el sufragio, a un «quídam» de esos se le echa encima una pila de papeles, y se le transforma en todo lo que sea

menester. Reconozcamos que esto, como diría el ilustre D. Juan Valera en su estilo acicalado, no deja de ser muy bonito. Yo soy ardiente partidario del sufragio universal, con una limitación: la de que no vote nadie. Y no se crea que mi afirmación es una broma de mal gusto: es otro axioma de política transcendental, como demostraré ahora mismo, ya que en nuestros días hay que demostrar hasta los axiomas. Todos los argumentos expuestos en contra del sufragio se reducen a éste: la verdad no surge del concurso de muchos hombres, sino del esfuerzo de las inteligencias; si entregamos los intereses de la sociedad en manos de la mayoría de sus miembros, no contamos con un criterio verdadero, ni justo, ni prudente, ni constante. Todo marchará al azar. Sin embargo, este razonamiento no ataca a la esencia del sufragio: va sólo contra su aplicación, y si a eso fuéramos, no existiría nada en el mundo. Para ser padre de familia se necesita, creo yo, más inteligencia que para depositar un voto en las urnas, si el padre de familia ha de cumplir a conciencia sus deberes. ¿Cuántos hay que los cumplen? Uno de cada mil. ¿Y vamos por eso a suprimir la familia? Aunque quisiéramos, no podríamos. No nos queda más recurso que resignarnos, y a lo sumo, cuando vemos que un hombre es decididamente incapaz para constituirse en familia, aconsejarle que no lo haga y esforzarnos por persuadirle. Este es mi criterio en la cuestión del sufragio: a mi juicio, todos los hombres que viven en sociedad tienen derecho estricto a intervenir en

el arreglo de los asuntos de interés común. Antes que reconocerles a unos el derecho y a otros no, sería preferible volver al derecho divino, y resumir todos los derechos parciales en el derecho de un autócrata. Si después notamos que la mayoría no sabe hacer uso de su derecho, cabe aconsejarla y persuadirla a que no use de él. Y en España no habrá que molestarse mucho, porque el pueblo, reconociéndose sin inteligencia bastante para intervenir, no vota sino cuando le espolean. Pero no se piense que es lo mismo no votar porque no se puede, que no votar porque no se quiere. Yo salgo a la calle con cinco duros en el bolsillo y vuelvo a casa sin haber gastado un céntimo, y vuelvo alegre porque he ido por todas partes con la seguridad que da el llevar cinco duros para lo que pueda ocurrir; en cambio, salgo sin un cuarto y vuelvo de mal humor, porque se me ha antojado comprar todo lo que he ido viendo, y he temido verme en un compromiso que me obligara a declarar mi precaria situación. Así, pues, el Landtdag finlandés, que sin duda alguna supera a las Asambleas elegidas por sufragio universal, sería teóricamente más perfecto si existiese el voto universal y no votasen más que los que hasta aquí vienen votando. En este punto reconozco de buen grado que nosotros, teóricamente también, estamos a mayor altura que los finlandeses.

Queda aún un tercer extremo: la deliberación por brazos, como natural consecuencia de la elección por clases. Los acuerdos del Landtdag exigen

el concurso de tres «stander» por lo menos, y de los cuatro para ciertos asuntos de gran interés, como las modificaciones de carácter constitucional, el servicio y cualesquiera reformas que afecten a los derechos de clase, las que no podrán ser admitidas sin el concurso de la clase interesada. También este sistema de deliberar por separado está hoy muy en baja, y se considera más perfecto el puramente parlamentario. Y es seguro que si una Asamblea fuese representación íntegra de una nación, se habría dado un gran paso hacia el ideal político: la fusión de los diversos grupos sociales; pero bien a las claras vemos que en nuestros días vuelven a levantar la cabeza nuevos partidos de clase, que con razón o sin razón no se consideran representados suficientemente en los Parlamentos del sufragio universal; y más claro se ve todavía que esos Parlamentos no pueden andar solos, que hay que ponerlos detrás, a modo de niñera, un Senado que los vigile y que les dé unos cuantos azotes cuando sus travesuras pasan más allá de lo que permite la prudencia. La Dieta finlandesa es a la vez Congreso y Senado, y sus varias representaciones se corrigen mutuamente, cuando el caso así lo exige: es un organismo basado sobre la realidad de los intereses colectivos, no en una concepción arbitraria; su composición no es homogénea, pero tiene el gran mérito de ser franca y de no cubrir la diversidad real de los intereses bajo la etiqueta de una unidad artificiosa

En resumen: yo acepto todos los progresos po-

líticos de «mi siglo», y me enorgullezco de haber nacido en un país donde la democracia ha llegado a encarnar con tanta pureza y perfección; pero reconozco que el país mejor gobernado que he visto hasta el día es éste de Finlandia, donde todos esos progresos han sido hasta aquí letra muerta. Y ya que nosotros no podamos sacar otra enseñanza de esta observación, convenzámonos al fin de que nuestras luchas por cuestiones fantásticas deben de cesar; que con un sistema u otro se va donde se quiere ir, si no falta inteligencia ni buenos propósitos. Los que desean aún derramar su sangre generosa por introducir un cambio en las exterioridades del Gobierno, que tengan la bondad de reservarla para empresas más nobles, en las que se ventile el interés de «toda la nación»; y si la sangre les bulle tanto que no pueden aguantar más, que llamen a un sangrador y que se sangren y dejen en paz a sus conciudadanos.

V

Reflexiones psicológicas que le sugiere al corresponsal la lectura de la Guía de la ciudad de Helsingfors.

El que quiera hacer descubrimientos notables, que no se gaste el dinero en comprar telescopios, ni pierda el tiempo en revolver archivos y bibliotecas: que se vaya a lo ancho de la calle, y allí donde note un movimiento espontáneo de muchas gentes en una misma dirección, esté seguro de hallar el principio de una investigación transcendental para la ciencia. El verdadero y profundo saber brota de las muchedumbres inconscientes: un pueblo que acude a votar a los comicios, no da ninguna luz sobre sus propias aspiraciones, porque ha pasado de antemano lo que va a hacer y acaso ha formado artificialmente su criterio oyendo o leyendo disparates ilustrados; ese mismo pueblo se congrega en la plaza pública para oir a un ciego cantar romances, y es seguro que hará o dirá algo por donde vengamos a descubrir sus ideas íntimas, tradicionales.

Oigamos al ciego entonar el romance de los

nombres de las mujeres, donde se declaran los méritos y defectos, vicios y virtudes de las Juanas y las Petras, las Marías, las Tomasas y las Manuelas. Para los perezosos, para los que se contentan con juzgar sumariamente por impresión rápida y superficial, el ciego es un mendigo que dice unas cuantas tonterías a cambio de unos cuantos ochavos; yo creo que es un artista utilísimo, un cultivador del arte más fecundo, el que se desarrolla al aire libre y sirve de pasto ideal a las clases pobres, que no tienen medios ni capacidad para conocer otras formas artísticas más cultas; y creo también que lo que el ciego dice son tonterías con un gran fondo de verdad. — Ya ve usted — se dirá— : asegura que las Marías son muy frías, y yo conozco precisamente cuatro, de las cuales una, es cierto, es fría como agua de aljibe; pero de las otras tres una es más que templada, otra es como un brasero y otra arde en un candil. Ese ciego no debía tocar la guitarra, sino el violón. Sin embargo, si la gente lo oye y le compra los romances, no dejemos en este punto nuestras observaciones: ahí hay, como suele decirse, gato encerrado.

Es innegable que los nombres tienen una fisonomía propia adquirida por el uso, aparte de la que algunos poseen ya por su significación. Don Juan es un conquistador de corazones, don José un señor muy patriarcal y don Pedro un hombre adusto. La religión, la historia o el arte dan a los nombres ese carácter sugestivo, que no puede ser desvirtuado por los hechos: si un hombre se con-

duce de un modo incongruente con el nombre que lleva, no por eso variamos nuestro concepto sobre el nombre, sino que decimos que éste está mal empleado. Jamás convendremos en que a un tunante le encaje bien el nombre de Homobono, o a un hombre discreto el de don Hermógenes. Mas para que un nombre tenga fuerza expresiva, es necesario que se le agregue algún rasgo que determine el estado social de la persona: si don Juan es el Tenorio, el tío Juan no es más que un buen hombre, rudo y tosco, y Juan a secas es un infeliz; y por otra parte, los nombres de los dos sexos no son iguales en este punto, porque los de mujer están menos usados que los de hombre. El papel de las mujeres ha sido y es principalmente doméstico, y, por lo tanto, sus nombres sólo tienen expresión en la vida íntima y familiar, salvo contadas excepciones; son advocaciones de la Virgen; nombres poéticos, y en algunos casos formas femeninas de nombres de santos, las cuales no pueden conservar su significación originaria: doña Juana no puede echar sobre sí las glorias de don Juan.

El error del ciego procede, pues, de que, obligado a componer para su clientela, formada principalmente por mujeres pobres, tiene que concretarse a los nombres femeninos que son los menos característicos, y a emplearlos sin añadidura, tales como los usan las mujeres del pueblo; pero esto no debe de impedir que reconozcamos la verdad de la idea generadora del romance, de la cual se

deducen después consecuencias de mucha mayor importancia, puesto que así como existen nombres característicos de las personas, con estos nombres se forman después nombres característicos de las naciones.

Este preámbulo viene aquí a cuento, porque, como creo haber dicho ya, el único libro de que dispongo para escribir estas cartas es el *Adessbok och Yrkeskalender*, o Guía de la ciudad, y a fuerza de mirarlo me ha venido la idea de sacarle el jugo que contiene, que no es poco: voy, pues, a hablar de los nombres de los finlandeses y a deducir de ellos algunos rasgos psicológicos muy interesantes del pueblo finlandés.

Recorriendo las listas de apellidos, nótase la variedad de procedencias de la heterogénea población de Finlandia, particularmente de las ciudades del litoral. Hay algunos apellidos rusos, cuya desinencia más común y conocida es en *off*: Matrosoff, Baranoff, Pletschikoff, y bastantes polacos en *sky*: Doubitsky, Galetsky, Baltschefsky. Vienen después los suecos, cuya estructura es análoga a la de los alemanes o a la de los ingleses, como Lindberg, Bergstroem, Eklund, Ekholm, Lindfors, Nyholm, Suellman, Wasenius, Oesterman, Johansson, Carlsson, Thomasson, Danielsson, etc. Y los más típicos y extraños para nuestra vista son los finlandeses: Tuominen, Saastamoinen, Haemaelainen, Raatikalnen, Pikkarainen, Niinimaeki, Nikkilae, Aeyraepaeae, Jaeaeskelaeinen, Kokkonen, Kaekikoski, Kaeraejaemies, etc. — Estos nombres tan

extraños, como ya lo indica la abundancia de vocales, se pronuncian con gran dulzura.

Los apellidos finlandeses son, por regla general, largos; hay también algunos breves, pero menos corrientes, como Erköo, Aho, que pertenecen a dos distinguidos periodistas de la localidad; el finlandés es tan armonioso como el italiano; mucho más que el sueco, bien que éste posea la soltura y elegancia de la lengua francesa, y en muchas palabras la plenitud y sonoridad de la española.

En relación con los apellidos, los nombres pertenecen a diversos santorales o se escriben de distinto modo: hay John, Johan, Juhani, Karl, Kaarlo; un nombre que me gustó la primera vez que lo leí en la *Princesse Meleine*, de Maeterlinck, Hjalmar, es aquí corriente, así como Axel, Arvid, Eoro, Jaako, Uno, Ano, Edvin, Gunnar, Sigrid, Frithiof, Haral, Erik. En nombres de mujeres los hay preciosos, y no dejaré tampoco de dar varios de los que más me agradan, por si alguna de mis lectoras se halla en estado interesante y preocupada por el nombre que le ha de poner «a lo que nazca»: Olga, Dagmar, Hilda, Ida, Lida, Gerda, Lidya, Aina, Selma, Sainaa, Sanny, Mia, Alma, Thyra, Ada, Dina, Aini, Hulda, Edla, Ebba, Elsa. Algunos nombres de mujer tienen estructura masculina: por ejemplo, Aino, nombre de una heroína del Kalevala, que andando el tiempo será dado a conocer en Europa y en España por una distinguida cantante de aquí, que ahora empieza su carrera: Aino Achté. Sin embargo, los nombres más usados son los de la anti-

gua Iglesia católica, los cuales se escriben exactamente igual que en España: aquí, pues, abundan las Amelias, Natalias, Rosas, Olivias, Amandas, Paulinas, Carolinas, Cristinas, Gustavas, Elviras, Junias, Julias, Emilias, Augustas, Sofías, Auroras, Paulas, Ineses, Josefinas, Jacobinas y cien por el estilo.

Ya que estamos en posesión de los nombres, vamos a lo más importante: al modo de usarlos. Aquí el nombre propio tiene muy poco uso: los hombres y las mujeres firman con su inicial y el apellido, y a veces con sólo el apellido. Si en España recibimos una carta firmada J. Petersson, o su equivalente J. Pérez, pensamos que quien escribe es un hombre, y nos extraña que no haya firmado con su nombre entero; aquí ese nombre puede ser de una señorita joven y guapa, y hasta si se quiere íntimamente conocida. Como la mujer trabaja como el hombre, ha perdido el calor sentimental y se ha convertido en una entidad útil: así, pues, el nombre propio, que es el afectivo, va camino de desaparecer. En España sería ridículo decir a una señorita: «Buenos días, Rodríguez»: aunque no se tenga confianza, se emplea el nombre propio, porque a la idea de mujer acompaña siempre la de amor o delicadeza. Aquí me ofrece su tarjeta una señorita que se llama H. Lindroos: después de tratada mucho tiempo como Froeken Lindroos, preguntaré por curiosidad qué significa la H., y se me dirá que Hanna; y este nombre ¿qué es? ¿Es lo mismo que Anna, Ana? No. Es una forma abreviada de Johanna, Juana; pero después

seguiré diciendo Lindroos a secas, pues el empleo del nombre propio sería una gran inconveniencia, por estar reservado para las expansiones íntimas. En toda Europa se observa que conforme avanza la idea de emancipación de la mujer, decae la importancia del nombre propio; pero al menos las muchachas gustan de lucir sus nombres, en particular si son bonitas; aquí es donde he notado mayor desprecio por el nombre personal y sentimental.

En Finlandia los dos sexos usan el nombre de igual manera, porque su función social es también análoga, y el empleo predominante del apellido marca asimismo el carácter de esta sociedad. El nombre de una nación está representado por la forma usual del nombre de sus individuos: N. Koskinen es un finlandés (varón o hembra); Louis Dupont es un francés; José Pérez y Gómez es un español; y no se crea que la diferencia está en la significación de las palabras, puesto que lo mismo diríamos que es francés Félix Martín y que es español Félix Martin Martin (sin acento). Donde los franceses dan un golpe, nosotros damos dos. Aquí hay un apellido español, Riego, cuyos usufructuarios no sé si descenderán del general que dió su nombre al himno de la libertad: si así fuera, habría que convenir en que el oficio de proclamador de Constituciones es un tanto azaroso. Pues bien: T. Riego será finlandés y Rafael del Riego español, y aún recuerdo haber leído algunas veces el nombre de Riego con su segundo apellido, no obstante ser tan celebrado y popular.

El nombre propio es el que marca la individualidad; el apellido, las relaciones sociales. Así, pues, el nombre típico, usual de una nación, revela su carácter predominante. Hay nombre individualista y socialista, aristocrático y democrático. Los nombres griegos son individualistas y democráticos, porque se componen de un solo elemento: Solón, Sócrates, Platón, Aristóteles, Pericles; en España hay también nombres de expresión análoga, los únicos que acaso existen en el mundo, los de nuestros toreros: la exterioridad ofrece algo chocante; pero vistas las cosas de cerca, *Costillares*, *Cúchares*, *el Tato*, *Pepe Hillo*, *Frascuelo* y *Lagartijo*, son nombres esencialmente helénicos y expresan el fondo de individualismo que aún conserva nuestra raza, bien que no se muestre en obras maestras de ciencia y arte, sino en formas artísticas rudimentarias, como tienen que ser siempre los juegos públicos.

Roma es un pueblo de organizadores, constituído aristocráticamente sobre un patriciado; y el nombre romano es complejo, porque tiene que expresar, no sólo la personalidad, sino también el abolengo. Comparando estos dos nombres, Demóstenes y Marco Tulio Cicerón, se tiene la clave de dos historias y de dos civilizaciones. Los pueblos modernos conservan en gran parte el espíritu romano; pero el equilibrio, representado hoy por el uso simultáneo del nombre y del apellido, es inestable. Inglaterra es quizás la nación que se aproxima más a la organización romana; en Fran-

cia el nombre propio pierde mucho terreno, lo cual indica muy a las claras que las tendencias colectivistas lo van ganando.

En Finlandia encontramos el nombre típico de una nación democrática y socialista, cuyo individuo ideal no tendría nombre propio, sino el apellido, es decir, el rótulo social. Un pueblo donde se diga D. José, D. Manuel, D. Antonio, no puede ser socialista jamás; el hombre del colectivismo tiene que ser Fernández, Martínez, Rodríguez, García; y así se llaman aquí, cambiados sus nombres por otros. No faltan aristócratas sueltos, pero son la excepción: para convencerse de que este país es democrático, basta fijarse en que un apellido vulgar, por ejemplo, Johansson, Juánez, es usado por todos como si fuera el más distinguido, sin buscar medios de diferenciación. Se desean diplomas cruces y todo cuanto sea distinción personal y proporcione ventajas materiales, pero sin sacar nunca a relucir los pergaminos. En España un hombre no querría llamarse J. Fernández, y acudiría a mil artificios para tener su nombre bien marcado, ya poniéndose un nombre propio muy raro, ya colocando tras el Fernández uno o dos apellidos más. Los finlandeses, antes que hombres, son miembros del organismo social, y tienen, como veremos en mil detalles, aptitudes sobresalientes para vivir libres dentro de organizaciones y reglamentaciones en las que nosotros no podríamos movernos siquiera.

Entonces, se dirá, ¿España no es una nación democrática? De ningún modo; somos el pueblo más

aristocrático de Europa: así como en otros pueblos se ha debilitado el nombre propio, nosotros lo conservamos porque conservamos nuestro amor al individualismo; pero hemos agregado un apellido más para señalar nuestro entronque, nuestra ascendencia. Yo soy el único que tiene aquí dos apellidos; y varias personas me han preguntado ya qué significa el segundo, y muchas más son las que han pegado los dos y los han transformado en uno solo; yo contesto siempre que en España la mujer, socialmente, es menos que aquí, pero que en casa lo es todo; que hasta conserva su nombre de familia y los transmite a sus hijos con el del padre. Lo cierto es que en España Juan Fernández y García firma con más humos que D. Juan Fernández de Córdoba y García de Zúñiga. Hemos llegado a la igualdad, haciéndonos todos hidalgos, esto es, siendo todos aristócratas. Por eso, hablar de democracia en España es música celestial; no podemos ser demócratas, porque queremos demasiado a nuestra familia. En la actualidad vivimos en plena democracia, y estamos asistiendo al espectáculo interesante de la formación de un nuevo patriciado, de una aristocracia política, constituída por la aglomeración en los cargos públicos de gentes enlazadas por vínculos familiares. No gritemos contra los yernos, los sobrinos, los cuñados y los primos, porque ahí está nuestra salvación, en ese plantel de aristócratas de nuevo cuño, que en el porvenir han de dar muchos días de gloria a la patria, o por lo menos a sus respectivas familias.

VI

Donde se descubre el amor de los finlandeses al progreso, y se explica la causa de este amor.

La pereza intelectual que a todos nos domina, nos induce a inventar fórmulas convencionales que nos ahorren el trabajo de estudiar a fondo las cosas. Así, para dar idea del carácter general de una nación, hay etiquetas o muletillas muy usadas que dejan completamente satisfecha nuestra curiosidad: «ese país es refractario a la cultura»; «éste es amante del progreso», y «aquél avanza de un modo visible por la senda de la civilización». Con arreglo a esta fraseología, es lícito decir que Finlandia es un país que ama el progreso y avanza a galope tendido por todas las sendas que a él conducen. Ahora lo que falta saber es lo principal, es decir, lo que aquí entienden por progreso; porque si interpretaran la palabra al revés que nosotros, caminando hacia el progreso, irían a dar en donde nosotros menos pudiéramos figurarnos.

La idea corriente hoy por hoy sobre el progreso

es, por desgracia, demasiado material: no se da apenas importancia a lo que es en cada pueblo la vida de familia, las relaciones amorosas, el trato entre amigos, la unión de las diversas clases sociales, y en particular de amos y criados; se atiende principal y casi exclusivamente a la extensión de la red de ferrocarriles, estado de las carreteras, servicios de correos, telégrafos, estadística comercial y cotización de los fondos públicos. Un pueblo cuyos valores se cotizan a la par, puede sin reparo degradarse y vivir en la corrupción más escandalosa; siempre será más culto que aquel otro cuyas cotizaciones anden entre el 70 y el 80 por 100. Como la familia existe desde el origen del mundo, y los adelantos mecánicos son cosa fresca, estamos aún en el período de la novedad, y no queremos convencernos de que los tan celebrados adelantos sólo traen servicios útiles para la vida, y que lo esencial continúa siendo la vida en sí: una vez que la familia se desorganiza, que las relaciones sociales se resquebrajan, que la vida colectiva se corrompe, el progreso material no sirve más que para cubrir las apariencias y para engañar a las gentes superficiales; es un progreso hipócrita y menguado, que sirve sólo para prolongar indefinidamente la existencia infructuosa, y a veces nociva, de los pueblos que a él se acogen.

En punto a progreso material, aquí en Finlandia existe cuanto puede apetecer el más descontentadizo; más que progreso, hay ensañamiento

por el progreso y por muchas cosas que no lo son. Tienen, por ejemplo, la manía de rapar los jardines, y no dejan que la hierba levante una pulgada del suelo: concepción democrática mala. En cuanto un tallo verde asoma, tímido, entre dos piedras, viene una mujer con un gancho y lo arranca, como si se temiera que con el tiempo interceptara las atarjeas o la vía pública. Y lo mismo pudiera decirse del adoquinado, del arrecifado y de los demás servicios de urbanización. A mí no me gustan estos excesos; y si por mí fuera, la hierba crecería a sus anchas hasta que le llegara la hora de agostarse, y las vías públicas tendrían muchos altibajos. En Atenas no fué conocido el entarugado, y andaban por las calles personas de más viso que las que hoy se echa uno a la cara: quizás si allí se hubieran dedicado a afeitar jardines y a adoquinar calles, hubieran desaparecido sin dejar rastro.

La psicología tiene sus misterios, y no es fácil ver así, de golpe, la influencia que en nuestro espíritu ejercen las formas exteriores que habitualmente nos rodean y nos moldean, sin que nos demos cuenta de su sorda labor. Nuestro orgullo nos hace creer que estamos sólo sometidos al influjo de los objetos en que voluntariamente fijamos nuestra atención; pero acaso sea más enérgico el influjo de lo imperceptible y de lo despreciable. Un hombre que habita en una ciudad desigual, con calles quebradas, con jardines semisalvajes, circundado por la belleza natural que la tierra da

de balde, es un hombre apto (si se decide a trabajar, justo es decirlo) para la creación de obras originales: por lo menos es un hombre llano, natural, sin artificio; ese mismo hombre habita en otra ciudad muy bien entarugada, alineada, arrecifada, barrida y fregada, e insensiblemente comienza a perder los rasgos más salientes de su personalidad: comienza él también a alinearse, a recortarse, a pelarse, a afeitarse y a engomarse, en una palabra, a estropearse por fuera y por dentro, y quizás al encontrar un amigo en la calle no sepa ya saludarle familiarmente, sino haciendo varios movimientos mecánicos, y ofreciendo en vez de toda la mano, como antes se hacía, el dedo índice, que parece apuntar como cañón de revólver. Estas y otras bellezas nos trae el progreso mal entendido, y nos las trae por nuestra ignorancia, porque no vemos el enlace que las cosas entre sí, a la callada, mantienen.

Una señora finlandesa me preguntaba cierto día: —¿Es verdad que en España, cuando pasa una mujer bonita, los hombres la echan a los pies la capa y el sombrero? — Sí, señora: es verdad — contesté yo — ; pero desgraciadamente la costumbre se va perdiendo. — ¿Y cómo explica usted ese cambio? ¿Es que se vuelven ustedes más calmosos, menos enamorados y galantes? — No es eso, señora mía; es que ha decaído mucho la capa: hoy se usa con preferencia el gabán, y la nueva prenda no sirve para el caso. La capa va suelta sobre los hombros, y en menos que se piensa, en

un abrir y cerrar de ojos, está extendida en el suelo: el movimiento es elegante y artístico. En cambio, el gabán es una prenda sin gracia: no hay modo de quitárselo en medio de la calle, pues parecería que se iba uno a desnudar; si se le extiende sobre el suelo, tomará mil figuras y todas ellas serán antiestéticas, y hasta sería posible que la beldad a quien se pretendía rendir homenaje tropezara y cayera por nuestra culpa. Y en cuanto al sombrero, como ahora se gastan de casco duro, al tirarlo al suelo iría botando como una pelota y se llenaría de bollos y piquetes. Los españoles somos, pues, como éramos; pero el traje ha cambiado y no nos deja hacer lo que antes hacíamos.

Hechas estas salvedades, para que conste al menos que a mí los adelantos no me turban hasta el punto de cegarme y entontecerme por completo, no tengo inconveniente en reconocer las ventajas del progreso material y en guiarme por éste, como signo exterior, para descubrir el progreso efectivo de las naciones; pero tengo que separarme de nuevo de la corriente general y decir que no me bastan los hechos; que yo doy más importancia que a los hechos, a la forma en que se presentan.

Lo característico de Finlandia es el entusiasmo con que se aceptan todas las innovaciones de utilidad práctica, la rapidez y perfección con que todo el mundo se las asimila. En España tenemos ferrocarriles; pero no sólo los tenemos de mala manera, sino que en algunos casos hemos llevado nuestra mala voluntad hasta el extremo de que el

tren sea derrotado por la diligencia. En nuestra provincia existe ese raro fenómeno. Aquí los ferrocarriles son del Estado finlandés, y a pesar de lo escaso de la población dan ingresos muy lucidos; en cuanto al servicio, casi compite con el alemán, que es el más perfecto de Europa. — El teléfono es aquí tan usual como los trastos de cocina; es una persona más en cualquier conversación. Muchas veces ocurre una duda que puede ser resuelta por alguien que está ausente: al minuto se tiene la respuesta, casi como si el consultado se hallara en la reunión. — No conozco ciudad donde existan, proporcionalmente al número de almas, más carruajes que en ésta: están distribuídos por toda la población y en constante movimiento; son muy ligeros y muy baratos, y los usan hasta las clases pobres. — Por el velocípedo hay verdadero delirio, y las mujeres le han aceptado como instrumento de emancipación; no se da un paso sin topar con una señorita montada en su bicicleta: si os fijáis por detrás, veréis que de esa parte del organismo que sirve, entre otras cosas, para sentarse, pende en forma humorística un cartelito, donde se lee un número, que quizás pase del cuatro mil: ese número, que es el del registro velocipédico, indica a las claras el abuso que se hace del pedal. Porque aquí no se fijan más que en el ahorro de fuerzas, y en cuanto una novedad es útil, todo el mundo la acepta en masa, sin que a nadie se le ocurra criticar ni dárselas de refractario.

Yo hice un día ciertos reparos al hecho de que una señora vieja y horriblemente voluminosa, fuese también dando tumbos en una angustiada bicicleta (por cierto que ese día sentí por primera vez algo nuevo: la compasión por un aparato mecánico), y la persona a quien me dirigía sólo me contestó. «Yo lo encuentro bien; es útil.» — Finlandia es el país de los lagos: casi todas las ciudades y pueblos del interior están unidos por vías navegables, surcadas continuamente por vapores; y no es extraño el caso de que un campesino se encargue durante una travesía de dirigir una embarcación con la seguridad de un marino práctico. Y como éstos hay mil hechos curiosos que revelan la satisfacción rústica con que son aquí acogidos todos los adelantos, y la prontitud y perfección con que se los introduce en la vida vulgar y corriente.

Mas no se crea que tan ardiente amor al progreso es signo de energía espiritual; es todo lo contrario. La opinión irreflexiva ve en la actividad febril de un hombre que se pasa la vida rodando por los trenes, dando órdenes por telégrafo y por teléfono o yendo como una centella en velocípedo, una prueba de robustez cerebral extraordinaria; cuando en realidad lo que debe de verse en todo eso es un desequilibrio orgánico: la exaltación de la fuerza muscular y la atrofia del sistema nervioso. He aquí la causa de que los pueblos meridionales sean por temperamento refractarios a las innovaciones mecánicas e incapaces de resistir el ajetreo excesivo de los novísimos de locomoción.

El tipo perfecto del hombre activo es el norteamericano; hoy es ya popular en Europa la idea del yankee a lo Bourget: un hombre vulgar de alma y cuerpo, poseído por la manía de reunir muchos millones; posee alguna línea de ferrocarriles, y si llega el caso alguna ciudad entera que fundó por su cuenta y riesgo o que ganó en una jugada de Bolsa; trabaja día y noche en su bufete, con un aparato telefónico en cada oreja, el telégrafo enfrente y un exprés de propiedad particular silbando a la puerta, por si los negocios exigen de repente un viaje de cuatro o seis mil kilómetros; y por último, el pobre hombre cae un día muerto sobre su escritorio a consecuencia de un ataque cerebral, mientras su mujer da un baile en París o en Cannes, o juega fuerte en Monte Carlo. Hay sin duda en estos rasgos exageraciones de tipo novelesco; mas lo novelesco difiere poco de lo real: en el estudio de Bourget, *Outremer*, aparecen figuras semejantes a la que yo he indicado en cuatro líneas, y *Outremer* no es un libro humorístico, aunque a ratos lo parezca.

Tan extraordinario derroche de actividad no podría prolongarse mucho tiempo si estuviera alimentado por la inteligencia: yo he visto funcionar grandes empresas comerciales, y he comprendido sin gran molestia la marcha de los negocios; y una vez dominada esta primera dificultad, he visto que todo se reduce a una rutina para la que sólo se requieren facultades de resistencia. La gente profana, que no ve más que la complicación apa-

rente de las operaciones, piensa que el que las dirige es un hombre de genio: una vez en el secreto, se convencería de que aquel trabajo está al alcance de cualquier burro de carga. Yo encuentro un gasto mucho más grande de energía en el que crea una obra de arte; y si se quiere un ejemplo de actividad material, diré que más fortaleza física se requiere para ser matador de toros que para ser millonario al estilo yankee. No hay que ir a América para hallar hombres fuertes; para lo que hay que ir es para encontrar temperamentos que resistan la tensión pasiva a que nos condena el progreso mecánico.

A un amigo mío, lagartijista entusiasta, le oí referir una anécdota muy significativa sobre el insigne maestro cordobés. Se hablaba de lo malo y de lo bueno que tienen las profesiones y oficios, y se llegó a tocar al toreo; y alguien le preguntó a *Lagartijo* qué era lo que más le disgustaba de su profesión, a lo cual el interpelado, con una concisión digna de Tácito, contestó: «Er tren.» — En estas dos palabras, mejor o peor dichas, hay más substancia psicológica que en todos los tratados de Psicología que sirven de texto en los Institutos. Un torero de raza se halla en su elemento mientras lucha, mientras su actividad libre e inteligente está enfrente del toro, y se fatiga de ir incrustado en un vagón, prueba evidente de que para resistir el traqueteo de los innumerables vehículos de nuestra época, la energía natural del temperamento es más bien un obstáculo; lo que el

vulgo toma por actividad es inercia: ese hombre que va cincuenta horas en tren, no va, sino que lo llevan; él no hace más que aguantarse.

He presentado estos dos tipos de actividad para hacer ver, por medio de ejemplos conocidos, lo que son los finlandeses. El finlandés se aproxima al tipo yankee: no tiene campo de acción para ejercitarse en empresas de alto vuelo; pero en su esfera funciona como un organismo libre, adaptado a una función mecánica; es calmoso hasta un extremo desesperante, pero tiene una constancia a prueba de bomba; su entusiasmo progresista nace, propiamente hablando, de su pereza, del deseo de economizar tiempo y de molestarse lo menos posible. La primera advertencia que me hicieron a mí al llegar, cuando di mi ropa blanca a la lavandera, fué que tardarían en lavarla, según es costumbre, de dos a tres semanas; y como con el lavado ocurre con muchas cosas más. Aquí no quieren trabajo extraordinario ni apresuramientos; gustan de la regularidad, y dan a cada obra su plazo marcado e inflexible. Yo hace ya muchos años que no tengo reloj, y lo suprimí después de tenerlo otra porción de años parado. En España esto sería una dificultad, y fuera de España también he caído en faltas graves por no saber nunca la hora; aquí he resuelto el problema, porque cada ciudadano es un aparato de relojería: la muchacha que enciende las estufas, las ocho; la mujer de la leche, las ocho y media; mi staederska, las nueve; el correo de la mañana, las diez; el al-

muerzo, las once; la joven que viene del kontor, las doce; segundo correo, la una; la chica que vuelve de sus clases, las dos; mi vecina, una joven pintora, va a comer, las tres; la doktorinna pasa en bicicleta, las cuatro. De aquí en adelante ya no se distinguen los bultos; hay un intervalo hasta las nueve, en que mi criada viene a hacerme la cama. Porque aquí, dicho sea de paso, las camas son duras como piedras y las hacen cuando se va a dormir.

VII

El corresponsal traza un inesperado y curioso paralelo entre la manteca finlandesa y los jamones de Trevelez.

En una de las innumerables revueltas estudiantiles que agitaron la vida escolar de mi tiempo, no recuerdo en cuál, en una que sería provocada, como de costumbre, por las reacciones gubernativas en vísperas de Nochebuena, se reveló, salió a luz un nuevo orador, que desde lo alto de una reja nos arengó, nos entusiasmó y nos inflamó a los incipientes revolucionarios: era el joven tribuno un prodigio en el arte de escalar rejas y de enardecer a sus semejantes. En la reunión se hallaban dos señores viejos atraídos por la curiosidad, y tengo muy presente que el uno dijo: —Ese muchacho llegará a Ministro; me lo da el corazón.— ¿En qué te fundas? —repuso el otro—, porque yo creo que lo que está diciendo es una sarta de disparates. — No importa: dice disparates; pero los dice bien, y además tiene una agilidad sorprendente para encaramarse en sitios altos; repito que Ministro tenemos.

Muchas veces he recordado la profecía (que se realizará, no cabe la menor duda), y he pensado que aquel flamante tribuno tenía una cualidad muy recomendable: la de ser siquiera hombre franco. Aspiraba a salvar el país, y lo decía para que nos enterásemos. ¡Cuán diferente es Fernández! Fernández ha publicado un tomo de poesías con el título de *Rugidos de un loco:* las ha dedicado a un personaje influyente de la situación, y ha recibido una credencial de ocho mil reales en el Ministerio de Hacienda; ya es poeta distinguido, y cuando ascienda a doce mil será poeta inspirado; si llegase a jefe de sección, sería eminente; y genial, si consiguiera el nombramiento de Consejero de Estado: aún le queda que rugir para que sea verdad tanta belleza. — Gómez es un autor dramático. Ha compuesto un drama en que figura un genio falto de recursos, y lo que es peor, enamorado de una señorita de buena casa; pero el genio lucha y logra un acta de diputado y se casa a seguida, sin dificultad; y al caer el telón, el público piensa que el genio es el mismo Gómez, y que el drama es una indirecta; y el público está en lo firme. — Pérez ha llegado a concejal. Pérez es un joven de provecho que desea ser útil a sus conciudadanos: ha estudiado a fondo todas las «cuestiones vitales» de la vida municipal, y tiene en cartera un plan completo de reformas: ocho grandes vías cruzadas y en los cruces plazas muy grandes con monumentos muy pequeños para que no haya estorbos, y una red de tranvías que circularán con gran rapi-

dez. Y algunas personas respetables que conocen el pie de que cojea la humanidad en general, y Pérez en particular, piensan que a Pérez, como a Gómez, habrá que darle un acta para que vaya a desahogarse al Parlamento, porque si no es capaz de echar la ciudad abajo. Si fuéramos a multiplicar los ejemplos, tendríamos un volumen de *caracteres* como los de Labruyère, hasta tal punto nuestra sociedad abunda en tipos de nuevo cuño, forjados todos en el yunque de las necias y vulgares ambiciones. Pero no puedo olvidar un tipo que rebosa interés por los cuatro costados; un amigo y antiguo condiscípulo: González. González es un alpujarreño, de familia bien acomodada, y aspira a ser el representante de su distrito natural; ha creído descubrir la causa de los males que afligen a sus electores, y ha comenzado una campaña de propaganda enérgica; lleva pronunciados más de doscientos discursos, cuya síntesis se halla en el siguiente silogismo: «Todos nuestros males provienen de no tener medios fáciles de comunicación; para tenerlos hace falta un hombre que se mueva donde hay que moverse; pues bien: yo me ofrezco a ser ese hombre.» El argumento, como se ve, no admite réplica. Yo, sin embargo, creí que no estarían de más algunas aclaraciones, y apoyado en la antigua amistad que me une con González, le escribí la siguiente carta:

«Estimado amigo: Leo con sumo interés las noticias que da la prensa sobre tu brillante campaña política, y encuentro en ellas un buen agarradero

para reanudar nuestras viejas y un tanto olvidadas relaciones. El mundo es demasiado grande, y cuando dos amigos se separan no saben cuándo ni cómo se volverán a encontrar: lo más que puede hacerse es tener confianza en la firmeza de la amistad y en el servicio de correos. Así, pues, me daré por contentísimo si esta carta que te escribo desde las cercanías del Polo Norte llega a tu poder, y te suena a consejo de amigo verdadero y desinteresado. Y ahora empieza mi cuento.

»No hallo nada que censurar en tus aficiones políticas; sé que dispones de recursos sobrados para vivir, y que sólo te espolea el pícaro deseo de colocarte en un sitio visible y en el que te sea fácil trabajar por el bien común. Tú no vas a ensuciarte, estoy seguro de ello, y eres una «fuerza sana» de nuestra política. Pero a mi ver equivocas el camino, y porque creo que te equivocas es por lo que molesto tu atención.

»Desde que llegué a este país, habré leído hasta cuatrocientos artículos referentes a la manteca; yo que soy poco amigo de grasas, estoy, sólo de leer, empachado. Todos los días traen los periódicos algo sobre la manteca; «smoerfragan» es el epígrafe general de los trabajos que se publican sobre «la cuestión de la manteca»; debe de haber redactores especiales que conozcan a fondo tan substanciosa materia, y luego hay otros epígrafes como «smoerexport», exportación de mantecas; «smoerrnoteringar», notas de precios del artículo; «smosrprofningarna», o sean ensayos y análisis, etc., etc.

»Es decir, que aquí hay una porción de personas distinguidas que se consagran principal y acaso exclusivamente al estudio de las mil cuestiones que afectan a la preparación y exportación de manteca. Después de la madera en bruto o labrada, artículo que ocupa el primer lugar en la exportación, viene la manteca, que compite en calidad y precio con la más celebrada de Holanda o Dinamarca; y como es necesario aumentar constantemente la exportación para adquirir otros muchos artículos indispensables para la vida, los trabajos de quienes en estos asuntos se ocupan son patrióticos y celebrados con igual título que los de la política, las ciencias o las artes.

»Viendo lo que aquí ocurre y leyendo lo que tú dices sobre la necesidad urgente de construir carreteras en tu distrito, se me ha ocurrido pensar que tienes un medio más seguro de extender tu influencia y de conseguir el triunfo de tu candidatura. Si mal no recuerdo, tu abuelo amasó la fortuna de que tú ahora disfrutas negociando en jamones alpujarreños, en los jamones famosos y celebrados *urbi et orbi* bajo la advocación de Trevelez. ¿Por qué no reanudas tú los negocios con los medios e inteligencia que posees, y «creas una fuente de riqueza» que con el tiempo abriría ella sola sus propios caminos? Tú me dirás que antes de trabajar hacen falta medios de comunicación, y caeremos, como siempre ocurre, en el insoluble problema de qué fué lo primero: el huevo o la gallina. Yo tengo vehementes sospechas de que lo

primero fué la gallina, y de que lo primero que debe haber en tu distrito es una gran exuberancia de jamones. Si pusieras manos en el asunto, tendrías materia para no acabar nunca: 1.°, mejoramiento de la raza porcina por medio del cruce y de la alimentación apropiada: libros hay escritos sobre el particular, y tú podrás hacer observaciones y ensayos por cuenta propia y escribir un nuevo tratado; y si te sientes poeta, componer un poema épico con el título de la «Cerdada»; 2.°, preparación y conservación de jamones hasta conseguir que los de Trevelez, no sólo sean muy buenos, sino que sean los mejores del globo, y dejen tamañitos a los de Westfalia; 3.°, lanzamiento del artículo con arreglo al arte comercial moderno, para aumentar el consumo hasta donde lo permitieran los medios de producción. Hay, pues, tela cortada para rato. No creo que tengas impedimento alguno para trabajar en tan bella obra; hoy no deshonra ningún oficio, y si quedan aún algunas preocupaciones ridículas, hay que echarlas abajo con hechos contundentes. Ya sé que tú desciendes en línea recta, según los genealogistas más autorizados, nada menos que del Conde Fernán González. Pero hoy trabajan también los aristócratas, pues en algo han de entretener el tiempo. No ha mucho hice yo un viaje a Hangoe, y fuí todo el camino hablando con un noble finlandés, el barón Hisinger, dueño de una gran fábrica de instrumentos agrícolas, establecido en Bilnaes; y todas sus preguntas iban encaminadas a averiguar los derechos

de importación de herramientas en España, precios, estado de nuestra industria metalúrgica, etc. La idea de mi interpelante es fabricar más barato aún que los alemanes y crear un nuevo ramo de exportación, y todo podría ser que lo consiguiera. No dejes de contestarme, diciéndome con franqueza qué te parece mi consejo, y cuenta siempre con la buena amistad de tu antiguo condiscípulo y amigo invariable, etc., etc.»

A esta carta mía contestó a vuelta de correo mi amigo con otra, que copio a la letra, no sin sentir cierto escozorcillo por el abuso de confianza que a sabiendas cometo:

«Mi muy estimado amigo: Ante todo un millón de gracias por tu carta, que me ha llenado de satisfacción. Al cabo de cinco años de silencio, lo que yo menos podía esperarme era una carta tuya, y una carta escrita desde donde la escribes. ¿Cómo podía yo figurarme que te acordaras aún de mí, y que estuvieras tan al tanto de las idas y venidas de este pequeño átomo social? Te repito que tu carta ha sido para mí una verdadera sorpresa.

»En efecto, amigo mío: me picó la moscarda política, y más que por vanidad, como supones, por compromisos, ando en estos belenes, de los que acaso salga con las manos en la cabeza. La verdad es que me aburría sin hacer nada, y que ahora por lo menos me distraigo; la política, cuando se le toma el gusto, tiene grandes atractivos, que compensan ampliamente los disgustos y quebrantos que proporciona.

»Pero aun así y todo, dichoso tú que huyes como un filósofo de estas miserias humanas, y que no te tomas ni el trabajo de comprenderlas. Y digo esto, porque tu carta revela un desconocimiento tal de lo que es nuestra nación, que parece que escribes, no ya desde Finlandia, sino desde la Luna. Si yo siguiera tus consejos, no sería flojo el regocijo que daría a mis adversarios; hoy me ponen reparos, porque mi fortuna viene del negocio que a ti te entusiasma: si yo reanudara la tradición familiar, me llamarían el Marqués de los Jamones y habría concluído mi vida política. Hay dos o tres negocios que están de moda y en los que se puede trabajar sin peligro: por ejemplo, la fabricación de azúcar. Cuando se habla de un ingenio, el público se figura algo muy grande, en que el amo es como un reyezuelo o un señor a la antigua; se recuerda que en los ingenios había antes esclavos a quienes apalear, y la imaginación, recogiendo éstos y otros detalles, forma su caramillo y encubre la parte vulgar que puede haber en ese género de industria. Pero en la de jamones no hemos dado aún un paso y todo el que la toque se ensucia.

»Yo no quiero aumentar mi caudal: quiero vivir sin preocupaciones; y para no estar completamente ocioso, me he metido en la política. Y como hay necesidad de hablar, hablo sobre el tema que más interesa ahora, sobre los medios de comunicación. El tema es inagotable, y una vez que se le domina se pueden improvisar bellos discursos, en que se habla de las carreteras como lazos de unión entre

los hombres, como red de arterias y venas por donde circular la riqueza, es decir, la sangre de los pueblos. Esto gusta y a esto hay que atenerse.

»Quizás en el fondo tú llevas la razón; pero en mi distrito soy yo quien está en lo firme. Esto no es Finlandia, y yo creo que es mejor que Finlandia; porque aquí queda aún fantasía, y no estamos aún subyugados por el materialismo ni por el utilitarismo. Por lo demás, yo te aseguro, con la consiguiente reserva, que si salgo adelante con mis planes, no he de hacer nada para que construyan vías de comunicación: hay que ir dando largas y dejando el trabajo a los que vengan detrás, porque las gentes nunca están satisfechas, y si se les da lo que ahora piden, no tardarán en pedir algo nuevo.

»Dispénsame la excesiva franqueza con que te hablo; examina con imparcialidad mis razonamientos, y creo que comprenderás el error en que te hallas; y que esto no sea ocasión para que se interrumpan de nuevo nuestras relaciones, que desearía estrechar con una correspondencia continuada y frecuente, tu amigo, etc.»

Después de leer esta carta he pensado: «González es un pícaro; pero González lleva toda la razón.»

VIII

Diversos estados sociales de la mujer: solteras, casadas, viudas y divorciadas.

Cuando se escribe sobre cualquier país, basta de ordinario hablar del hombre. El hombre es el ser humano en general, varón y hembra, y lo que de él se dice se aplica a los dos sexos. Aquí en Finlandia la regla no es estrictamente aplicable, porque la hembra ha sacado los pies del plato. La «kvinna», la mujer, es pájaro de cuenta: tiene su personalidad propia y bien marcada, y merece un estudio psicológico aparte. Voy, pues, a escribir varias cartas sobre la mujer, estudiándola de fuera adentro, y principio mi tarea por lo que es más exterior: por el estado social. Hablaré de las solteras, de las casadas, de las viudas y de las divorciadas; de las monjas no puedo hablar, porque no las hay.

El tipo más curioso de la mujer es la soltera que vive sola. La que vive con su familia es poco más o menos como en todas partes, sólo que aquí tiene una libertad de movimientos extraordinaria.

Desde pequeños, los muchachos y las muchachas estudian juntos en la escuela y van y vienen en pandilla; y esta unión, esta intimidad se prolonga durante los estudios secundarios, que forman la educación corriente de la mujer, y los facultativos o universitarios, seguidos también por gran número de señoritas. La mujer ve en el hombre un compañero de estudios, un camarada, un amigo, con el que se puede tratar como una amiga, salvo en los casos en que la amistad se transforma en sentimiento más íntimo, en «kaerlek» o amor. Mas este amor no es chispazo divino ni un arrebato frenético: es una amistad más tierna y cariñosa. La palabra *kaerlek* se compone de *kaer*, que se pronuncia *cher*, y significa en francés «querido», y de *lek*, que quiere decir «juego»: así, pues, *kaerlek* no es más que un «juego de afectos», una broma sin consecuencias. Hay mujeres que se caen; pero se caen porque quieren, después de pensarlo muy despacio: la cabeza está siempre despejada, y el corazón funciona como un cronómetro. Sólo un Hércules podría acometer el trabajo de trastornar la brújula de una mujer finlandesa.

Aunque aquí la mujer no es tan libre como en Rusia, no faltan señoritas que comprendan, al menos teóricamente, las ventajas de la unión libre; pero si se decidieran a cometer una tontería, la cometerían intelectualmente. La frescura del temperamento, apoyada por la instrucción, salva a estas mujeres de la caída pasional; de suerte que para engañarlas no queda más camino abierto que

el de la propaganda científica. Don Juan tiene que convertirse aquí en maestro de escuela, porque Doña Inés está cargada de diplomas; en vez de declamar tiradas de versos apasionados, tiene que discutir como un sofista. Para comprender la concepción amorosa de este país, basta ver en los escaparates de las librerías las colecciones de estampas que están de muestra: muchas son de las que en España se venden de ocultis; lo que para nosotros es obsceno y peligroso, porque forma parte de las costumbres — de las malas costumbres —, aquí es inofensivo, porque dista mucho de la realidad. Una joven que ve una mujer desnuda en actitud escabrosa, cree que aquello es mitológico y se queda tan tranquila como si viera la Venus de Milo. A una señorita, conocida mía, muy aficionada a la literatura francesa, le di yo una vez varios periódicos y revistas, advirtiéndole que faltaba un número de cierta revista parisiense en el que venía una escena, no ya indecente, sino hasta sucia. — Eso no importa — me contestó la froeken, un tanto picada por el acto de tutela que yo pretendía ejercer —: no tenga usted reparo en dármelo. Yo miro esas cosas desde un punto de vista artístico.

La mujer finlandesa sabe usar de su libertad. Como en España los padres dejan ir a sus hijos a estudiar a las capitales donde pueden seguir la carrera que se ha elegido, aquí se deja también ir a las hijas. Hay muchas señoritas que viven solas como los hombres: unas vienen a estudiar o a pre-

tender empleos; otras trabajan en oficinas públicas o privadas; dan lecciones de idiomas, de música, de pintura. Tienen sus amigos y dan pequeñas reuniones en las horas libres de trabajo o en los días de fiesta. No hay inconveniente en que una joven vaya a casa de un hombre soltero a dar lecciones o a tomarlas, ni en que a su vez invite a un amigo a tomar una taza de té y a charlar un rato. El público no murmura mientras no hay actos «exteriores» que dan a entender que se han perdido los estribos. Dentro de su casa cada cual hace lo que quiere: una mujer que da lecciones de idiomas no es más que una «spraklaerarinna», y si sus discípulos aprenden o no aprenden, a nadie le interesa saberlo. La ley no puede hacer más que prohibir la aglomeración de señoritas solas en una casa cuando no se va por buen camino; no está permitido que vivan juntas más de dos.

De estas mujeres sueltas, algunas se encariñan con la vida libre y sacuden el yugo masculino: comienzan por hablar mal de los hombres; luego compran una bicicleta, y, por último, se cortan el pelo. Hay emancipadas palomas, de esas que pudiéramos llamar «feas definitivas», que cuando se cortan el pelo quisieran cortarse hasta el cráneo; pero las demás, las que tienen algún agarradero no pierden nunca la esperanza, y se dejarían crecer la cabellera si alguien con interés y cariño se lo aconsejara. Hasta he creído notar que las mujeres que se dedican a trabajos más vulgares tienen mayor propensión a la vida sentimen-

tal: el prosaísmo de sus ocupaciones les quita la gracia y delicadeza de la expresión; pero debajo de apariencias adustas, masculinas, se conserva la idea madre, la idea constitutiva de la naturaleza de la mujer: la de rendirse y someterse, de mejor o peor gana, a la autoridad natural del hombre.

Lo más extraño, dada la libertad de las costumbres, es la importancia que aquí tiene el noviazgo o prometimiento. Un hombre y una mujer pueden conocerse a fondo, tratándose como amigos íntimos, mucho mejor que en España los novios cuyas relaciones están sujetas a mil cortapisas; y sin embargo, no se dan por satisfechos: necesitan verse aún más de cerca, y de amigos pasan a «foerlofvade». Con este título en los periódicos suecos, y con el de «kihloissa» en los finlandeses, hay en primera plana una sección donde los novios publican juntos sus nombres.

El «foerlofning» se reduce al cambio de anillos, y no crea ninguna obligación: hay señorita que ha tenido tres o cuatro; pero influye en las relaciones sociales, pues los novios pueden ir solos por todas partes, viajar juntos y permitirse alguna que otra expansión inocente. La joven que antes saludaba con un duro apretón de manos, puede suavizar un poco el movimiento y manifestar su ternura arreglándole la corbata a su amante, o limpiándole las pelusas del gabán. La moralidad no padece, porque el noviazgo es un período de prueba para la mujer, y ésta sabe que en el juego le va el casorio.

Cuando los novios se han hartado de jugar (no

se olvide que aquí el amor es un juego), se pasa a mayores y viene el casamiento, que se anuncia también en la sección de «Vigde» en sueco, y «Vihityt» en finlandés, poniendo, como en la de «Foerlofvade», el nombre de la mujer y el del marido, y además la iglesia en que ha tenido lugar la ceremonia. Entonces empieza la mujer a funcionar en su papel propio, pero sin cambiar tan bruscamente de vida como la mujer española. En general la mujer casada es aquí muy callejera, porque tiene el hábito adquirido en el período de soltería; mas aparte de este punto flaco y de que algunas señoras no se avienen al régimen autoritario, la mujer casada es excelente, continúa trabajando en labores que pueden hacerse en casa (esto aun en las familias de buena posición) y es un auxiliar del marido; es experimentada e instruída como el hombre, y está unida con él, no sólo por el afecto o por los intereses domésticos, sino por la comunidad intelectual.

Yo comprendo las ventajas de la familia intelectual a estilo finlandés, y prefiero la familia sentimental a la española. En España, un hombre de ciencia o de arte encuentra con dificultad una mujer que se interese por sus trabajos: tiene que pensar solo; pero el pensar no es toda la vida. Hay muchos hombres que no piensan casi nunca; y de los que piensan, hay también muchos que lo hacen de tarde en tarde: así, pues, lo intelectual en la mujer es secundario, si se atiende al papel que ésta representa en la vida del hombre. Muy bello sería

que la mujer, sin abandonar sus naturales funciones, se instruyera con discreción; pero si ha de instruirse con miras emancipadoras o revolucionarias, preferible es que no salga de la cocina. La mujer finlandesa no está conforme aún con su situación: envidia a la rusa y a la norteamericana, y cree que a fuerza de estudios ha de lograr nivelarse con el hombre; mas al casarse, y a veces antes, nota que la tiranía no viene del hombre, sino de la naturaleza femenina, y particularmente de la maternidad, y procura descargarse de este fatigoso deber. Hay quien cree que a las señoras inteligentes se les seca la matriz: yo opino que lo que se les seca es la voluntad. En cuanto una mujer adquiere conciencia exacta de sus obligaciones, y obra, no por instinto, sino por reflexión y cálculo, se insubordina contra su propia naturaleza, donde está la causa de sus penalidades, y se convierte en un hombre estrecho de hombros y corto de piernas, en una calamidad estética y social.

Aunque aquí se nota a las claras que los duros trabajos de la generación corren principalmente a cargo de las clases pobres y de los campesinos, no se ha llegado todavía al ideal moderno. Y las señoras sabias y multilingües se resignan, bien que con marcado disgusto, a ser madres de familia. El nacimiento de un nuevo ser es aquí algo más importante que en España, y se anuncia también en la prensa como todos los actos de la vida familiar. No es necesario conocer a un periodista para que el público se entere del fausto acontecimiento, pues

en la primera plana de los periódicos hay una sección de «Foedde» o «Syntynit», donde los padres dan cuenta del aumento de familia en los términos entusiastas con que aquí se hace todo. La forma más seria es poner en letras muy grandes: «En dotter» o «En gosse», y debajo los nombres de la madre y del padre y la fecha y localidad, pues se anuncia el hecho donde quiera que los padres tienen amigos y quieren hacer público su regocijo. Ordinariamente el lugar de «dotter» o hija se pone algo más expresivo, por ejemplo: «En frisk flicka», «En rask flicka», — una robusta niña; — «En naett toes», — una linda muchacha —, y si es en finlandés, «Reipas Tyttoe»; y en vez de «gosse» o niño, «En rask gosse», «En duktig gosse» o «Reipas Poika» y otros semejantes. Este y otros mil rasgos existen aquí, que revelan cierto candor y naturalidad propios de pueblos primitivos, en pugna con los refinamientos de una cultura algo artificiosa.

Un hecho que me llamó la atención a poco de estar aquí, fué la abundancia de mujeres viudas. Como el estado de viudez es en cierto modo el estado ideal para una señora culta, llegué a pensar si habría de por medio algún misterio grave. La causa, sin embargo, es sencilla e inocente. Con el sistema moderno de los escalafones, un hombre no puede sostener decorosamente una familia hasta que se acerca a la vejez; y aquí con mayor motivo, por ser la vida más costosa y mayores las exigencias de las mujeres. Por otro lado, la mujer

finlandesa es muy práctica, y no se conforma con amar a secas; aquí no tiene aplicación el «contigo pan y cebolla», entre otras razones, porque no se crían cebollas; y luego el clima conserva mucho a las personas, y para los efectos del matrimonio un hombre a los cincuenta años representa lo que en España uno de treinta y cinco a cuarenta. Las mujeres finlandesas no le hacen ascos a los viejos, y bueno es que la noticia circule. Un señor de cincuenta a sesenta años y en posición desahogada, puede aspirar a la mano de una muchacha, y lo que es más bello, a inspirar un verdadero amor, si es amor lo que aquí recibe ese nombre. Estas uniones desiguales tienen además la ventaja de que el viejo galán suele perecer pronto en la aventura y dejar a su joven esposa con medios para vivir independiente y en condiciones admirables para divertirse y ser ornamento de la sociedad. Hay un sacrificio, un tanto doloroso: el de que se muere; pero la comunidad sale altamente gananciosa.

Tanto la mujer casada como la viuda disfrutan del título del esposo y lo ponen antes del nombre; la mujer de un «doctor» es «doktorinna»; la de un «pastor», «pastorka»; la de un «ingeniero», «ingenioerska»; la de un «presidente», «presidentska»; la de un «capitán», «kapteuska», y por el estilo centenares de nombres, incongruentes algunos con la condición de la mujer; las viudas se ponen delante de esos títulos la palabra «enke»: «enkefrú» es la viuda en general, y luego hay «en-

kedoktarinna», «enkesenatorska», «enkeofverstinna», etc. El uso del título está tan entronizado, que hasta en familia se usa entre padres e hijos. Una señora cuya hija esté casada con un coronel, preguntará por ejemplo: —¿Ha venido hoy la «keofverstinna», la coronela? — Las etiquetas sociales tienen un valor extraordinario: un nombre no significa nada mientras no se le antepone el título del cargo que su poseedor desempeña.

Para completar el cuadro de los estados sociales, diré dos palabras sobre las mujeres divorciadas. En el interior del país, donde las costumbres son más primitivas, donde se peca mucho contra la moral, pero más bien por ignorancia que por malicia, la especie es desconocida; en las ciudades existe como consecuencia necesaria de la civilización. En España no tenemos idea de la divorciada más que por lo que nos cuentan de la nación vecina, donde el tipo es algo escandaloso; aquí el divorcio es natural y debe existir, porque encaja muy bien en la concepción de la familia. En España no sería posible establecer escuelas mixtas, y en Francia hubo hace poco un gran alboroto por los abusos cometidos en el colegio de Cempuis, donde se intentó ensayar el sistema; aquí estudian juntos muchachas y muchachos sin la menor dificultad. Entre novios existe ya algo que indica la conveniencia de permitir el divorcio: de la amistad se pasa, como vimos, al «kaerlek»; cuando éste acaba, se vuelve a la amistad, y los que fueron novios continúan siendo grandes amigotes.

Una señorita conserva cuidadosamente todos los recuerdos de sus amoríos y se los enseña a todo el mundo, hasta a las mujeres de sus antiguos novios, de las que suele hacerse amiga por mediación de éstos. Se ven cosas que denotan una frescura envidiable.

Respecto del divorcio, me contaron un hecho típico. Una señora, aburrida de su marido y enamorada de un obsequioso pretendiente, plantea en familia la cuestión de confianza, sin duda por no verse en la triste necesidad de faltar a sus deberes. El esposo comprende con claridad la nueva situación psicológica, y agradeciendo la franqueza, se aviene a la separación; después la señora se casa, y el antiguo marido no sé fijamente si asistió a la boda, pero sí que continúa entrando en la casa del nuevo matrimonio como amigo íntimo, de confianza. Yo declaro sinceramente que me gusta esta manera de jugar con todas las cartas boca arriba: el juego no tiene gracia, y los autores de tragedias se verían apuradísimos si toda la humanidad imitara a los enamorados que por aquí se gastan; pero el que ve las cosas desde fuera se divierte, y hasta se encariña con quienes tan consoladores ejemplos ofrecen de cristiana fraternidad.

IX

Esbozo crítico, un tanto benévolo, de las cualidades estéticas de las mujeres de Finlandia.

En casa del herrero... En España abundan las mujeres hermosas, y a pocos, quizás a ninguno, se les ha ocurrido disertar sobre un tema tan sabroso como el de la estética femenina: por esta razón al hablar de la belleza de las mujeres finlandesas, voy a decir algo sobre el estado actual de esta cuestión, tan importante, a mi juicio, como la de Oriente. Si me dieran a elegir el procedimiento para reformar una nación, elegiría sin vacilar uno que jamás ha sido puesto en práctica de una manera reflexiva: la transformación de las ideas estéticas del hombre respecto de la mujer, y viceversa. Un cambio de criterio en este punto trae consigo en breve plazo la transformación de la familia y la de la sociedad.

Por instinto y por costumbre los hombres encuentran bellas a las mujeres; pero ni el instinto ni la costumbre faltan para fundar un criterio estético. Yo tengo una casa donde he vivido siem-

pre: para mí no hay otra mejor ni más bella, porque la conozco a ojos cerrados, y todo cuanto en ella hay me recuerda momentos alegres o tristes de mi vida; como obra arquitectónica, es acaso una monstruosidad: carece de unidad, de proporción, de simetría, y, si se quiere, es una pura gotera; todo el mundo está deseando que la derriben en bien del ornato público, y, sin embargo, yo me hallo en mi casa como un doctor Pangloss en la mejor de las casas posibles. Lo cual no quita para que si me obligan a echarla abajo, construya otra muy diferente. La casa vieja me gustaba por tradición; la nueva quiero que me guste por estar de acuerdo con mis necesidades o mis ideas.

¿No ocurrirá esto mismo con las mujeres? Nos gustan por tradición, porque nuestra vista está ya hecha a verlas; pero si pudiéramos reconstruirlas a nuestro gusto, ¿las reconstruiríamos como hoy son, o inventaríamos un nuevo modelo? He aquí planteado en forma vulgar el problema metafísico de la estética femenina. Si a fuerza de imaginar o de cavilar llegamos a concebir una mujer más bella que la que hoy existe, tendremos un tipo de comparación para juzgar las mujeres reales. Y acaso lleguemos a la triste conclusión de que, prescindiendo de detalles de belleza circunstancial y pasajera, las mujeres que hoy existen en el mundo, las blancas y las amarillas y las negras, todas en absoluto son feas, según los principios fundamentales y perennes de la ciencia de lo bello.

En lo antiguo, los hombres eran más galantes,

mejor educados, creían en la belleza del sexo femenino como en un dogma. Había mujeres bonitas y feas, como hoy las hay con arreglo a los gustos de cada cual; pero todos los hombres convenían en las palabras sacramentales: «bello sexo»; hoy se hila mucho más delgado, y hay doctores que analizan las mujeres como substancias químicas, o las miden como piezas de tela Schopenhauer fué el primero que rompió abiertamente contra la tradición, y se esforzó por convencernos de la fealdad constitutiva de la mujer; y lo que el maestro declaró en forma humorística, numerosos discípulos se esfuerzan por comprobarlo con ayuda de todos los instrumentos y aparatos de la civilización. No ha mucho, «un sabio alemán», Rudolphs V. Larisch, publicó un estudio serio y concienzudo sobre las *Imperfecciones estéticas de la mujer* — «Schœnheitsfehler» —, cuya conclusión es angustiosa: para Larisch, la mujer es un monstruo o poco menos; sus defectos son numerosos, pero todos se subordinan a una anomalía capital: la desproporción entre la mitad superior y la inferior del cuerpo. «Si a un aprendiz de encuadernador — dice Larisch — le dais a empastar un libro y le encargáis que coloque en la pasta un medallón con el título de la obra u otra especie de adorno, estad seguros de que lo colocará en el centro, porque así lo pide la estética más elemental. Pues bien, la mujer quebranta esa regla: su centro orgánico es el abdomen, por exigencias fisiológicas inevitables, y este centro cae dema-

siado bajo y rompe la simetría del organismo femenino.»

Si la teoría de Larisch fuera fundada, habría que declarar que las finlandesas eran hermosas, al menos teóricamente, puesto que con la libertad de que disfrutan, con sus constantes ejercicios callejeros, se aligeran mucho de carnes y se quedan bastante escurridas. Mientras los hombres propenden a la gordura y llegan a adquirir gran caudal de tejido adiposo, las mujeres son flacas por lo general: hay mujeres voluminosas; pero las ideas son desfavorables a ese tipo, que es como el símbolo de la fecundidad, a la que estas mujeres tienen horror. Una mujer que tiene muchos hijos es una mujer a la antigua, una «vaca», como dicen aquí; la mayoría de las mujeres se dedica a hacer gimnasia y a todos los géneros de *sport* para conservar la soltura y la agilidad. Hay muchas que parecen flautas, y que satisfarían al «mullerimensor» Larisch, no por tener el centro de gravedad bien situado, sino por carecer en absoluto de centro de gravedad. En lo que se puede adivinar mirando por fuera, se nota que no hay redondeces, que la estructura es esencialmente rectilínea; y de las interioridades casi me atrevo a pensar lo mismo. No ha mucho estuvo aquí una «bailaora», llamada la «Estrella de Sevilla»; una Carmen Juanita, criada en la Macarena, que llamó la atención, más que por sus bailes, por la fortaleza de sus cimientos: no se necesita ser muy agudo para inducir de este hecho que estas mujeres son enjutas de

extremidades; y si yo fuera amante de la observación, las señoras velocipedistas me darían mil ocasiones para conformar esta inducción con el testimonio de mis sentidos.

Paréceme que es disparatada la tendencia que hoy se nota en la mujer a buscar la perfección estética en la regularidad de las proporciones. Una mujer no es una estatua, y no puede ser juzgada con la vara de medir: es un ser vivo, cuya belleza nace de la vida misma. Una mujer deformada por el exceso de maternidad es más bella que un marimacho, del mismo modo que un hombre inteligente, envejecido prematuramente por el exceso de trabajo mental, es más bello que un barbilindo. La belleza de la mujer está en su aptitud para vivir como mujer, y en la obra que realiza como mujer. La imperfección que señala Larisch es lamentable; pero ocurre pensar: si tal como hoy existe la mujer, nos trae a los hombres de cabeza, ¿qué ocurriría si el Supremo Hacedor reformase su obra, ya acortando a la mujer de cintura para arriba, ya alargándole las piernas, de suerte que el cuerpo resultara más proporcionado y simétrico? Acaso el mundo no podría subsistir veinticuatro horas.

Hay que aceptar de mejor o peor gana la idea de que la mujer que hoy existe es inmejorable; que no es perfecta, porque la perfección sería un gravísimo peligro para el hombre; y luego hemos de juzgar la belleza relativa de las mujeres de las diversas razas o naciones, no con arreglo a un tipo convencional, sino por la función que desempeñan.

Las más hermosas serán las femeninas. La belleza intelectual no está en saber mucho: está en saber lo que conviene; la belleza sentimental, no en la violencia de las pasiones, sino en su naturalidad; la belleza plástica, no en la perfección exterior, según tipos escultóricos, sino en la concordancia de la forma con los hechos que constituyen la vida propia de la mujer. Según los psicólogos misóginos, la mujer es inferior al hombre aun en belleza; pero aunque esto fuera verdad (y todas las mujeres creen que lo es), nada se adelanta con que el sexo débil se fortalezca y se adorne con todos los atributos masculinos: una hembra con pantalones no es un varón, es un adefesio. La mujer tiene un solo camino para superar en mérito al hombre: ser cada día más mujer. En todo el Norte de Europa se trabaja hoy con ardor contra la emancipación: pregúntese a cualquier señorita de por acá cuáles son sus ideas, y dirá que quiere ser libre, pero no emancipada; aunque desee serlo, no lo dará a entender, porque comprende, por los ensayos hechos, lo ridículo de la parodia.

A mí no me satisface estéticamente la mujer finlandesa, porque es poco femenina. Hay señoritas, no muchas, de las que llaman «dockor», muñecas. El drama de Ibsen, *Ett Dockhem*, o *Casa de muñeca,* ha popularizado el tipo de la mujer sin carácter, que concluye por emanciparse, abandonando a sus hijos para mayor diversión. Pero lo corriente es el tipo varonil, la mujer que imita al hombre. En materia estética, este punto es para

mí el más importante, porque las particularidades del tipo podrán tener algún valor para un extranjero hasta que llega a habituarse, pero después no significan gran cosa. Lo primero que me llamó la atención en estas mujeres al llegar, fué su blancura un tanto aguanosa; aunque predominan las rubias, las hay también morenas como andaluzas, pero más claras; luego me chocó la variedad de tipos: a primera vista se distingue el tipo finlándés del eslavo o sueco o de los mezclados; la configuración del finlandés es algo semejante a la de la raza mongólica: los ojos un poco sesgados, la cara angulosa y los pómulos salientes; el tipo superior en belleza y en aptitudes intelectuales es el mixto, el sueco-finés. Otro detalle que me pareció extraño los primeros días, fué la regularidad mecánica de los movimientos: mi primera criada, que era indígena pura, me hizo recordar a unos amnanitas que anduvieron años atrás dando representaciones teatrales en varias ciudades de Europa: para saludar, por ejemplo, o para dar las gracias, doblan las piernas, como si fueran a ponerse en cuclillas, y dan un saltito al levantarse; los niños, saludando así, hacen mucha gracia.

Pero pasados los primeros días y adquirido el hábito de ver caras nuevas, aquí y en todas partes las diferencias de tipo se desvanecen: lo que persiste y lo que, por tanto, tiene más fuerza, es lo espiritual, lo que se desprende del interior de cada individuo y se refleja en la vida del común: ahí está la raíz del verdadero juicio estético. La mujer

finlandesa es muy inteligente: no he encontrado ninguna excepcional; pero todas pasan de medianas; el promedio de cultura es superior al de Alemania, Inglaterra o Francia, y, sin embargo, son contadas las mujeres que producen la impresión de la belleza intelectual, porque la instrucción no es completamente apropiada a la naturaleza de la mujer, y las funciones que ésta desempeña en la sociedad son en muchos casos absurdas. En una reunión es uno presentado a varias señoritas; todas tienen su profesión, porque aquí la mujer trabaja como el hombre: una es gimnasta, otra profesora de lenguas, otra escribiente de notario, otra profesora de masaje, otra cajera de un Banco y así por el estilo. La profesión importa poco; lo esencial es ganar dinero: decir «esa joven gana mucho dinero», es el elogio mayor que aquí puede hacerse. La escribiente es hija de un magistrado; la lingüista, hija de un conde; la hija de un doctor o de un diputado está al frente de un despacho de vinos. Todas esas señoritas, que trabajan para tener bolsillo independiente y poder divertirse, van al teatro a butaca, y después van a cenar en pandilla, hasta la una o las dos de la mañana, a los *restaurants* a la moda. Según las ideas del país, ir al teatro a un sitio de segundo orden es deprimente; pero no hay reparo en ganar dinero en oficios que para nosotros deslustran. Ocurre, pues, que las mujeres estudian para ganar dinero, y después que entran en la vida exterior y mecánica, sufren la presión de la rutina y pierden las actitudes estéti-

cas, naturales en la mujer que hace cosas femeninas, como leer, coser, bordar, cuidar los pájaros, regar las macetas o pelar la pava. Aquí no comprenden cómo se puede pelar la pava varios años seguidos: los novios salen juntos a paseo, y a los pocos pasos se meten en algún *restaurant* a comer o a beber. La pasión gastronómica es tan desordenada, que todos los espectáculos concluyen siempre por ir a comer: si se va de visita por la noche, le dan a uno de cenar; si la reunión dura hasta muy tarde, se hacen hasta cuatro o cinco comidas. En cambio, habiendo tantas señoras inteligentes, no hay apenas una que sepa dar el tono a una reunión o sostener una conversación espiritual; y la causa de todo está en que la instrucción no es femenina; en que la mujer estudia como el hombre para desbancarlo, y después vive en permanente contradicción, porque su cultura no está de acuerdo con su naturaleza. Cuantas veces he hablado con una señora o señorita muy ilustrada, he sacado una impresión penosa: con algo menos de saber y algo más de calor afectivo, o siquiera con algunas ideas humanas, se recibiría un goce muy puro: el que despierta la belleza intelectual; pero como las ideas son secas como espartos, aprendidas en los bancos de los colegios, hay que decir lo que el artista francés Forain al salir de una reunión de norteamericanas sabiondas: «Con qué gusto hablaría yo ahora con una portera.» Y lo más sensible es que esas ideas áridas, que poca o ninguna belleza añaden al espíritu de la mujer,

apagan la escasa luz sentimental que en ella hay, y la dejan casi a obscuras. La mujer más natural parece la más artificiosa, porque piensa todo lo que hace; sus acciones son reflexivas y tienen el aire de «estudiadas»; sus coqueterías son eminentemente doctrinales.

Mi opinión estética sobre estas mujeres puede condensarse en los siguientes términos, no tan favorables como yo deseara que lo fuesen: en cuanto a la belleza plástica, prescindiendo de bellezas excepcionales o de la impresión que pueda producir alguna mujer más íntimamente tratada, así como de los casos de fealdad abusiva y ofensiva, cabe asegurar sin temor, con la conciencia tranquila, que la finlandesa en estado de reposo es bastante deficiente, o mejor dicho, poco apetitosa, y que en movimiento gana mucho, porque si bien carece de gracia, tiene fuerza y agilidad. La belleza interior supera a la exterior, y suele encontrarse alguna mujer espiritualmente bella; pero a pesar de la cultura, quizás a causa de ella, el carácter predominante es el práctico, y las propensiones generalmente materialistas. El amor tiene menos importancia que las bebidas alcohólicas, de las que ambos sexos son fervientes partidarios. La vida social es bella por la intervención extraordinaria del sexo femenino, e individualmente las mujeres producen una impresión agradable: la de que son personas capaces de vivir independientes, sin necesidad de consejos ni de tutelas; las holgazanas caen con facilidad; las que saben y quieren trabajar tie-

nen el camino expedito, y aun dado caso de que den un tropezón, no por eso desmerecen socialmente, puesto que continúan viviendo decorosamente de su trabajo. La mujer finlandesa aspira a la belleza intelectual; pero lo que más la realza es la acción, la voluntad, la constancia; intelectualmente es un libro de texto; y en cuanto a la fe que tanto embellece el alma femenina, no le aconsejo a nadie que venga a buscarla aquí. La fe de estas mujeres está condensada en una frase que pronuncia Nora, la muñeca rebelde, cuando Torvald desea reconquistar su afecto:

Helmer. — Nora, ¿seré yo para ti, en adelante, siempre un extraño?

Nora. — ¡Oh, Torvald! para tener esperanza, habría de ocurrir el milagro de los milagros.

Helmer. — ¿Cuál es ese milagro de los milagros?

Nora. — ¡Oh, Torvald! yo no creo ya en los milagros.

X

Ideas que los finlandeses, o por mejor decir, las finlandesas, tienen acerca de España.

No deja de ser curioso saber lo que de nosotros se piensa en las demás naciones, y como corresponsal concienzudo no podía yo pasar por alto este tema interesante; pero conste que mi propósito, si es que a un corresponsal le está permitido tener propósitos, no es dar gusto al curioso lector, sino completar el cuadro de la psicología finlandesa, porque diciendo lo que estas gentes de por acá piensan sobre nosotros, se descubre más aún lo que ellos piensan y son. Preguntemos a la generalidad de los españoles qué idea tienen sobre Finlandia y los finlandeses, y notaremos que no tienen ninguna idea, y al notarlo descubriremos un rasgo de nuestra idiosincrasia: el desdén con que miramos todo lo que ocurre fuera de España, y casi todo lo que ocurre dentro también. Vivimos en estado de «distracción permanente». En cambio, aquí se nos conoce, aunque por desgracia sea por el lado peor, y he encontrado ya varias seño-

ritas que me han dicho de memoria las cuarenta y nueve provincias de España.

En el asunto sobre que versa esta carta, mi información no es ni con mucho completa. Son contadas las ideas de procedencia masculina, porque yo confío mis amistades al azar, no las busco nunca, y el azar ha querido que en Finlandia mis amigos no sean amigos, sino amigas, en lo cual creo haber salido ganancioso, puesto que la mujer es aquí superior al hombre, y aquí ya en todas partes es utilísima como medio de información. Y lo más notable del caso es que en este país se puede tener amistad sin mezcla de otro sentimiento más peligroso, y que yo me he adaptado tan hábilmente, perdóneseme la inmodestia, que podría dar lecciones de calma y flema a los mismos finlandeses. Una señorita estudiante se ofrece a enseñarme el sueco; otra que es pintora, y que encontró en mí una mezcla rara de moro y de sacerdote egipcio, quiso hacer mi retrato; otra, profesora, me propuso «horas» de sueco a cambio de francés; otra, empleada de Banco, alemán por francés, y así por el estilo. Yo, que soy tan amante de la ciencia como el que más, acepté todas las proposiciones, aunque comprendía que estas señoritas me tomaban también como sujeto de observación psicológica; y no sólo he enseñado a varias a hablar en francés, sino que he dado a conocer algo de nuestra literatura, en particular de nuestros novelistas, empezando por Alarcón, cuyo *Sombrero de tres picos* — Des Dreispitz — está traducido al alemán,

y Valera, cuya *Pepita Jiménez* lo está al sueco. Yo, en cambio, tengo un retrato al óleo, muy parecido en opinión de cuantos lo ven; hablo en sueco con relativa facilidad, y he adquirido algunas noticias no del todo inútiles.

En España esto no sería posible, y menos en la forma en que aquí ocurre. Por ejemplo, esta tarde me encontré a una de las que aprenden francés: una joven guapa, pintora de afición y empleada de Banco, y me preguntó si saldría por la noche. — No salgo: puede usted venir, si gusta, a las seis. — Y en efecto, a las seis vino con sus labores, pues aquí las mujeres trabajan cuando van de visita que no es de cumplido, y estuvo dos o tres horas bordando y haciéndome una porción de preguntas en francés sobre las principales óperas italianas. No estará de más decir, para que no se sonrían los maliciosos, que esta joven tiene su novio formal para casarse en breve, y que al novio no le importa que venga a tomar lecciones, porque tiene confianza en que su prometida no va a decir una cosa por otra. El finlandés cree en la veracidad de la finlandesa, y la finlandesa considera injurioso que se dude de su proceder.

En este comercio inocente y casi científico, he recogido algunas impresiones sobre la opinión en que se nos tiene. La idea más general sobre el español es la de que es un hombre orgulloso; acaso la palabra española más conocida y usada sea «grandeza», para indicar la elevación un tanto ampulosa. Después de los franceses, que son más y

mejor conocidos, venimos los italianos y españoles como tipos análogos, bien que los italianos sean más dados al arte y nosotros a la guerra. Cuando se habla de viajes, se da siempre la preferencia a Italia, y he oído decir a algunas señoras que a España es peligroso ir, sobre todo señoras solas, porque es «un país sin ley». Aunque no lo digan por lo claro, nos tienen por muy valientes; pero al mismo tiempo por muy duros de corazón y semibárbaros o semi-primitivos. A las primeras palabras, en una conversación, sale a relucir nuestro catolicismo como signo de atraso intelectual, y las corridas de toros como signo de barbarie. Creo que en materia tauromáquica se podría llegar a una avenencia, pues mis argumentos en pro de las corridas han hecho alguna mella en mis discípulas y amigas, las cuales creían, como tantos otros detractores de la fiesta española, que ésta no era artística, sino una especie de espectáculo de matadero; pero en la cuestión religiosa todo cuanto se hable es inútil, porque las ideas contrarias al catolicismo son inculcadas desde la primera enseñanza. Yo he repasado por curiosidad los libros de texto de una de mis discípulas, y en el de Historia he visto que la parte dedicada a España era exactísima hasta llegar a la Reforma; desde este punto se nos mira ya con ojos más que turbios: Felipe II es considerado seriamente como un «asesino».

Existe una rara mezcla de ideas exactas y erróneas sobre nosotros, según que unas u otras provienen de los libros formales o de las fábulas que

en Europa, y particularmente en Francia, forjan a nuestras expensas los escritores del género pintoresco. Una señorita me preguntó de qué región de España era. — Soy de Andalucía — le contesté. — ¿De la alta o de la baja? — me volvió a preguntar. Y al saber que era de Granada, me dió cuantas noticias tenía sobre nuestra ciudad para comprobar si eran exactas. Todo esto sacando un promontorio de libros y mapas que mi interlocutora manejaba con extraordinaria desenvoltura. Porque uno de los libros decía que los catalanes son industriosos, los castellanos arrogantes y los andaluces vivos, familiares y muy dados a la broma, me he visto y me he deseado para inspirar confianza; y hoy mismo, a pesar de repetidos ejemplos de cordura y seriedad, «mi procedencia andaluza» me perjudica notablemente. Sin necesidad de ser andaluz, sólo con ser español, le miran a uno con prevención en las relaciones familiares, a causa del malísimo concepto en que, como sujetos sentimentales, se nos tiene. Nos consideran capaces de pasión, pero no de verdadero amor, es decir, de un sentimiento apacible y durable que se traduzca en «soluciones prácticas»: de aquí, piensan, la facilidad con que, creyendo decir verdad, mentimos al hablar de nuestros sentimientos, y la poca conciencia con que nos burlamos de las mujeres que no saben resistir.

Les parecerá a algunos que estas opiniones no tienen gran transcendencia, que son conceptos superficiales de esos que sirven de tema socorrido

en cualquier conversación; sin embargo, esos rasgos que se atribuyen a nuestro carácter: la dureza, la tiranía con la mujer, el desprecio de las leyes y otros de este tenor, son el estribillo siempre que se habla de España sobre asuntos más serios. Con motivo de las guerras que ahora tenemos pendientes, la Prensa de aquí escribe enormidades contra España: no hay absurdo de los que se fabrican a destajo por los enemigos de nuestra nación que no tenga segura acogida; se nos cree capaces de todo género de horrores. Sin duda nuestro papel histórico nos enajena las simpatías de un país como éste, adepto de la religión luterana; pero no se llegaría hasta la animadversión si no fuera porque la idea absurda que corre como válida acerca de nuestro carácter, sirve de plataforma para fundar fábulas odiosas que exciten la compasión en muchas almas sensibles e incautas.

Con ser tan poco favorable la opinión respecto del español, merece aplauso si se la compara con la que se tiene sobre la española. Algunas señoras creen de buena fe que el mayor mal que puede ocurrir a una mujer es nacer en nuestro país: la consideran como una esclava, casi como una mujer de harén. Reconocen que es bella, y acaso de este reconocimiento arranque la severidad con que la juzgan; pero piensan que esa belleza habla sólo a los sentidos, que no es la belleza de un ser inteligente. Con decir que aquí se habla con desprecio de la mujer alemana, por creerla excesivamente casera, se comprenderá lo malparada que

ha de salir la española, sobre la que se cuentan los más desaforados desatinos. —¿Es cierto que las andaluzas son tan bellas como se dice? — A esta pregunta he contestado yo siempre entonando un himno o poco menos en loor de mis paisanas. —Pero ¿es verdad también — agregan — que son tan ignorantes que no saben siquiera escribir con ortografía? — Eso ocurría antes — respondo yo —; pero ahora se ha progresado mucho en esa materia. Las españolas tienen gran talento natural y aprenden todo lo que quieren. El detalle ese que aquí choca de las faltas de ortografía no tiene importancia en nuestro país, porque nosotros sabemos que procede del exceso de pasión que turba a las mujeres hasta el punto de hacerles cambiar unas letras por otras. La española posee la ortografía del lenguaje espiritual, mucho más necesaria que la de la escritura. Yo, por mi parte, opino que la ortografía, como otras muchas cosas, debieran constituir un oficio, el de ortografista o corrector, y que la generalidad de las gentes debía prescindir de ese y otros estudios que ocupan en el cerebro un espacio que hace gran falta para albergar ideas de más transcendencia. Aquí he encontrado ya varias personas que hablan y escriben correctamente media docena de lenguas y que no saben decir nada en ninguna: de ellas se puede decir lo de aquel que poseía una gran colección de instrumentos musicales, pero que no sabía tocarlos.

Pero el punto en que se insiste con verdadera

saña es el de la libertad. Estas mujeres tienen la manía de la libertad: pueden hacer lo que quieren, y, sin embargo, acusan al hombre de déspota; y como creen que las españolas viven encarceladas y contentas, las juzgan como seres infelices, sin conciencia de su dignidad personal. Una de mis contertulias pretendía convencerme de que los hombres meridionales tenemos odio instintivo contra las mujeres del Norte, porque tememos que «nuestras esclavas» se nos subleven, siguiendo el ejemplo de las que ya consiguieron sacudir el yugo. — Están ustedes en un grande error si tal piensan – he dicho yo con gran seriedad —: lo que ustedes inspiran es lástima, y los españoles que las incitan lo hacen a disgusto, sólo porque el matrimonio es cada día más difícil y se ven forzadas a vivir solas; pero no porque tomen en serio las ideas de emancipación, pues su buen juicio les permite ver que salen perdiendo mucho en el cambio. Usted es aficionada a la filosofía: quizás haya leído alguna de las geniales paradojas de un filósofo alemán, hoy en boga, Federico Nietzsche: creo que es en su *Menschliches*, *allzumenschliches* (humano, demasiado humano), donde expone su opinión sobre la superioridad intelectual de la mujer respecto del hombre, y la razón principal en que la funda es de sentido común. Prescindiendo de palabras vanas, de hecho resulta que la mujer ha dejado en manos del hombre todos los atributos de la autoridad, y con ellos todas las responsabilidades y malos ratos que proporcionan. A más,

la obligación moral de sostener a la familia. A cambio de algunas satisfacciones irrisorias, el hombre se ha resignado a ser el verdadero esclavo; la mujer ha conseguido vivir a costa del hombre, manejarlo a su antojo en todos aquellos asuntos en que le va algún interés, y por añadidura representar el papel simpático, el de «víctima». No existe en la creación un ser que supere a la mujer en inteligencia verdadera, es decir, en inteligencia práctica: sólo se le aproxima el gato, que en opinión de un escritor español, Selgas, es el más listo de todos los animales, no sólo por haber resuelto el problema de vivir sin trabajar, sino por haberlo resuelto con achaque de cazar los ratones, diversión o *sport* que para él tiene grandes atractivos.

Vistas, pues, las cosas con calma, se pone en evidencia que la mujer española, refractaria a la emancipación a causa de su «atraso intelectual», es mucho más sabia que las que neciamente se declaran autónomas y cargan con el pesado fardo de obligaciones que los hombres hemos llevado solos hasta ahora. A eso le llaman los franceses *laisser la proie pour l'ombre*, que podríamos traducir «perder la tajada por roer el hueso». Una mujer excepcional puede encontrar en la ciencia o en el arte satisfacciones acaso superiores a las de la vida de familia; pero las mujeres vulgares, que han de contentarse con desempeñar una función rutinaria y poco agradable, no deben de aceptar este medio de vida, sólo porque les deja más libertad, como superior al matrimonio. Los que tal hacen, cuando

llegan a la vejez y forman el inventario de los goces que les ha proporcionado la libertad, sentirán envidia de la mujer del pueblo, que, guiada sólo por el instinto, ha sabido enamorarse de cualquier ganapán, crear una numerosa prole, y mal que bien salir adelante con ella, experimentar las alegrías y penas que la vida va dando de sí; en suma, vivir una vida natural e íntegramente humana.

XI

«En malares anteckningar» af Egren Lundgren. — Italien och Spanien. — Tredje upplagan. — P. A. Nerstedt Soener. Stockholm. — 1882.

Muchas personas he encontrado en Finlandia que tienen ideas más o menos disparatadas sobre la vida interior española, sobre nuestros tipos, costumbres y tradiciones, y la ciudad más conocida es precisamente la nuestra. Como son contados los finlandeses que han viajado por España, se me ha ocurrido preguntar por qué conducto se tienen todas estas noticias, y siempre se me ha contestado: eso lo he leído en el libro de Lundgren. Nada más natural, pues, que mi idea de comprar el libro del conocido pintor sueco, las *Impresiones de un pintor*, que figuran en el epígrafe. Y ni estará de más añadir a los detalles que doy, por si algún lector desea comprobarlos, que la obra cuesta seis kronor, o sea nueve pesetas próximamente, y que va por la tercera edición; porque aquí, en todo el Norte, se compran libros, aunque sean caros. Si a un español se le ocurriera escribir unas *Impresio-*

nes escandinavas, y venderlas a nueve pesetas el volumen, tengo la seguridad de que se quedaría con sus impresiones dentro del cuerpo.

El libro de Lundgren comprende Italia y España; pero de las 364 páginas de que consta, hay consagradas a Italia sólo 116; el resto está dedicado a España, y de él cerca de la mitad a Granada, a la que el autor vino dos veces. No sé si la obra es conocida de algunos españoles, y aseguro que merece serlo; porque si bien el autor es hombre que observa muy superficialmente, tiene, en cambio, el mérito de ver muy bien, como artista, y de darnos lo que nos ofrece: impresiones pictóricas, las cuales interesan por su exuberancia de color y por referirse a una época relativamente lejana. Lundgren nos visitó en 1849, y su obra, que para los escandinavos es un descubrimiento, para nosotros es una curiosa y a ratos graciosa exhumación. No será tiempo completamente perdido el que dedique a reseñar las idas y venidas del celebrado Lundgren por España.

Procedente de Roma, llegó en Marzo del 49 a Barcelona, de paso: todas sus noticias se reducen a hablar muy por encima de la Rambla y de la Seo; de un paseo llamado el «Jardín del Explanado»; del Liceo, al que coloca entre los grandes teatros de ópera de Europa, al nivel de la Scala de Milán; del teatro Principal, en el que asistió a la representación de *El desdén con el desdén*, cuyos entreactos eran amenizados por bailes con castañuelas; y por último, de algunas particularidades

que le llamaron la atención en las ceremonias religiosas de las iglesias. Al mismo tiempo, como hombre aprovechado, se ponía en relaciones con un profesor francés, M. Rambert, para aprender la lengua española, en la que no llegó nunca a ser muy docto, a juzgar por los disparates de que está sembrado todo el libro.

En Valencia la estancia fué más larga, y las impresiones recogidas más abundantes: habla del Grao y de la tartana «en que vino» a Valencia, y de la fonda del Cid, donde se hospedó, diciendo incidentalmente que las calles no estaban empedradas; de la Catedral, y en particular de la torre llamada «El Micaleta»; de la belleza de las valencianas y de algunas prendas de vestir, como la «media valenciana» y la «alpargata»; de la Academia de Pintura, donde copió un retrato de Velázquez, y de la Galería de Pinturas, en la que le llamó la atención la «Comunión de María Magdalena», de Espinosa, y el San Francisco, de Ribalta; de la iglesia de los Mártires y de la Biblioteca de la Universidad, sin olvidar la excursión reglamentaria a Murviedro, la antigua Sagunto. Sus relaciones personales le debieron de dar escasa luz sobre nuestro país, pues a excepción del bibliotecario de la Universidad, todos sus tratos fueron con extranjeros, en primer lugar con artistas de una compañía de ópera italiana, que daban, como él dice, la *Gazza Ladra* y *Lucía*, mezcladas con zarzuelas, fandango y jaleo. Sin embargo, tuvo ocasión de aprender a perder el tiempo en el café Sui-

zo; de conocer a una Carmen, a una Dolores y a una Mariquita, y de tomar nota de una coplilla que le llamó mucho la atención:

De la raíz de la palma
Hicieron las Isabeles
Delgaditas de cintura y de
Corazón crueles.

No creo necesario advertir que la manera de partir los versos de la copla es invención de Hr. Lundgren.

De Valencia pasó a Málaga, tocando brevemente en Alicante, Cartagena y Almería, de las que no dice nada interesante. Sólo al hablar del escaso movimiento que notó en Alicante, aprovecha la ocasión para dar a conocer, estropeado, un modismo español, pues dice que no había «más que cuatro gatas», en vez de cuatro gatos.

En Málaga un amigo siciliano le llevó a una casa de pupilos «con patio y corredores», donde por primera vez se encontró nuestro viajero «verdaderamente en España». Describe el trato que Catalinita, la pupilera, le daba por diez y seis reales, y exclama al fin: «¡Hvilket Eldorado!» No obstante, los días que permaneció en Málaga fueron muy pocos, y sólo tuvo tiempo para conocer a un pintor, Cortés, que le descubrió los «misterios artísticos» de la ciudad, sin olvidar las figuritas de barro, y a un ex militar, Quesada, que le entusiasmó cantando las «seguidillas de los enamorados». Con esto, y con describir cómo se pela la pava y citar

la frase «se mi busca la ley, a Málaga mi voy», da remate a sus estudios malagueños, y emprende en diligencia (pues entonces no había tren) el viaje a Granada. A media noche salió de Málaga, a las once llegó a Loja, y a las seis de la tarde estaba hospedado en la «Fonda de la Minerva», en una habitación semejante a la «celda de una cárcel», y puesto de acuerdo con el excelente guía Arabal para subir a la Alhambra al día siguiente, a las cuatro de la mañana, antes de la salida del sol. Esto ocurría en Mayo de 1849.

Hago gracia al lector de la descripción detallada de la Alhambra que trae el libro de Lundgren. La impresión primera del pintor fué que todo era más pequeño que él se lo había imaginado; pero sin que esto rebajara el valor artístico del monumento. En el Generalife lo más notable que encontró, según parece, fué una chica de diez y siete años, parienta del jardinero, de la que habla como de una beldad maravillosa. Y su primera impresión sobre nuestra ciudad es entusiasta: aunque el autor ha recorrido casi todo el mundo, no ha encontrado nada que tenga conexión con Granada, «tipo original e incomparable, de extraordinario valor para un artista». «Durante el día todo está inundado de colores de extraordinaria riqueza y magnificencia, y por la noche, bajo el cielo de azul intenso, la ciudad está como revestida de espíritu romántico...» «El aire es puro, claro y cargado de aromas y de fuego; una mansión que ni soñada dara el amor.»

La visita a la Catedral ocupa dos largas páginas, y contiene varios detalles que hay que omitir por ofensivos al espíritu religioso de mis lectores. Al autor le choca el excesivo lujo con que están vestidas las imágenes y adornadas las capillas, y se permite algunos rasgos humorísticos de gusto más que dudoso. Para concluir su primer capítulo, habla de la Cartuja en sentido bastante desfavorable, y refiere cómo, llevado de su deseo de estar más cerca de las bellas salas de «Linda Raja», dejó la «Minerva» y se hospedó en la Alhambra, en casa de la «corpulenta personalidad» de Carmen.

Sigue inmediatamente un cuadro curioso y hasta histórico: la descripción de la corrida de toros dada en honor de los Duques de Montpensier. El entusiasmo era tal, que nuestro artista tuvo que tomar el billete con anticipación, cuidando de que fuera de sombra, porque al sol el calor es insoportable. Fué a la plaza a las cuatro, y le llamó la atención la algazara del público, así como la procesión de los toreros («tjurfaektareprocessionen») al toque de la marcha real; describe a los banderilleros y chulos, que eran seis; al espada o «doedaren»; a los picadores o «caballeros que van armados de largas picas», y a las mulas con sus sonoras campanillas y banderas. Los toreros se arrodillan y rezan ante la imagen de la Virgen; después cada cual se va a su puesto; el «matador» saluda gravemente a la Princesa, e hinca una rodilla en tierra hasta tanto que se le permita comenzar el «juego», porque — dice el cronista — a

esto le llaman juego («lek»). La Infanta arroja la llave a la arena como signo de su graciosa concesión, y empieza la lucha. Suenan las trompetas y sale el primer toro, que es negro, brillante, la sangre y los ojos llenos de furor; va adornado con una moña azul y blanca, sujeta con un gancho de hierro. Sigue en los términos más complicados la descripción de las correrías del toro, encuentro con el picador y caída de éste, así como su salvamento por los banderilleros; segundo y más terrible choque, en que el caballo cae muerto, redondo, «no obstante la grave herida que el toro recibe en el lomo». Siguen los banderilleros, con sus pinchos delgados y cortos adornados de papel, que hacen al toro bramar de coraje, y por fin el matador, con su «muleta» o «bandera roja» y espada de Toledo («toledovaerja»), se dirige ante el palco de la Infanta con la misma seguridad que si no hubiera toro en el redondel; cae de rodillas con la «montera» en la mano, dice algunas palabras y va luego contra el toro; con la bandera roja le lleva de izquierda a derecha, hasta marearlo, y luego, firme y seguro, le clava el estoque en medio del corazón. El toro muere: bravos de las masas populares; lluvia de cigarros y «petillos», y hasta de bolsas con dinero sonante; sombreros y chaquetas, que los chulos devuelven a sus propietarios, mientras el matador, con gestos graciosos no exentos de majestad, y con la sonrisa en los labios, va saludando a los que le aplauden. A todo esto, un mozo había clavado al toro un cuchillo o

puñal, y las mulas galopaban arrastrando los despojos mortales.

Vuelven a sonar las trompetas y sale otro toro, que «era castaño y más salvaje si cabe que el anterior». Varios caballos fueron destrozados, y un picador fué arrojado tan alto, que cayó sin sentido y hubo que sacarlo fuera del redondel. El tercer toro no quería pelear y hubo que echarle perros de presa. Él cogió a dos con los cuernos, y los tiró por alto mientras pisoteaba a un tercero; le echaron nuevos perros, y, por último, un mozo, con una cuchilla, le cortó una nalga; y cuando estaba en tierra el infeliz animal con los perros colgados, le clavaron la puntilla. Esto era tan despiadado y miserable, que se puede dudar de si intervenían seres humanos. Cinco toros fueron muertos, poco más o menos de igual modo, y muchos caballos destrozados (total, 23). Uno de los toros saltó la plancha que separa el redondel del público, y era de ver cómo corrían los mozos, polizontes y aguadores. Un chico fué retirado casi muerto. El espectáculo terminó mucho después de ponerse el sol; y el público, tanto señoras como caballeros, estaban contentísimos por el buen rato que habían disfrutado; «y yo — agrega para terminar el revistero sueco — hubiera sido considerado como hombre sin pizca de gusto si me hubiera atrevido a decir que el combate de toros («tjurfaektning») no me había proporcionado ningún placer».

Si se tiene en cuenta que hace medio siglo las corridas no eran tan populares en Europa como

hoy lo son, y que no hay medio humano de expresar en sueco ningún término taurino, la revista de Lundgren es una obra maestra de exactitud y colorido. El cronista no sabe distinguir el mérito artístico de los toreros, ni nota las diferencias que hay en las lidias de cada toro, porque no hay posibilidad de que un europeo, que no sea español, comprenda un espectáculo romano y moro y a la vez creación de dos civilizaciones comprendidas en Europa sólo por la lectura de libros, es decir, teóricamente. Yo he asistido a la representación de un drama chino, y si me viera obligado a relatar mis impresiones, no podría hacer otra cosa que describir el escenario y agregar que salían actores muy semejantes entre sí, articulaban sonidos al modo de los papagayos, recorrían la escena seguidos de numerosa comitiva y se retiraban para dejar el sitio a otros que hacían casi lo mismo, y así sucesivamente.

Se dirá que esto me ocurrió por no conocer el chino, y yo replicaré que la dificultad no estaba en no entender el idioma, sino más bien en no comprender el arte dramático de la raza amarilla. Anoche asistí al estreno del último drama de Ibsen, representado aquí antes que en ningún teatro de Europa: *John Gabriel Borkman*, y por mi falta de costumbre de oir el lenguaje teatral sueco, muchas frases se me escapaban; y esto no me impidió comprender exactamente toda la obra y apreciar en su integridad la fuerza del gran tipo trágico concebido por el dramaturgo noruego. Un caso más demostrativo aún: son contadas las palabras que co-

nozco del finés, y, sin embargo, he ido al teatro finlandés a ver la tragedia *Kullervo;* no saqué en limpio más que dos palabras: *veitsi*, cuchillo, y *pacivae*, día, y, sin embargo, me interesé vivamente por las desventuras del Edipo finlandés.

Aunque pierda mucho, el arte teatral puede subsistir sin el auxilio de la palabra, siempre que sean conocidas las reglas generales de la acción dramática. Los dramas chinos son excesivamente largos: suelen durar varios días; la acción es muy lenta y complicada; casi todos los personajes que yo vi salían seguidos por numerosas comparsas que, por lo visto, deben representar el papel del coro de la tragedia griega; a la hora de espectáculo me fuí yo aburrido, y acaso no habían dicho todavía nada de particular. Los largos intervalos de la acción deben de servir para que el público tenga tiempo de saborear lo que queda dicho; y así ocurre que cuando dicen alguna gracia, hay espectador chino que se pasa cinco minutos riendo a carcajadas sin temor de perder la gracia que viene después. Un conocido mío que ha concurrido a representaciones teatrales en China, me decía que lo que más le interesaba era el reir de los chinos, semejante al cacareo de los gallos, y la extraña costumbre de lavarse durante los inacabables espectáculos. Cuando el calor es insoportable, se aprovecha uno de los intervalos para llamar a unos hombres que van por los teatros — como por los nuestros los vendedores de agua y merengues — con jofainas y toallas: por una cantidad

insignificante se lavan las rapadas cabezas y se quedan frescos como lechugas. Y bueno será declarar que con una sola toalla se lavan centenares de personas, con un espíritu de fraternidad que para nosotros lo quisiéramos los cristianos de Europa.

Pero noto que la digresión es demasiado larga, y lo que es peor, que no tiene nada que ver con el libro que reseño. Mi idea era demostrar lo difícil que es comprender las obras de civilizaciones distintas de la nuestra y justificar a Lundgren de los disparates que comete, menos graves que los de muchos europeos que han intentado dar a conocer nuestra fiesta tauromáquica. Buena o mala la descripción de Lundgren, es la más conocida por estas alturas. Con ella, la ópera *Carmen* y algún que otro cabo suelto, basta para que se nos tenga por un pueblo aparte en el «concierto europeo».

Después de la corrida de toros habla nuestro autor de una juerga en un ventorrillo de la Alhambra, organizada por varios estudiantes amigos de un profesor Cubí, compañero de viaje de Lundgren desde Valencia. El héroe de la fiesta fué un «canónico» llamado D. Pedro, que, invitado por uno de los estudiantes, entra diciendo: «Ave María Purísima», y concluye por gritar: «Evviva las mozitas»; «¡Ay de mí!» y aquello: «Del cielo luciente estrella, Granada bella». Aunque el canónigo resulta luego ser cura a secas, da un tono demasiado vivo a este cuadro, que termina por algunas frases sobre la procesión organizada en honor de la Infanta.

Luego de hablar nuevamente de la Alhambra y

de sus inscripciones, y de describir la «Torre de la Cautiva» y la «Puente de las Avellanas» (como él dice), da cuenta de un interesante baile que tuvo lugar en la Alhambra, y que fué organizado por la Maestranza en honor de los Duques; y para hacer *pendant*, de una danza gitana, con cuya ocasión habla de la ilustre gitanería granadina. El capítulo termina con la descripción de la procesión anunciada y con una excursión nocturna interrumpida por un destemplado «¿quién vive?» al que contestó Lundgren con el alma y con el corazón: «¡España!» Y lo dejaron pasar.

Sigue hablando el autor de los temas más variados: del cochero Napoleón y de una subida al «Monte Sacro», desde donde describe con estusiasmo nuestra vega, y de su excursión a la Sierra Nevada, emprendida con arreglo a los sanos principios de la ciencia alpinista. Refiere sus impresiones de viaje; su vistazo a Granada desde el sitio que él llama «el último suspiro del moro»; sus paradas en Lanjarón y Orjiva, y su feliz encuentro con unos estudiantes y varias señoras montadas en mulas. Bien pronto se organizó una fiesta, de la que fueron héroes una de las señoras, llamada Donna Leonora, y el estudiante D. Alfonso. De Doña Leonora conservó la siguiente expresiva copla:

«No yo temo a las partidas,
Ni tampoco a los caminos:
Se va a un lado un mozo fino,
Esencia del bien querer.»

Y D. Alfonso le dió a conocer, refiriéndola a todos los reunidos, la *Leyenda de Abdul Hassan*, que llena ella sola quince páginas del libro. El 22 de Julio tuvo lugar la ascensión a la Sierra.

Los expedicionarios éramos cinco — dice el sueco aprovechando la ocasión para arañar un poco a sus «amigos» los rusos —: Garhardt, Friedrich (dos amigos alemanes) y yo; un ruso, Ruloff, y el mozo o mulero. Subieron al Picacho para ver la puesta del sol; y encaramado en aquella altura, Lundgren describe el panorama con tan brillantes colores, que no creo haya sido superado por ninguno de los infinitos a quienes ha inspirado nuestra Sierra. Al día siguiente nueva ascensión para ver la salida del sol, y nuevo cuadro pictórico, más brillante aún que el primero; el entusiasmo lleva a nuestro artista a decir: «Aquello era majestuoso; era supraterreno: parece que entonces vi yo el sol por primera vez en mi vida.»

De regreso de su excursión, Lundgren decidió dejarnos; se despidió de la Alhambra y de Carmen y su familia, y tomó asiento en la diligencia de Málaga, en el pescante, entre el mayoral y el zagal, entre el «cochero y su primer ministro». La mula que va delante — dice el viajero — se suele llamar «Generala», «Capitana» o «Briosa», y las demás «Carbonera», «Coloevra», «Valerosa» y «Pastora». Desde Málaga, por Gibraltar, Tarifa y Cádiz, a las que dedica muy pocas líneas, se dirigió a Sevilla, donde le chocó en primer término lo estrecho de las calles y la poca altura de las casas; pero

agrega: «No conozco ninguna ciudad que, como ésta, se haya apoderado de mí desde el primer instante.» Desde el primer día Lundgren se encontró en Sevilla como en su casa; halló entrada en «tertulias» y reuniones familiares, y trabó amistad con muchas personas, de las que nos habla continuamente: el pintor alemán españolizado D. Federico Ludwig; D. Marcos Pereda, que sacó a Lundgren de casa de la señora María Francisca y lo llevó a la de Barrera, en la calle de la Muela; el actor Osorio; los hermanos Bontolón; el americano Villamil, y casi todos los concurrentes al Casino Sevillano. La parte del libro dedicada a Sevilla es la única en que aparecen cuadros de la vida española. En Granada lo principal son los monumentos y los paisajes; en Sevilla los tipos y costumbres: se habla muy someramente de la Catedral, del Alcázar, de la Casa de Pilatos, del Hospital de Caridad; pero abundan los croquis de escenas andaluzas: un baile en casa de Miguelito, donde el autor vió bailar «el fandango, la cachucha y la sandunga»; bailes gitanos, tipos del barrio de Triana; relación de la desventura amorosa de Pepa la Bruja; romería a Torrijos; excursiones marítimas; entierros y muchos más, que en conjunto dan una idea aproximada de la vida sevillana a mediados del siglo. Como es natural, siendo el cronista pintor, la parte más extensa es la dedicada a la escuela de pintura y a los artistas sevillanos y a los tipos pintorescos andaluces, de los cuales, en particular de mujeres, ofrece al lector una riquísima galería. De

algunas bellezas llegó hasta a hacer el retrato, y de ellos cita los de la señorita Encarnación Reyna, hija del boticario de Algeciras; de Carmen Buzón, famosa bolera que volvía loco a todo el mundo bailando «el olé», y de la graciosa Jesusita.

Después de una breve estancia en Córdoba, donde sólo le llamó la atención el «Arrizife», las ermitas, una comida en que hubo garbanzos y tomate y buen vino de Valdepeñas y Montilla, y la Mezquita, regresó Lundgren a Sevilla, en la que continuó sus estudios «juerguístico-pictóricos»: encierros, cacerías, escenas tauromáquicas, historias de bandidos (hay una muy sugestiva con el melodramático título de «El Chatos doed» — «La muerte de El Chato» —); descripción de la Feria; bailes en casa de Félix García (el primo de la Malibrán); en fin, el cuento de nunca acabar. Del *folklore* sevillano trae Lundgren sólo estas dos coplas:

«Piensan los enamorados,
Piensan, y no piensan bien,
Piensan que nadie los miran,
Y todo el mundo les ven»;

«No mi haga usted cosquillas,
Que mi pongo colorada,
Que mi gusta a mí la gente
Que tiene formalidad.
Con el vito, vito, vito,
Con el vito, vito, va; etc.»

Nótese la perspicacia instintiva con que el sueco caracteriza dos regiones desconocidas para él

con sólo dos coplas: la Andalucía alta está en la copla «De la esencia del bien querer», que canta Doña Leonor en el camino de la Alpujarra; la Andalucía baja en la canción del «Vito, vito». «Sevilla, oh Sevilla — concluye Lundgren, — corona de la primavera, — dulce país de mi morena, — alegría de mi corazón.»

De Sevilla vuelta a Córdoba, deteniéndose en Carmona, descripción de la Mezquita, y regreso a Granada por Bailén. Cuando regresó a Sevilla, entró en la ciudad como quien vuelve a su casa; al regresar a Granada no aparece en su relato más que la Minerva, Arabal, Carmen, el cuarto en la Alhambra y la indispensable gitanería. Hay que reconocer que éramos muy ariscos en 1849: entonces no hacíamos caso de quién nos visitaba. Hoy es otra cosa: en 1895 nos visitó uno de los escritores franceses de más nombradía entre los jóvenes, Maurice Barrés, quien ha escrito y piensa escribir en serio sobre cosas de España; y aunque le ocurrió lo mismo que a Lundgren, tuvo siquiera la satisfacción de protestar en letras de molde en una carta publicada en *El Defensor*. Lo único nuevo de que nos habla el pintor sueco en su segunda visita es de sus paseos por Granada, en los que salen a relucir el Zacatín, «La puerta de las Orejas», llamada también de «Los cuchillos», los Mártires y algún detalle olvidado en la primera.

En comparación con Andalucía, el resto de España le pareció a Lundgren muy prosaico; su estancia en las demás ciudades españolas que visitó

fué breve, y sus impresiones muy ligeras. De Madrid sólo le interesó la Puerta del Sol y el Museo; de Toledo, a donde fué recomendado por la «amable señorita Emilia de Gayangos», da una descripción muy sumaria, pero en la que se aprecia bien en conjunto el carácter histórico y artístico de la ciudad; por último, hizo breves visitas a Cuenca, Valencia y Barcelona, desde donde se embarcó para Londres.

Del interesante viaje de Egren Lundgren se destacan con gran relieve sobre los demás las dos ciudades andaluzas, Granada y Sevilla, cada una con su carácter propio. Granada es la ciudad que encanta por el color, y Sevilla la que seduce por la gracia: en Granada lo principal es la luz, el paisaje, los monumentos; en Sevilla, la vida, los tipos, las costumbres. En el relato de Lundgren aparece Granada como adormecida y casi muerta; faltan «personas»: sin duda en 1849 todos los «hijos ilustres» de Granada estaban de viaje, y los que no eran ilustres estaban metidos en sus casas. El único apellido granadino que cita el autor es el de Marín, a cuya casa fué alguna vez. Si hoy volviera a nuestra ciudad, encontraría menos carácter morisco y romántico y la misma oposición entre la ciudad y los habitantes; en Granada hay dos cosas inmutables: el ambiente, que por fortuna está fuera del alcance de los reformadores, y el filosofastro pintado magistralmente por Méndez Vellido en su artículo *Lo inmutable*, el hombre telaraña que se sonríe con desprecio de todas las escobas

inventadas por la moderna civilización. Todos nosotros, quién más, quién menos, tenemos algo de telaraña: andamos arrinconados para que nos «dejen el alma en paz». Somos perezosos, y cuando creamos algo, nuestras creaciones, hijas de la pereza, se mueren al poco tiempo por no tomarse el trabajo de vivir.

Se trata de crear en Granada algo que sea como un núcleo de vida espiritual: se funda, por ejemplo, un Centro artístico; y este Centro comienza a seguida a dar tumbos, y sus papás o fundadores lo ven morirse con una calma digna de los más aplaudidos estoicos. La causa de eso, se dice, es «la falta de espíritu de asociación»; y dicho esto nos quedamos más tranquilos todavía. Pues bien: aquí donde yo escribo hay mucho espíritu de asociación; y las Sociedades no tienen socios bastantes para cubrir los gastos, por lo mismo que son muchas y la población es pequeña. Ocurre todos los días que ésta o aquella Sociedad no puede seguir adelante, y en vez de lamentarse de la indiferencia del público, decide sacarle los cuartos con la mayor suavidad posible y organizar una «función de auxilio», como aquí se dice, con el concurso gratuito de los que se interesan por la Sociedad. No ha mucho dió una la Sociedad filarmónica, y he oído decir que sacó más de cuatro mil duros limpios de polvo y paja.

Y donde quiera que se aplique el sistema de la forma aquí usada, el resultado es seguro, porque el público acude siempre que le tocan en el punto

sensible. Una función de auxilio es interesante porque no es un espectáculo vulgar, con artistas pagados, sino una obra de la Sociedad misma. Los que hoy asisten como espectadores, mañana serán los ejecutantes. Un catedrático da una conferencia; una señorita baila, y la otra canta; las que no tienen habilidad para otra cosa sirven para figurar en cuadros vivos, en los que se reproducen cuadros de artistas célebres; las señoras serias regalan labores, que se venden en una rifa organizada para llenar los intermedios del espectáculo; hay quien recita poesías y quienes dan representaciones dramáticas de obras escritas con este objeto por escritores locales, y hasta suelen terminar estas fiestas por un baile general. Todas estas cosas hay medios de hacerlas en Granada, salvo en lo tocante a la intervención de las señoritas, que pondrían reparos para salir a las tablas de un teatro a bailar y a figurar en cuadros vivos; habría que contentarse con que tocaran el piano o cantaran. Pero por algo se ha de empezar. La dificultad mayor es nuestro carácter, nuestro temor a echar a la calle nuestras miserias, nuestra costumbre de aguantarnos en silencio para no desentonar y de regirnos individuos y sociedades por la sapientísima regla de conducta: cada uno en su casa y Dios en la de todos. Estas prácticas no tienen más inconveniente que el de impedir que se forme espíritu colectivo. Cuatro siglos largos después de la toma de Granada nos hallamos con que nuestra ciudad ha dejado de ser morisca para convertirse en aglomeración

sin carácter. Tenemos todo lo que necesitamos: el paisaje y el hombre filósofo, el *pinon udor* (lo diré en griego para mayor claridad), el último retoño de Diógenes, el heredero del espíritu helénico. Pero este sabio, quizás por ser verdaderamente sabio, es un grandísimo holgazán y no ha querido hasta ahora molestarse ni siquiera para ponerse donde le vean. Por eso no le han visto ni Lundgren ni ninguno de los viajeros que nos han visitado y estudiado. Y Granada continúa siendo una ciudad morisca sin moros, porque algo se ha de decir para entretener al honrado público.

XII

Vistas, paisajes y cuadros pintorescos finlandeses.

La única persona a quien yo envidio a ratos en el mundo es un gallego natural de Viana del Bollo y casado con una sevillana graciosísima, Gloria Bermúdez; y no le envidio la mujer, sino la facilidad que Dios le dió para describir todas las cosas. «Ceferino Sanjurjo, poeta descriptivo», reza la tarjeta de este hombre feliz, dado a conocer por Armando Palacio Valdés en su novela *La hermana San Sulpicio*, y recordado por mí siempre que cojo la pluma para describir algo y la suelto sin haber descrito nada. Sin duda tengo atrofiada la circunvolución cerebral donde habita el genio de las descripciones, porque de otro modo no me explico que teniendo dos ojos perfectamente sanos, una memoria fiel y una voluntad decidida, no me sea posible dar cuenta de lo que veo.

Un amigo mío, que me trata con mucha confianza, me ha llamado seriamente la atención acerca de esta debilidad de mis facultades descriptivas: — «Casi siempre empiezas bien — me dice —;

pero a las pocas líneas te tuerces, y en lugar de decirnos lo que ves, nos dices lo que piensas sobre lo que ves; lo que tú nos envías no son impresiones, sino opiniones: las impresiones te las guardas para mejor ocasión. Los lectores que hayan tenido la paciencia de leerte han perdido el tiempo y no tienen idea de lo que es ese país: tienen ideas teóricas sobre los habitantes, pero desconocen la manera de vivir exteriormente; cuándo, por ejemplo, la temperatura es de 20 ó 30 grados bajo cero, cuándo el sol no alumbra o cuándo nieva varios meses seguidos. Allí debe ocurrir algo curioso y digno de mención, algo más interesante para un meridional que todo lo que llevas escrito hasta ahora.» Ante quejas tan fundadas, he tenido que ometerme e hilvanar esta carta, que será descriptiva hasta el punto que mis fuerzas la consientan.

El frío. Voy a sorprender a mis lectores diciéndoles que aquí no hace frío. Dentro de las casas se vive en perpetua primavera, y en la calle, envuelto en pieles, suda uno más que en verano. Sólo la cara, que tiene que ir al descubierto, se resiente de las caricias un tanto brutales de la nieve y el viento. De 10 grados para abajo, la barba se hiela y la cara se adorna con un marco de estalactitas; cuando se vuelve a casa después de pasear un rato, de cada pelo cuelga un carámbano, y al sacudirse suena uno como una araña de cristal. A los 20 grados lloran hasta las personas menos sensibles, y hay que tomar precauciones contra la congelación. En el interior, y al Norte del país,

donde los fríos son más intensos y persistentes, ocurren desgracias todos los años. En los casos de congelación, si no se acude a tiempo con frotaciones de nieve y se presenta la gangrena, hay que amputar las partes congeladas: las narices y las manos son las que corren mayor peligro.

En las ciudades, con los medios de que se dispone para luchar contra el frío, los inviernos son agradables. Los días de frío fuerte son contados y pasan antes de que se los sienta: la temperatura corriente, de 10 a 12 grados bajo cero, convida a pasear y a hacer excursiones en trineo por los campos cubiertos de nieve o por los mares helados. Un finlandés me decía que no sabía lo que era pasar frío hasta que se fué un invierno a Niza, a lo cual le contesté yo que los únicos inviernos en que yo no había sentido ningún frío eran los dos pasados en Finlandia. Aquí tienen termómetro hasta los pobres de solemnidad, y se sabe que hace frío porque el termómetro lo dice; la gente se abriga más o menos, según baja o sube la temperatura. Aún no he visto tiritar a nadie.

A mí me sirve de termómetro mi «staederska», mi pasante; cada día se presenta de un modo diferente: con pañuelo en la cabeza; con pañuelo y mantón; con chaquetón de cuero, o con capotón de pieles y gorro que le tapa hasta las orejas; son cuatro o cinco gradaciones termométrico-indumentarias. A veces llega con un brazado de leña para prepararme el baño, y casi cubierto de sudor me dice: — Hoy hace mucho frío: 12 grados bajo cero.

Lo que angustia más no es el frío; es la falta de sol: más luz da el suelo nevado que el cielo gris, triste como el rostro de un mudo; a veces una mancha rojiza marca el sitio por donde el sol quiere asomarse; algún día el sol luce al fin; pero sus rayos no calientan ni dan vida al paisaje, siempre silencioso, solemne.

La primera impresión que me produjo este país fué de tristeza. Llegué en invierno, y los campos, como los lagos, como el mar, estaban sepultados bajo la nieve; acá y acullá residencias veraniegas cerradas y viviendas de labradores, casas de madera pintadas de rojo muy obscuro; de tarde en tarde, grupos de casas, aldeas de aspecto pobre, y en algunas, no en todas, iglesias tan sencillas como las casas. El hombre pasa sin dejar apenas rastro. Se le ve caminar pesadamente con los brazos caídos, y a lo lejos parece, más que un ser humano, un topo que sale un momento de su topera; sus pisadas forman en la nieve sendas tan tristes y solitarias como las que van por entre los sepulcros en los cementerios.

En las ciudades, el poder nivelador y destructor de la nieve se halla hasta cierto punto contrabalanceado por otro poder muy prosaico, pero muy benéfico: el de los barrenderos innumerables que barren las calles continuamente, y las tienen más aseadas que las de aquellas otras poblaciones donde cae agua en vez de nieve, y no se puede dar un paso sin llenarse de barro hasta las rodillas. Pero noto que empiezo a torcerme, y que en lugar

de describir estoy aludiendo a la mayoría de los Ayuntamientos de España.

La primavera es un período de combate. La naturaleza no se va despertando poco a poco, sin esfuerzo ni violencia, sino que de la muerte renace a la vida con maravillosa pujanza. Antes que el sol derrita por completo la nieve, ya está el labrador labrando sus campos; todo crece como por arte de encantamiento: las hojas, las flores y los frutos se atropellan por salir en busca de sol, como si temiesen no llegar a tiempo; y en medio de esta orgía, de este despliegue de fuerzas acumuladas durante largos meses de letargo, sigue flotando en el aire la serenidad, la calma, el silencio de los días invernales.

En un libro de extremada delicadeza, en el *Trésor des Humbles*, ha descrito Maeterlinck en frases sutiles, casi vaporosas, el alma de los niños predestinados a morir en los primeros años de la vida. Él los distingue de los demás en cierto aire de tristeza, que les nubla el semblante; cree ver en ellos signos misteriosos de esa ineluctable predestinación. Finlandia es como esos niños: el espíritu del país es siempre triste; en invierno vaga solitario sobre planicies blancas, inacabables, sin hallar donde acogerse; en verano lleva consigo el presentimiento de un próximo fin. Hay un período de muerte y otro período de vida; y en la lucha entre ambos, la muerte es la que triunfa, es la que imprime carácter al territorio, porque ella es lo substancial, lo permanente, lo verdaderamente eterno. Cuando

empieza a caer la nieve, la atropellada vida estival, disparada como castillo de fuegos artificiales, se desvanece, dejando tras de sí, por testigos, los árboles convertidos en esqueletos.

Cuando la nieve se va, queda el agua. Finlandia es un país que va naciendo conforme se va retirando el mar: aún no ha acabado de nacer. El suelo muy quebrado, rocoso, y la vegetación desigual que de él brota, despiertan a veces, como en los casos de atavismo, el recuerdo de una vida submarina. Lo característico del paisaje es la alianza de la tierra y del agua: el litoral no es recortado, sino que al concluir la tierra firme hace aún asomadas en el mar; todas las costas están sembradas de archipiélagos. En el interior hay también pequeños mares con sus grupos de islas. Finlandia es el país de los mil lagos: muchos de ellos forman a modo de sistemas ácueos con sus núcleos centrales, y son vías de excelente comunicación entre las diversas partes del territorio. Son innumerables los rápidos canales y cataratas, algunos muy visitados, como los de Imatra y Vallinkoski, o los diques naturales, como el celebrado de Punkaharju, que separa los lagos de Saima y Puruvesi.

Sometido a la influencia de este medio semilíquido, el finlandés es el hombre más acuoso de Europa: su color es algo aguanoso; su cabello es por lo general rubio húmedo (si se me permite inventar este matiz); sus ojos serenos y poco expresivos, tienen algún parentesco con los de los peces; y por su afición a remojarse el cuerpo merece

ya, francamente, ser clasificado como un bimano del orden de los anfibios. Hay baños que duran tres y cuatro horas, y en los que se saturan de agua hasta las partes más recónditas del organismo; en el campo se bañan las familias en masas: el abuelo y la abuela; el padre y la madre; los hijos y las hijas; y si los hay, los nietos y biznietos, sin distinción de sexo ni edad, todos en cueros vivos, formando cuadros candorosos paradisiacos. En las ciudades no es esto posible; pero queda aún la respetable institución del baño para hombres, servido por señoritas bañeras, y en el campo se ha perdido también la pureza de las costumbres patriarcales y ha caído en desuso una práctica muy loable: al llegar a una casa un huésped, el primer agasajo que recibía era el baño: la señora de la casa cogía por su cuenta al recién llegado, le conducía al cuarto donde el baño estaba dispuesto, le desnudaba y le escamondaba hasta dejarle más limpio que una patena. Yo encuentro la usanza filantrópica y filosófica en alto grado. Cristiano es «dar de comer al hambriento» y «dar de beber al sediento»; ¿por qué no ha de serlo también «limpiar al que está sucio», sobre todo estando el agua tan a mano, como aquí está por todas partes?

Finlandia es triste; pero su tristeza engaña al hombre y le hace creer que vive contento. El período de las nieves es propicio para soñar aletargado, como reptil que hace su laboriosa digestión, y al salir del letargo se cae en la embriaguez de los días interminables, en que el sol apenas se

ausenta, en que desde el lecho, por las ventanas de par en par, ve uno desvanecerse las luces del crepúsculo vespertino, cuando surgen por Oriente las de la aurora. Entre el letargo y la borrachera corre veloz el tiempo y vive uno feliz: sólo turba esta tranquilidad la idea vaga de una vida más enérgica. La gente del país tiene acaso el presentimiento de esa vida; pero el meridional tiene fijo el recuerdo, que a veces asalta violentísimo, y produce la incurable nostalgia. A mí me asaltó en la primavera, que es la época de las invasiones: los mercaderes ambulantes, muchos de ellos tártaros, llegan con sus telas orientales, árabes y persas; yo compré un tapiz tártaro, fabricado en... Silesia. Los alemanes se pintan solos para estas bromas de la industria. Luego vienen los italianos.

Un vendedor de estatuas de yeso se mete por las puertas diciendo: — Io sono toscano, signore, — y me obliga a comprarle los sempiternos Paolo y Francesca. Hay que proteger al arte. Una bandada de organilleros se desparrama por la ciudad: yo recibo diariamente la visita de uno, al que acompaña un mono muy travieso. Cuando el primer día entraron por mis ventanas las notas destempladas y chillonas de *La donna è mobile*, ríase el que quiera, pero lo cierto es que me dió un vuelco el corazón. Entonces comprendí lo que era vivir en este extremo Norte; entonces comprendí que este país me tenía engañado con una vida feliz, aparente. A uno de estos organilleros que tocaba una canción del Tirol, le alargué un día, al

pasar, una moneda; el viejo y desmedrado artista miró con ojos de deseo, pero continuó impávido dando vueltas al manubrio, con la misma fe con que debe de acompañar el violín Sarasate.

Yo aguardé prudentemente a que acabase su faena; le di la moneda, y al marchar me dije para mis adentros: — Si yo fuese capaz de dar vivas a algo o a alguien, hubiera gritado ahora: ¡viva Italia!

XIII

Donde el corresponsal resuelve a su modo la tan debatida y manoseada cuestión de la reforma universitaria.

En una de las preciosas cartas que mi amigo Gabriel Ruiz de Almodóvar ha publicado no ha mucho en *El Defensor*, soy, por equivocación, consultado acerca del problema irresoluble de la enseñanza oficial. Almodóvar se dirige a los peritos y cree que yo lo soy. Para convencerle de que se equivoca y para corresponder a la atención que ha tenido conmigo, dedicándome su epistolario, voy a explicar un plan completo de reformas que por adelantado sé que ha de acabar de desacreditarme a los ojos de las personas sensatas.

Al leer la palabra plan, hay ya quien se figura que voy a desenvainar un proyecto de ley con quinientos o mil artículos y un haz de reglamentos complementarios. No hay que asustarse, pues en substancia se reduce a estos tres puntos:

1.º Las Escuelas de Bellas Artes quedan incorporadas a las Universidades.

2.° En las Universidades se darán funciones públicas, científicas y artísticas.

3.° Los fondos recaudados por este concepto serán destinados al fomento de la enseñanza.

Algunos amigos míos que creen que cuando yo escribo lo hago sólo para dar una broma a mis lectores, dirán: — ¡Ya pareció aquello! El corresponsal quiere convertir en teatros las Universidades. ¿Hase visto mayor desenvoltura? — Y yo contesto: — Quien en realidad da un bromazo al país es el Ministro, que, puesto de gran uniforme, sube a la tribuna parlamentaria y lee una ley de Instrucción pública con arreglo a los últimos adelantos pedagógicos. En España no quieren convencerse de que una ley sirve sólo para regular lo que ya existe con arraigo, nunca para crear nada nuevo. La creación es obra individual o corporativa; la ley es obra social, y viene o debe venir mucho después. La reforma universitaria (y como ésta la de la enseñanza en general) está en las Universidades, no en el Parlamento; y lo que hace falta no son legisladores, sino hombres de acción y de sentido común que empuñen los zorros y sacudan el polvo a todos los organismos e instituciones.

Las Universidades están sometidas a un poder centralizador, es cierto; mas no hay centralización tan estrecha que no deje resquicios por donde asome la iniciativa individual. El hacha corta el árbol; pero después salen los retoños si el árbol no estaba muerto. ¿Dónde están las iniciativas de las Universidades, la promesa de que serían me-

jores si gozaran de su autonomía? Nuestras Universidades son edificios sin ventilación espiritual. La ciencia que en ellas se recoge es nociva, porque no sirve para crear obras durables, sino para armar el brazo de los pretendientes. De aquí mi idea de limpiar y ventilar, abriendo las puertas para que todo el mundo entre y contribuya con su presencia y con su bolsillo a implantar de hecho la reforma universitaria.

Las Universidades que aspiran a ser Escuelas de saber, no se contentan con enseñar rutinariamente cierto número de asignaturas, y dejar luego que los alumnos, los buenos y los malos, vuelvan las espaldas y se retiren con el título enrollado bajo el brazo. En el ejército es, y el soldado que sale con su licencia en el canuto, queda obligado a acudir en caso de llamamiento. Una Universidad debe conocer a sus alumnos, escoger a los que valen, y dirigirlos, auxiliarlos para que completen sus estudios universitarios con otros especiales, en que la aptitud, la iniciativa, el esfuerzo individual obren con más desembarazo. Y para que esto ocurra, no es necesario aumentar el número de aulas, ni el de asignaturas, ni el de profesores, sino estrechar más las relaciones entre maestros y discípulos, disponer de fondos y distribuirlos con inteligencia y con justicia.

Si se consignara en el presupuesto del Estado una cantidad para pensiones de estudios, bolsas de viaje y premios, no se adelantaría gran cosa, porque al venir el dinero de Madrid, vendría con

él la lista de recomendaciones. En vez de enviar a Oriente a filólogos aptos para el estudio de las lenguas orientales, o a las clínicas más adelantadas de Europa a alumnos escogidos de la Facultad de Medicina, enviaríamos a viajar de balde a unos cuantos paniaguados, que no sólo no harían nada bueno, sino que desacreditarían la Universidad que les subvencionase. Todos sabemos lo que son en España las comisiones que costean los Ministerios: no es necesario insistir en este punto.

Para que una Universidad emplee bien el dinero, tiene que ganarlo ella misma; y para ganarlo, tiene que trabajar en algo que esté en consonancia con sus fines. ¿Qué inconveniente hay en que se extienda el campo de operaciones, en que se atraiga al público y se le instruya deleitándole, como recomendaba Horacio, y sacándole los cuartos, como recomienda el positivismo cruel de nuestros democráticos tiempos? Ninguno. Un alumno paga su matrícula. Un espectador paga su entrada. Hay profesores y discípulos y local. Todo cuanto hace falta para poner manos a la obra.

Y a mayor abundamiento, para que a los experimentos científicos y a las representaciones de comedias clásicas acompañen los conciertos musicales y corales, se podría incorporar a la Universidad la Academia. Esta función quitaría a las Universidades el aspecto de sequedad que hoy tienen, infundiéndolas, con el arte vivo, un espíritu más amplio y fecundo, y destruiría ciertas desigualdades irritantes o que por lo menos a mí me irritan:

por ejemplo, que un abogado ramplón mire por encima del hombro al violinista que sale de la Academia, y que para vivir tiene que tocar mediante unos cuantos ochavos allí donde la ocasión se le presenta.

Tenemos la manía de separar, cuando, por nuestro carácter indisciplinado, debíamos esforzarnos para unir. En el ejército se ha procurado combatir las exageraciones del espíritu de cuerpo creando la unidad de procedencia; en las carreras civiles podría hacerse mucho, si no se topara con la idea preconcebida, absurda, de que cada localidad debe tener un centro docente, aunque sea por completo inútil. De las Universidades belgas salen notabilísimos ingenieros. Si yo propusiera la incorporación de las Academias de Ingenieros a las Universidades, dirían que no estaba en mi sano juicio. En esta Universidad de Helsingfors no ven inconveniente en que en un mismo local se enseñe Teología por la mañana y canto por la tarde; si yo hablara de restablecer la facultad de Teología, me tacharían de reaccionario: he propuesto lo del canto, y me dirán que soy poco serio.

¿No será posible ensanchar un tanto el criterio mezquino, raquítico, exclusivista, con que se juzga todo en nuestro país?

Y ahora voy a explicar por qué incluyo en mis *Cartas finlandesas* ésta que parece no tener relación con Finlandia. El plan que yo he esbozado «grosso modo», no es invención mía: yo no he hecho más que españolizarlo. No me gustan las imi-

taciones; aunque aquí he visto muchas cosas buenas, no aconsejaría nunca que se las copiara, porque al copiarlas se les quitaría la virtud. Pero hay cosas de esas que llamamos prácticas, que tienen un valor absoluto, que son buenas en todas partes. Y en lo tocante a espíritu práctico y sentido común, no hay pueblo que aventaje a éste tan desconocido y arrinconado de Finlandia. Aquí la instrucción general es privada, y sin necesidad de intervenciones gubernativas, todo el mundo sabe leer y escribir. El Estado sólo organiza la enseñanza superior. Los estudiantes forman corporación; usan como distintivo, tanto los varones como las hembras, una gorra blanca, a la que en los grados superiores se agrega un borlón monumental. Hay quien lleva la gorra descansando sobre el hombro, y mira por encima de él y de ella a todos sus semejantes. Un estudiante es una personalidad social y económica.

De uno que había concluído su carrera con treinta mil marcos de deudas, oí hablar con elogio: «Cuando le fían es hombre que promete.» La Corporación estudiantil tiene su pequeño palacio, la Studenthus, que dentro de sus propios fines funciona como un teatro *sui generis*, pero abierto al público como los demás.

Todo esto es imposible en España, y por serlo dejo yo a los estudiantes en la Universidad bajo la dirección de sus profesores. Lo que no es imposible es que los estudiantes trabajen y se apliquen a obras útiles para la prosperidad del centro don-

de se instruyen. La Universidad de Helsingfors, aparte otros méritos, tiene el ser útil a todo el mundo: a los alumnos, a quienes estimula por medio de abundantes pensiones y estipendios; a los aficionados a la lectura, prestando los libros, sin exigir más garantía que un recibo en que se escribe el nombre y domicilio del que se los lleva; al público en general, convirtiendo su Paraninfo en sala de espectáculos cultos, donde lo mismo da una conferencia un profesor (y suelen venir también extranjeros) que un concierto un artista de mérito eminente. Una notable pianista venezolana, Teresa Carreño; Reisenauer, el discípulo predilecto de Lista; la cantante Eva Nansen, mujer del explorador del Polo Norte; el violinista austriaco Ondricek, y muchos más, han desfilado en poco tiempo por esta Universitetets-solemnitessal. La última fiesta celebrada ha sido la del centenario del gran compositor Schubert. Según esta costumbre, todos los artistas dan en la Universidad uno o varios conciertos escogidos para los inteligentes, a cuatro y cinco marcos la entrada, y luego en Brandkorshuset (Casa del Cuerpo de bomberos) un concierto popular a uno y dos marcos, al que concurre todo el mundo. Así se honra a los artistas, sin olvidar los derechos artísticos del pueblo.

Si en este tiempo en que los histólogos y microbiólogos son dueños de la situación fuera yo médico, estoy seguro de que sería un ferviente hipocrático. Para mí, el que se pone malo y el que se cura es el hombre, todo el hombre: al medicamen-

to local debe ir unido un sacudimiento inteligente de la naturaleza del enfermo, para que ésta acuda con su fuerza medicatriz innata y opere la total curación. Mi plan de reforma universitaria es también hipocrático: nada de cataplasmas ni de específicos, que las Universidades sacudan la modorra, y que por medio de la acción expelan ellas mismas sus malos humores y se conviertan en organismos sanos y robustos.

XIV

El 1.º de Junio, día simbólico de la organización económica de Finlandia.

Vart land aer fattigt, skall sa bli
Foer den, som guld begaer,
En fraemling far oss stolt foerbi;
Men detta landet aelska vi,
Foer oss med moar, fiaell och skaer
Ett guldland dock det aer.

Por si en sueco parece poco extraña esta bella estrofa del himno finlandés, del vibrante y patriótico «Vart Land», voy a darla a conocer también en lengua finlandesa para que mis lectores saboreen con los ojos y con el oído, aunque sea en un pequeño fragmento, cuanto hay de característico y de musical en esta lengua, hablada apenas por dos millones de hombres:

On maamme koeyhae, siksi jaeae.
Jos kultaa kaipaa ken.
Sen kyllae wieras hyloaejaeae
Mut meille kallein maa on taeae
Kanss' salojen ja saarien
Se meist'on kultainen.

«Nuestro país es pobre: así lo será — para quien oro ansíe. — Un extranjero pasa mirándonos con desdén; — pero este país nosotros lo adoramos: para nosotros, con sus bosques, sus rocas y sus playas, — es un país de oro.»

Cuando Runeberg, el poeta más grande de este país, compuso estos versos de su canto a Finlandia, no pensó de fijo más que en ofrecer una imagen del intenso patriotismo de los finlandeses, un contraste entre la pobreza del suelo y la exuberancia del amor que tan ingrato terruño inspira a los que en él viven; y sin embargo, sus palabras tienen un valor real, una significación económica. Finlandia es pobre, y es al mismo tiempo un país que da mucho oro, que vive en la prosperidad. «Vart land aer fattigt» es una muletilla que se emplea contra todos los abusos y excesos: contra el lujo, contra el alcoholismo, contra los vanidosos y petulantes que pretenden imprimir a la nación nuevos rumbos, o vivir, como aquí dicen, «una vida de grande de España». Y a fuerza de repetir que el país es pobre, logran encauzar todas sus energías del modo más aprovechado y útil. Quien vive con más desahogo no es el que tiene más, sino el que administra bien lo mucho o poco que tiene. Este es el caso de Finlandia.

Desde el primer día que puse los pies en este país, comencé a leer periódicos, por supuesto sin entender lo que leía, sólo para irme acostumbrando. Y lo primero que me llamó la atención fué una lista de anuncios que empezaban todos con las pa-

labras: «Fran 1:sta Juni» (desde 1.° de Junio). Me figuré que en esta fecha debía ocurrir algo muy gordo: celebrarse acaso una fiesta nacional como la del 2 de Mayo en España, o la del 14 de Julio en Francia. — Tuve necesidad de consultar una ley recién sancionada, y vi que entraba en vigor el 1.° de Junio; pensé buscar casa, y me dijeron que sería para instalarme en ella el 1.° de Junio, que para antes con dificultad la encontraría, y estábamos en Febrero. En resumidas cuentas: los anuncios eran de alquiler, y lo único que significaban era que aquí se toman las casas por años, de Junio a Junio, y que el día primero se verifica el cambio simultáneo de domicilios, la contradanza general de trastos finlandeses.

Me acordé en el acto de la viuda de Reluz. Esta viuda (por si alguien no la conoce, haré su presentación en regla) es una figura novelesca creada por Pérez Galdós, o mejor dicho, descrita, puesto que la personalidad existe, y no sólo existe, sino que continúa mudándose de casa todos los meses, arrastrando su vida de caracol, con los muebles perpetuamente a cuestas. Ese tipo nómada civilizado lo pasaría aquí muy mal, porque estas sabias costumbres no permiten a nadie bromear con los trastos de alquiler. El que no está a gusto en una casa no se ha de morir por aguantarse unos cuantos meses: en Enero la despide y busca otra; y desde que firma el contrato hasta el día 1.° de Junio puede decir, sin que lo desmientan, que tiene dos casas: una que habi-

ta y que no le gusta, y otra que le gusta y que no habita.

El constructor finlandés es tardío, pero cierto: construye para sacar rentas. Aquí no gustan de ver casas vacías, porque esas casas son un capital perdido. En su novela o estudio *Rome*, habla Zola del fracaso de los «ensanchadores» de Roma; de los que creyeron que Roma, capital de la Italia unida, iba a convertirse en un coloso, y edificaron a destajo casas que están aguardando aún la llegada de los inquilinos. Zola ve en estos modernos albañiles a los legítimos herederos del espíritu originario de Roma, el pueblo fundador y constructor por excelencia. Allá él se las avenga con su opinión. Yo me contento con asegurar que en todas partes hay «constructores de casas vacías», excepto aquí, donde se posee un finísimo olfato económico. Si en España hiciéramos un balance de las casas que tenemos desalquiladas y del capital amortizado que representan, sacaríamos quizás millones bastantes para recoger toda la deuda exterior y para que se quedaran dentro de casa los intereses que van al extranjero.

A mí me daba que pensar esa circunstancia de mudarse todo el mundo a la vez: me figuraba algo semejante a una movilización en caso de guerra. Sin embargo, el problema queda resuelto con gran suavidad: no ocurre nada ni se entera uno de nada. La fecha de 1.° de Junio está muy bien elegida: es la divisoria entre las dos grandes estaciones del año: el invierno y el verano. La primavera y el

otoño existen, pero sin carácter. El verano dura de Junio a Septiembre, en que empieza el otoño y con él los primeros avances del invierno; y éste no se despide hasta que los mares se deshielan, a fines de Abril o comienzos de Mayo. En Junio, pues, se abre la vida veraniega y muchas familias se van al campo a sacar todo el jugo posible a la bella estación; los estudiantes levantan el vuelo; las playas se pueblan de anfibios, y las ciudades se quedan medio desiertas. Cuando se reanuda la vida regular, cada familia aparece en su nueva casa. El 1.° de Diciembre, entrada oficial del invierno, hay también una pequeña contradanza en la que se busca el acomodo definitivo.

No faltarán censores graves que critiquen el sistema finlandés y se declaren en contra de tan extremada tacañería arquitectural. Estando las casas tasadas, temerán que si la población crece de repente haya quien se quede en la calle, y lo que es más sensible aún, que los propietarios se aprovechen de la ocasión y pongan los alquileres por las nubes. Así pensaba yo también, y después he tenido que rectificar. El alquiler es aquí un tanto por ciento del capital empleado, una cantidad fija y prefijada, que no admite discusión ni regateo. Cuando faltan casas, no se aumenta el alquiler de las que existen, sino que se construyen casas nuevas. El alquiler es muy elevado; la construcción de casas es un buen negocio, y, sin embargo, no se construye más que lo preciso. Esta parsimonia es sin duda engendrada por el sutil instinto económico

mico de que antes hablé, el cual se muestra en formas varias inagotables.

He notado al hacer los pagos corrientes, que ni una vez he recibido de vuelta 50 p:i en calderilla ni 5 fms. en plata.

Fms. son markkas o marcos finlandeses, equivalentes a pesetas, y p:i, penni, céntimos.

El céntimo es útil hasta 4; para 5, 10, 15 ó 20, hay monedas de cobre de 5 y 10 céntimos; para 25 y 50, monedas de plata; de un marco a 4, monedas de plata de 1 ó 2 marcos, y de 5 en adelante, billetes de 5, 10, 20, 50, etc. Estos billetes son pagaderos en oro, pero son preferidos al metal. El oro está en los Bancos: apenas circula.

Salvo en un caso excepcional, cada moneda tiene su uso marcado por su valor. El marco tiene uso entre 1 y 4; al llegar a 5, no tiene ya nada que hacer, puesto que cuesta el billete de 5. Si yo pagara aquí 100 marcos con plata, me mirarían con extrañeza; si diera un duro en calderilla, me echarían a la calle, y si sacara una peseta en «chavillos», me encerrarían en el manicomio. No comprenderían, no comprenden que haya quien se complazca en dificultar una cosa tan indispensable y corriente como el empleo de la moneda. La fraccionaria debe sólo servir para los pagos menudos, no invadir ni ensuciar los bolsillos de los míseros mortales; suprimen hasta el duro por demasiado grande, y lo sustituyen con el billete de 5 marcos, merced al cual la circulación fiduciaria anula casi por completo la de moneda metálica.

Por si estas simplificaciones no fueran bastantes, se acude a otra mayor: por no tener el dinero ni en billetes, se les transforma en una libreta de ahorros, o en un talonario de cuentas corrientes, o en algo por el estilo; combinaciones no faltan, porque aparte del Banco oficial, que tiene el privilegio de emisión, hay numerosos Bancos que se ingenian por recoger los ahorros del público y sacarles la utilidad. Hay quien tiene en el Banco, no ya los ahorros, sino hasta el dinero dedicado a los gastos del día, y quien paga con un cheque cuentas de 10 ó 12 marcos. Una cuenta corriente es en España para los pobres algo incomprensible; aquí tiene cuenta corriente cualquier pelagatos. Y la razón de la diferencia es que aquí dan de interés el 2 por 100, mientras en España no dan nada y aun ponen algunas cortapisas.

Un empleado cobra su sueldo, y en vez de llevarlo a su casa lo deja en un Banco; después va pagando con cheques, y a fin de mes no tiene nada en el haber; repite la operación doce veces, y al terminar el año se encuentra con que el Banco, después de guardarle los fondos y pagarle las cosas más menudas, le da de intereses 15 ó 20 pesetas, por ejemplo: ya hay para comprarse un par de botas, o un gorro, o una camisa. El atractivo es pequeño; pero basta para domar a los espíritus más medrosos y obligarles a soltar el trapillo. Los Bancos no ganan ciertamente sumas fabulosas con tan estrujados y alambicados procedimientos; pero aunque no ganen, cubren los gastos y dan de co-

mer a un numeroso personal en que las señoritas tienen numerosa y selecta representación.

Y el resultado final de estos refinamientos es que no haya un céntimo en estado de reposo; que la poca o mucha riqueza del país esté siempre en manos hábiles que sepan extraerle el jugo.

En Finlandia podemos registrar arcas y armarios con la seguridad de no hallar ningún «rincón»: se ignora lo que es una «talega«, y a nadie se le ocurre utilizar las medias y calcetines para poner a buen recaudo sus caudales.

XV

Reconocimiento de una casa finlandesa desde los cimientos hasta el tejado.

La arquitectura finlandesa ofrece todas las gradaciones de la gama arquitectónica: desde el palacio suntuoso hasta la cabaña miserable, donde se alberga el lapón nómada, acompañado de sus amigos inseparables, los renos. Hay, sin embargo, una construcción típica: la casa de madera o *traehus*, que es la más barata, la más caliente, la que exige menos tiempo para su edificación... y la que arde con más facilidad. En Finlandia hay incendios históricos, en los que una ciudad entera ha desaparecido como por ensalmo. Para evitar esta terrible contingencia, se han impuesto restricciones prudentes: que las casas estén a distancia las unas de las otras, o que no tengan más que un cuerpo de alzada; pero en las ciudades grandes, en que el terreno cuesta caro, el espíritu mercantil ha saltado por encima de las tradiciones e implantado la casa de pisos. Helsingfors, por ejemplo, es una ciudad sin carácter: sólo tiene un barrio llamado

«Brunnsparken», donde se puede vivir racionalmente, según lo exige la naturaleza del país. El «Brunnsparken» es un grupo de casas diseminadas, sin orden, en un bosque junto al mar. Aquí es donde yo vivo: el bosque, aunque está muerto, me recuerda la Alhambra; el mar helado me hace pensar en nuestra Vega; mi balcón, que da al mar, viene a ser el balcón del Paraíso. Después de nuestros cármenes no hay nada que me guste tanto en Europa como estas quintas o «villor» de Finlandia.

Las casas a la antigua tienen patio o «gard», que no es un patio interior, sino un zaguán abierto, al que dan las puertas de las diferentes habitaciones, como en las casas de vecinos; otras veces las casas están aisladas dentro de una cerca y rodeadas por un jardín o «traegard»; sólo las casas de pisos se ven privadas de estos desahogos; el patio o corral se ha transformado — no se crea que en portería, como en España: aquí estrujan más el limón — en no muy amplia «ante-escalera», donde, en un cuadro muy curioso, están estampados los nombres de los inquilinos juntamente con el número de «trappor upp», o «escaleras arriba», que hay que ascender para visitarlos.

Para construir una casa de madera (pues de las de piedra o ladrillo no hay que hablar), se saca un cimiento de material hasta un metro y medio de altura; sobre el cimiento se coloca un marco de madera, bien ajustado, con travesaños: este marco representa el plano del edificio en sección horizon-

tal; después no hay más que subir, clavando tabicones sobre tabicones y retapando las rendijas con estopa. La armazón del tejado lleva siempre una cubierta metálica. Apenas construído el armatoste de madera y empapelado interiormente, se puede habitar en él; pero aún no está la casa terminada: se deja pasar un año para que la madera se enjugue y se asiente, y después se la forra por fuera con una tela impermeable o fieltro (filt) y con una tablazón pulimentada y a veces artística; se pinta la fachada, se repasa el empapelado interior y la casa queda concluída, perfecta.

Estos detalles que doy aquí, y otros que daré, no son inútiles, porque nosotros tenemos una Sierra donde en invierno se podría vivir como en Finlandia y disfrutar de lo bueno y de lo malo que dan de sí los climas glaciales. Mi buen amigo Diego Marín ha tenido la idea de crear en Sierra Nevada una «Suiza Andaluza»: la idea es feliz; pero si los edificios que se construyan son puramente veraniegos, tendrán una aplicación tan fugaz, que acaso no rindan lo bastante para sostener el entusiasmo del capital, que es de suyo muy propenso a desalentarse. La construcción a estilo finlandés nos resolvería de plano el problema, pues por su doble uso nos permitiría tener durante el invierno una «Finlandia Andaluza» en nuestra Sierra incomparable e inagotable, y nos convertiría en una especie de compendio del globo terráqueo. He aquí un cosmopolitismo que a mí me gusta más

que el vacío y declamatorio de los «dilettantis» del derecho internacional.

Lo primero que choca al entrar en una casa de aquí, es que las puertas no tienen cerrojos, ni candados, ni a veces cerradura. Mi puerta tiene un sencillo picaporte, y muchas noches queda entornada. El respeto a la propiedad ajena está profundamente arraigado. Se dirá que no teniendo nadie dinero en casa, no hay peligro de que se lo lleven los ladrones: esto es cierto; pero también lo es que cuando se quiere robar, se roba lo primero que cae a mano.

Con sólo franquear la puerta de entrada, se puede hacer un buen agosto desvalijando el «tambur» o recibimiento, donde se deja toda la ropa de abrigo y los chanclos, sombreros, paraguas, etc., es decir, cuanto constituye la segunda vestimenta que hay que echarse encima para salir a la calle. Si se hacen diez visitas en un día, diez veces hay que repetir la operación de quitarse y ponerse todos los accesorios, en la que a veces se va más tiempo que en la visita misma. En los edificios públicos, cuando hay aglomeración de gente, un tambur o vestuario es un pandemonium. En algunas ocasiones no hay más que soltar cada uno sus prendas donde puede, y tener confianza en que las hallará al salir.

Cuando hay mozos encargados de este servicio, tienen tal práctica, que sin necesidad de chapitas numeradas, por una asociación rápida y segura de impresiones, apenas le ven a uno aparecer en la

puerta de salida, se dirigen sin vacilar al sitio donde colocaron los objetos, recogidos a la entrada, y los presentan antes de que se los pidan. Dad a uno de estos modestísimos empleados un chanclo o gorro, y al minuto os reconstruye el ser humano a quien pertenecen, con el mismo aplomo con que Cuvier reconstruía por un hueso todo un animal.

Dejemos el tambur y sigamos adelante. Sea cual fuere la distribución de las casas, todas tienen cierta analogía en lo esencial. Las habitaciones son las más precisas, pues una habitación inútil sería un capital perdido y una boca más, a la que habría que aplacar con combustible. Tanto habitaciones como pasillos, si los hay, y por de contado el «badrum» o cuarto de baño (tan usual como la cocina o «koek», y la alcoba o «sofrum»), tienen sus estufas correspondientes, altas hasta el techo y construídas con ladrillo especial, que conserva el calor y lo suelta poco a poco. Con cuatro o seis trozos de leña, que se consumen por la mañana en breves minutos, queda la habitación templada para todo el día, cuando los fríos no son excepcionales. La temperatura es casi igual por toda una casa: por no tener habitaciones frías, las despensas suelen estar como las leñeras, en el sótano o «kaellaren». Pero a pesar de tan buen sistema de calefacción, no se conseguiría vencer el frío en toda la línea sin el auxilio de los dobles cristales en las ventanas, del algodón con que se rellenan las rendijas de los marcos de ambos cristales, y del papel engomado con que se tapan por dentro las

junturas de las ventanas, hasta incomunicar en absoluto el interior y el exterior. Sólo quedan en ejercicio unos respiraderos o ventanillos que sirven para renovar el aire cuando no hay manera de respirarlo. La impureza del aire, por cierto, es el argumento de que se sirven las mujeres para justificar la necesidad de salir cuatro o seis veces al día, aunque casi siempre sea para meterse en otros lugares tan mal ventilados como sus propias casas.

Yo entiendo que la afición a callejear proviene de la diferencia entre las temperaturas interior y exterior, la cual llega a ser hasta de 50 grados. Cuando la temperatura es igual, lo mismo da estar dentro que fuera; pero si es diferente, el deseo de cambiar obra como impulsor: cuando se está fuera, gusta meterse dentro del primer sitio que se encuentra al paso. Yo he experimentado en mí mismo esta rara particularidad, este fenómeno, que no sé en qué ramo de la ciencia deberá catalogarse.

Estos invernaderos se convierten en casas de verano en pocos minutos. Se desclavan y quitan las ventanas interiores, y se abren las que caen afuera, para disfrutar la frescura de la brisa del mar; se ponen toldos en los balcones, y mesas y sillas en los jardines para comer al aire libre bajo los árboles. Después de los banquetes, las jóvenes cantan en coro canciones impregnadas de esa alegría suave que sumerge el espíritu en meditaciones vagas, o bien se embarcan en tropel en algún barquichuelo, y remando y cantando se ale an ha-

cia los islotes desiertos de que están sembrados estos mares.

Pero no adelantemos los sucesos. Esto ocurre en el verano, allá en Junio o Julio, y ahora estamos en Febrero y vivimos encristalados y empapelados. Dichosa tierra que durante meses y meses trata a sus hijos como a plantas exóticas. Cuando se piensa en los artificios de esta vida de estufa y en algunos detalles que pecan, al contrario, por exceso de sencillez, como las camas, estrechas, duras como guijarros, se quitan las ganas de es cribir; mucho más si se posee, como yo poseo, la ineptitud descriptiva que hasta mis mejores amigos me reconocen. Por fortuna ya falta poco: conocemos el sótano y las piezas habitables; nos queda el camaranchón o «vind», que sólo sirve para tender la ropa en invierno y para guardar trastos viejos (y hasta los nuevos cuando llega el 1.º de Junio y se deja una casa sin tener otra en que instalarse), y por el «vind» subimos al tejado, «taked», donde hallamos aún algo interesante. Si subimos en día de fiesta, nos asustará el número de banderas o trapos de vivos colores que ondean sobre los tejados de la ciudad; se puede decir que aquí padecen de un delirio nuevo o no estudiado aún: el delirio banderil.

Y en cualquier día del año nos gustará ver la red telefónica, a trechos tan espesa como tela de cedazo; y más que estos alambres, nos agradará ver las bandadas de palomas que viven en la ciudad, libres y al mismo tiempo domesticadas, co-

rreteándolo todo como perros sin amo. Cualquiera puede cogerlas, pero nadie las coge: forman parte del ornato público, juntamente con sus amiguitos los gorriones.

A eso del mediodía, cuando el «Salutorget» o plaza del mercado se ve libre de su habitual y abigarrada concurrencia, en la que los pescadores se codean con los campesinos, éstos con los comerciantes de la ciudad, y todos con una clientela en que figuran todas las clases sociales, miles de palomas acuden a limpiar la plaza en competencia con los barrenderos; el resto del día corren desperdigadas por las calles, y cuando se cansan, se suben a reposar en los tejados.

No hay nadie que sea capaz de hacer daño a una paloma ni a ningún animal; y si lo hubiera, no faltaría quien lo metiera en cintura.

Hay protectoras de animales, y algunas no se contentan con protegerlos, sino que tienen con ellos atenciones delicadas; yo conozco a una señora que pone a su puerta una vasija con agua y con un letrero que dice: «Vatter foer hundar», agua para los perros. Como quiera que los perros no saben leer, me parece que el aviso estará allí para que no se beban el agua las personas.

XVI

Donde el corresponsal, auxiliado por su criada, satisface la curiosidad de una curiosa cocinera granadina.

Bien dice el refrán: unos crían la fama y otros cardan la lana. El cardador de lana soy yo, que sin darme aires de defensor del «feminismo», sin pedir instrucción para el sexo débil, he saltado por encima de las conveniencias sociales y he abierto cátedra en un periódico para tener discípulos de ambos sexos.

Yo pienso que si la montaña no viene hacia nosotros, debemos nosotros ir hacia la montaña; que en vez de ir buscando una a una para suministrarles el alimento espiritual en la misma forma que se les llena el buchecito a los pavipollos enfermos, lo que se debe de hacer es arrojar la semilla para que quien quiera la recoja.

No estoy disgustado de mi método. Hasta ahora mi mejor discípulo es precisamente un discípulo con enaguas: son muchos los que le superan en capacidad; pero él los supera a todos por el interés con que sigue el curso de mis explicaciones.

La alumna a que me refiero se me ha dado a conocer no ha mucho por medio de una carta original y graciosa, que bastaría y sobraría para indemnizarme del tiempo perdido en escribir mis lecciones, si yo no estuviera ya suficientemente indemnizado con el gusto que recibo al perder el tiempo sólo por perderlo.

Cuando recibí la carta y vi que no se había extraviado, a pesar de traer las señas muy mal puestas, me figuré que sería algún mensaje fastidioso: los mensajes de este género llegan a su destino, aunque se deje el sobre en blanco. Luego hice un ligero análisis grafológico, y saqué en limpio que la carta era de mujer: bastaba ver la D. irregular, abultada, como si estuviera en estado interesante. Y no sólo de mujer, sino de una mujer excesivamente curiosa y hábil para los trabajos de cocina. Este último rasgo no era en realidad grafológico, pues lo induje de varias manchas del sobre, que daban a entender que los avíos de escribir habían estado cerca de la alcuza y del especiero.

Abierta la carta, vi que efectivamente estaba escrita por una cocinera, lectora asidua de *El Defensor* desde que empezó la guerra de Cuba.

Aunque el interés principal de mi comunicante se concentra en las noticias y en los telegramas, para ver si en ellos aparece el nombre de un su sobrino que allá está peleando contra los rebeldes, no deja de dar un vistazo a todo el periódico, y ha llevado su buena voluntad hasta hincar el diente

a mis *Cartas*. «A decir verdad — escribe la honrada cocinera —, yo no entiendo muchas de las cosas que usted escribe. Mi ama, que es una señora muy leída, es la que me las aclara; y ayer me explicó que lo que principalmente quiere usted dar a entender es que las mujeres deben de estarse en la cocina y no mezclarse en lo que no entienden.» Y a continuación, encadenando las ideas con más lógica que un Aristóteles, quizás creyendo que yo soy una especie de Brillat-Savarin, ya que doy a la mujer como única misión la de guisar, me pide que la ponga al corriente del estado culinario de Finlandia y le envíe, si es posible, recetas de algunos guisos para contestar a su señora, de la que me dice en secreto que es una vieja tan empalagosa como sabia.

No creo necesario advertir que la susodicha vieja me ha levantado un falso testimonio. No sólo no pido yo que las mujeres se estén en la cocina, sino que, al contrario, pido que las cocineras se instruyan, y aplaudo el arranque de la que a mí me ha escrito, la cual es seguramente la primera que en España se ha gastado 15 céntimos por amor al arte culinario. La gracia hubiera sido completa si se hubiera gastado los 25 céntimos que exigía el franqueo de la carta; pero no es extraño que una pobre mujer se equivoque, cuando amigos míos abogados se equivocan también y me obligan a pagar 20 céntimos por cada carta que me escriben. Y cito el hecho, no por los 20 céntimos sino porque pone de relieve lo incomunicados y

arrinconados que vivimos en España, que la mayoría de los españoles no sabe siquiera franquear una carta para el extranjero.

Desgraciadamente no es Finlandia el país más a propósito para sacar de él elementos con que regenerar la cocina española. El admirable buen sentido de los finlandeses no ha podido contravenir el orden de la Naturaleza, según el cual aquí no se crían las cosas más indispensables para la vida, y particularmente para la vida de un español. No hay garbanzos; más aún: no se tiene idea de lo que que es un garbanzo. El aceite es artículo de lujo: una botella cuesta seis marcos. El vinagre o «aettika» es un ácido, cuyo uso exige o poco menos el manejo del cuenta-gotas. El vino, como artículo extranjero, en gran parte español, cuesta carísimo. Las frutas vienen medio verdes y son como el chocolate del ventero: caras, pero malas. Una naranja, 25 ó 30 céntimos. Tocante a legumbres, la mayor parte del año hay que vivir de conservas. En materia de condimentos, se vive en anarquía. Es un problema, por ejemplo, hallar un ajo.

Cierto día, leyendo el *Quijote*, llegué al capítulo de los segundos consejos dados por el genial hidalgo al flamante gobernador de la ínsula Barataria; y lo mismo fué leer aquello de «no comas ajos ni cebollas para que no saquen por el olor tu villanería», que sentir grandes ganas de comer ajos, o por lo menos de olerlos. Sin duda los españoles tenemos en el cuerpo el espíritu de rebeldía cuando tan espontáneamente nos insubordinamos

contra las prohibiciones más sensatas. Varios meses transcurrieron, sin embargo, sin que mi rebelión pudiese tomar cuerpo: no veía ajos por ninguna parte, ni hallaba medio de hacerme comprender. Por fin tuve la fortuna de hablar con una señora alemana, partidaria del ajo, y supe que en Finlandia este picante producto se vende en las boticas, y que tiene el mismo nombre que las cebollas, reforzado con el calificativo «blanca». La cebolla es «loek», y el ajo es «hvitloek», cebolla blanca. Dije, pues, a mi criada: —Karolina, haga usted el favor de ir a la botica y comprar «ett hvitloeksbufvud» (una cabeza de ajos). — Mi criada volvió al cabo con la preciosa adquisición. — Quince céntimos me ha costado; pero los vale — me dijo: — mire usted qué gorda es, y que además tiene tres hijuelos. —Aunque costara 15 marcos, los daría por bien empleados — contesté yo. – Esto es muy bueno para el pecho — observó mi criada... — pero no sabía que estuviera usted malo. —No es que esté malo, ni que tome eso por medicina. En España los ajos se emplean en muchos guisos excelentes, y hay también quien los come fritos y le saben a gloria. — Mi criada se me quedó mirando, boquiabierta, como asustada. Ella no sabe historia; que a saberla, tengo la seguridad de que hubiera dicho como al final de los sainetes: —Ahora lo comprendo todo. Ahora me explico por qué los españoles se pasan la vida tirándose los trastos a la cabeza.

Algún hada benéfica me inspiró sin duda el pen

samiento de nombrar auxiliar o pasante a mi criada, pues sin ésta no sé cómo me las compondría para salir del atolladero en que mi paisana me ha metido. Soy extremadamente torpe en asuntos de cocina, porque no le doy importancia al acto, para otros tan importante, de comer; me conformo con cualquier cosa y detesto los platos complicados, encubridores de secretos peligrosos. Si yo fuera gastrónomo, sufriría viendo el desorden culinario en que aquí se vive: en cuanto salen de la cocina francesa o afrancesada o universal, puesto que en todas partes priva, caen en el salvajismo gastro nómico.

Recordando el predicamento de que gozan ahí las ensaladas, he pedido una fórmula de ensalada finlandesa pura, y mi auxiliar ha hecho la siguiente combinación: ensalada de lechuga (que por cierto es más amarga que las tueras), picada muy gruesa; manteca derretida, vinagre, mostaza y azúcar en gran cantidad. Yo no me he atrevido a probar la horripilante amalgama: sería necesario forrarse antes con piel de oso el aparato digestivo. Esta cocina es demasiado fuerte para nuestros estómagos.

Lo que se adquiere a más bajo precio es la carne (koet). Hay carne de vaca desde 70 céntimos el kilo; a 90 la mejor. Una gallina, un marco o peseta. De diversos puntos de Rusia envían pollos, conservados en hielo, más duros que balas de cañón. La mantequilla del país es excelente, y la manteca de cerdo o «flott» se vende barata. La

carne de cerdo tiene gran aceptación por lo mucho que llena y calienta. El pescado es endeble y soso: el que hace el gasto popular, al modo que en España la sardina, es el «stroeming». La leche (mjolk) es quizás lo mejor del país, y cuesta a 15 ó 20 céntimos litro; la crema o «graedda» la venden separadamente para el café. El pan es también muy barato, y en todas las mesas lo hay de tres clases: de trigo, a imitación del francés o del de Viena; de centeno, muy bien elaborado, y una especie de torta obscura, delgada y dura como una piedra. Lo más caro, y a veces imposible de encontrar, son los vegetales: sólo abundan las patatas, que son muy buenas, y que se venden por litros, como las manzanas y otros artículos análogos.

Con todos estos materiales bien se podría, creo yo, hacer algo de provecho si hubiera finura en los paladares; pero las mejores intenciones quedan anuladas por el empleo exagerado de los condimentos fuertes y de las salsas inoportunas. Si Churriguera se hubiera dedicado a la cocina (con lo cual la Arquitectura no hubiera perdido gran cosa), hubiera sido un gran cocinero al uso finlandés.

La única creación original de estos guisanderos del Norte es el «smoergasbord», literalmente «mesa de cosas de manteca»; o más claro, colección de entremeses útiles para abrir el apetito y a veces también para cerrarlo. En el «smoergasbord» figuran diversos embutidos y carnes saladas, pescados en conserva, ensaladas, legumbres con varios aliños, amén de la manteca dominadora y triunfante,

cuyo papel es el auxiliar de la deglución. Una comida comienza siempre por el «smoergas»: señoras y caballeros van a la mesa consabida, y de pie picotean en todos aquellos platos, hasta que se sienten ya bien templados, acordes, para dar principio al concierto gastronómico; entonces se sientan a sus mesas respectivas, donde se les sirve la sopa y demás platos del «menú» (o minuta, para no disgustar a los buenos patriotas).

Pero no paran aquí los servicios del «smoergas»: fuera de las horas de comida, sirve como «tente en pie». En muchos lugares de reunión nocturna funciona continuamente la mesa de las chucherías, y todo el que quiere reparar sus fuerzas puede acercarse y comer lo que se le antoje, mediante un tanto fijo: tres o cuatro reales. En las casas particulares es muy útil, porque existe la costumbre de dar de comer a los que van de visita; de vez en cuando circula la bandeja con el té hirviente y los bizcochos, y cuando la hora avanza y el té no produce ya efecto, se pasa al comedor y cada cual se atraca de lo que más le gusta. En las estaciones de ferrocarril también nos encontramos la mesa mágica: llega uno, coge un plato y lo llena a su satisfacción. Hay quien mezcla una tajada de carne, un alón de pollo, compota, un pastel y pepinillos en vinagre. Todo por un marco, y sin perjuicio de reventar si vienen mal dadas; pero no haya cuidado, no revienta nadie. Cada país es heroico a su manera, y Finlandia tiene acaparado el heroísmo más provechoso: el heroísmo estomacal

La cocina finlandesa es un teatro por horas; no hay en ella ninguna obra enérgica y contundente como nuestro cocido: todo se vuelve piezas en un acto, tontas o insubstanciales, que comienzan por distraer, y concluyen por estragar el gusto y estropear el estómago de quien no está hecho a estos belenes.

XVII

Cómo se divierten los finlandeses: diversiones populares.

Todos los pueblos tienen necesidad de divertirse, y todos se divierten; pero el modo de realizar esta importante función es muy diverso. La vida material nos obliga a asimilarnos elementos materiales; y la vida espiritual nos fuerza a recoger impresiones que son buenas o malas, agradables o desagradables, según nos coge el cuerpo. Una planicie inmensa, nevada, dicen los estéticos que es un ejemplo de lo sublime estático; una tempestad de nieve será ejemplo de lo sublime dinámico. Pues bien: yo vivo en medio de lo sublime estático; y han descargado sobre mí varias sublimidades dinámicas, que me han puesto hecho una sopa, y pienso que los estéticos llevan razón donde no nieva o nieva poco; aquí se equivocan, porque el empacho de nieve quita las ganas de emocionarse, y engendra un cansancio, un aburrimiento, que no tienen nada que ver con la sublimidad. Lo mismo ocurre con lo bello, con lo gracioso, con lo ridículo, con lo cómico, con lo jocoso, con lo burlesco y

con lo humorístico. Nada de eso existe en la realidad; todo está en nosotros. En Madrid cerraba yo mi balcón para no oir los organillos, y la criada, la «chica», los oía con delectación; aquí mi criada no les hace caso: soy yo quien paga y escucha. Mis ideas sobre los organillos no han cambiado; pero han cambiado mis impresiones, y yo doy más importancia a mis impresiones que a mis ideas.

Cuando algún observador superficial, pues, venga a Finlandia y note que el pueblo no se divierte, no se lleve de ligero, pues más tarde tendría que rectificar. Este pueblo se divierte, sin duda alguna, porque tiene necesidad absoluta de hacerlo: si el observador no se entera de cómo y de cuándo esto ocurre, es porque no observa con la profundidad correspondiente. Yo fuí una vez a un baile popular, «un baile de criadas y de horteras», y contra mi costumbre, fuí con un acompañante. El baile estaba amenizado con intermedios cómicos, mimos y payasadas, los cuales me hicieron recordar las estupideces de nuestros «jugueteros» clásicos. No he olvidado aún cierto juego granadino, al que sus autores llamaban «construcción de la Giralda»: salían dos maestros de obras, embozados en sendas capas, a reconocer el terreno que dejaban libre los circunstantes sentados a la redonda en la sala (que era de las de candil en viga). Uno de los maestros, despojándose de su capa, procedía acto continuo a la medición y remedición del solar; y el «quid» del juego estaba (muchos lectores deben saberlo)

en que el medidor llevaba colgado por detrás uno de esos malaventurados recipientes, que las personas cultas han convenido en llamar vasos de noche, y esgrimiéndolo hábilmente ponía a la concurrencia en el trance más apurado del mundo, y la obligaba, por último, a despejar la habitación y a ceder gratuitamente el terreno para que los constructores pudieran extenderse a sus anchas. Algo semejante a esto en fuerza y finura espiritual fué lo que yo vi en el baile finlandés: un barbero que enjabona a sus clientes con un escobón de rama; un caballero que hace beber agua a su señora en una pileta, y mil payasadas por el estilo, sin olvidar a un orador político y satírico perteneciente a la edad de piedra del arte oratorio. Cuando este tribuno de la plebe estaba más engolfado en su peroración, mi acompañante me dijo que por él no había inconveniente para marcharnos. —Deje usted todavía un momento: esto me gusta — le contesté yo. —Yo he hecho la indicación — me replicó —, porque viendo que tenía usted las espaldas vueltas al escenario, me figuré que estaría usted aburrido. —Es porque para mí el espectáculo está en la cara de los espectadores — agregué yo —. El orador ese, ya he visto desde el comienzo que es uno de los hombres más desgraciados o sin gracia que hay en nuestro Continente; pero lo que me entusiasma es la risa inmotivada e injustificada de los concurrentes; esa facultad preciosa de reir porque les da la gana, quizás porque al comprar el billete se propusieran reir y están

decididos a reir aunque no salga nadie a la escena.

Lo que se dice de este baile entiéndase de todos los demás. En un baile de máscaras no se va a dar broma: se va a comer y a beber... con disfraz.

En Carnaval la gente se divierte mucho. ¿Cómo? A mí me dijo una señora: — No deje usted de ir hoy a la Explanada (la «Esplanadgatan» es como si dijéramos la Carrera, el paseo central de la ciudad): verá usted qué bonito está aquello. — Di una vuelta por allí y estuve atascado un buen rato mientras pasaban unas carretas a modo de cantareros, dentro de las que iban metidos muchos hombres a modo de cántaros. Pasé adelante, y no vi más; como lo que había que ver era lo que yo había visto. Aquí no se permiten máscaras por la calle, y la juventud, que es fácil de contentar, se contenta con vestirse como los demás días, a condición de que les dejen desfilar dentro de unas cuantas carretas ante los ojos atónitos de la muchedumbre, la cual es más fácil de contentar aún, pues se contenta con el tacto de codos. Debe notarse que aquí cierran los establecimientos los días festivos, y que en particular las tabernas se cierran a diario a las seis de la tarde y no se abren los días festivos o en que hay aglomeración de gente; todo esto por mandato expreso de la ley, para evitar que la gente se ponga alegre, y, sin embargo, la gente, aunque no beba, ni fume, ni coma, se alegra sólo de mirarse y de ver ondear

en calles y tejados vistosas y juguetonas banderas.

Si el Gobierno finlandés quisiera hacer felices por completo a sus gobernados, no tendría que calentarse mucho los cascos: no tendría más que dejar libre la venta de bebidas alcohólicas. Con sus restricciones tiene cortados los vuelos a estas gentes pacíficas, que no piden otra cosa que trabajar durante el día y olvidar sus penalidades durante la noche con auxilio de alguna bebida fuerte que se suba pronto a la cabeza. Con el sistema actual no hay diversión completa más que los sábados. El obrero suspende sus faenas el sábado por la tarde, y apenas cobra su jornal se dirige con la rapidez del rayo a la taberna más próxima, y antes de que la cierren ha bebido lo bastante para estar sin sentido hasta el lunes por la mañana en que ha de reanudar sus faenas. El deseo de embriagarse es tan concentrado, que si fuera posible reprimir la importación y la fabricación nacional de bebidas alcohólicas, cada ciudadano tendría en su casa un pequeño alambique para fabricar alcohol por su cuenta y riesgo. El finlandés es muy ingenioso, muy pacienzudo, y, sobre todo, muy hábil para las manipulaciones que tienen una aplicación práctica: el campesino más ignorante sabe componer un aparato para destilar alcohol, y a pesar de su respeto a la ley, sabe burlar la ley si la ley no le deja el camino expedito para satisfacer su pasión predominante.

Comparados con el deporte alcohólico, todos

los demás deportes o *sports* finlandeses pierden su importancia: sus juegos musculares, desprovistos de gracia, son ejercicios tan seriamente practicados, que pierden sus atractivos si por acaso los tienen.

Natación, regatas, ciclismo, patinación y equitación, todo esto es cultivado a modo de ampliación de la gimnasia. Mucho más poético es el baño, seguido de una sesión de masaje o sobeo científico, porque por este sistema se consigue fortalecer la musculatura sin necesidad de incomodarse: suda uno la gota gorda, es verdad; pero la suda sin moverse y con tanto gusto que a veces ocurre quedarse dormido en la operación, soñando como deben de soñar los niños de teta.

Y ya que he hablado de patinación, voy a dar a conocer en España un género de patinación nuevo y curioso, que podrá ser practicado en Granada si llega a cuajar mi proyecto de «Finlandia andaluza». La nueva patinación es muy popular en el Norte de Finlandia, y en Ulcabog, ciudad importante en lo alto del golfo de Botnia, hay todos los años carreras de velocidad que despiertan gran interés. Aquí ha llegado también la moda, y los patinadores se aprestan a cambiar los antiguos patines de hierro por los modernos de madera. Estos tienen dos, tres y hasta cuatro metros de largo, y quedan sujetos a los pies por una abrazazadera colocada hacia el centro. Figurémonos un hombre de pie, con sus dos extremidades inferiores apoyadas sobre dos largos rails móviles, como

un tren humano que va a ponerse en marcha: ya no hay más que empujar para que los rails corran sobre la nieve. Para dar impulso, lleva el hombre-locomóvil dos largos bastoncillos, cuya contera está provista de una rodaja con objeto de que no se claven demasiado en el suelo; inclínase hacia adelante, y como si fuera a remar, empuja con ambos bastoncillos a la vez o alternativamente, y corre con tan extraordinaria velocidad que se queda el espectador pensando que a la humanidad le han salido corrientes eléctricas en las patas.

XVIII

Los borrachos.

En el profundo drama de Björnstjerne Björnson, *Por encima de nuestras fuerzas*, figura un tipo extraordinario, una especie de héroe de la fe, el místico y sentimental Sang, cuya mujer, por el contrario, está poseída por el descreimiento de nuestra época; y entre las muchas ideas que surgen naturalmente de este contraste, hay una, acaso la más bella del drama, que refleja un sentimiento de generosidad y de tolerancia muy digno de imitación. «Ahora que no participas de mi fe — dice Sang a su mujer — , ahora te amo todavía más.»

Antes de leer este noble pensamiento de Björnson, tenía yo adquirida la buena costumbre, sin ser ningún Sang, de practicar constantemente la tolerancia con todo el mundo, y en particular con los que hacen lo contrario que yo. De aquí arranca mi simpatía por los borrachos: de que yo no bebo nunca, y si por raro azar bebo, bebo lo que los borrachos detestan más: agua. Los borrachos tienen muchas cosas malas; pero yo los veo por el

único lado bueno que tienen: los cojo por el asa favorable, como recomendaba Epicteto, y los considero como organismos humanos elementales, gobernados por el instinto.

En *Un enemigo del pueblo*, hay una escena tumultuosa, una reunión popular, en la que el doctor Stockmann intenta exponer las razones que aconsejan prohibir el uso de las aguas corrompidas, que, en vez de curar, matan a los que las beben. Llegado el momento de votar, todo el mundo vota en contra, excepto un borracho, que vota en pro del doctor. El borracho está puesto allí para afrentar a la democracia, que Ibsen desprecia; pero es también el instinto de la sociedad. Las personas cuerdas reflexionan así: el manantial estará infectado; pero la infección no será cosa grave cuando nos encontramos aquí reunidos, en perfecta salud; si se lo inutiliza, el pueblo va a perder una «fuente de riqueza»: Stockmann, pues, es «un enemigo del pueblo». Sustituyamos manantial por sociedad, y veremos que el razonamiento es vulgarísimo, puesto que lo empleamos a diario para justificar todos los abusos por aquello de que, al corregirlos, el remedio sería peor que la enfermedad. Los únicos que no transigen son el borracho y el hombre justo. El borracho piensa al modo que piensan los borrachos: — Si el manantial es un peligro para la salud, suprimamos el peligro; aunque nos equivoquemos, no se pierde gran cosa por suprimir un manantial de agua en el mundo. — ¿Y el hombre justo, el idealista, el Quijote?

Este coincide siempre con el borracho, porque no es más que un borracho que no bebe; un hombre que se embriaga con ideas.

El hombre ebrio es la expresión más clara que existe en la tierra del ser humano instintivo, y en éste hay que buscar la clave para descifrar al ser de razón. Existe una filosofía de la embriaguez, no estudiada aún por meticulosidades ridículas. Puesto que hay microbiólogos que se inmortalizan a fuerza de manipular en excrementos humanos, séame a mí permitido hacer algunas reflexiones sobre la embriaguez, ahora que vivo en un medio favorable. El borracho finlandés es uno de los más perfectos de Europa; es el borracho «a priori»; es decir, que sería capaz de destilarse a sí mismo para embriagarse con su propia substancia: de tal suerte juzga y considera compenetrados el hecho de existir y el de mitigar esta desventura con algún consuelo espirituoso.

Mis investigaciones sobre este tema datan de largo. El mismo día que llegué a Amberes, ya hace algunos años, salí por la noche a dar un vistazo a la ciudad, y lo primero que me llamó la atención fué ver pandillas de hombres borrachos, cogidos del brazo, cantando el himno nacional belga *La Brabançonne*, o la canción de moda en aquel entonces, que creo que era el tan celebrado, repetido y tonto *¡Tararabum de ay!* importado de Inglaterra, la nación que tiene peor oído entre todas las de la «vieja» Europa. Y todo lo que fuí viendo después venía a confirmar la idea que me sugirie-

ron los borrachos: que las cualidades del pueblo flamenco eran el espíritu de asociación y la manía musical.

Muchos domingos hacía largas excursiones por el campo. A veces oía a lo lejos, por entre la espesa y menuda llovizna que suele caer de continuo, un zumbido intenso y prolongado como el de una legión de abejorros puesta en marcha; y luego veía aparecer un grupo de peregrinos, viejos y viejas casi todos, que iban de unos a otros pueblos, en la mano el rosario y en los labios la oración. Y poco después oía un trompeteo infernal, y luego veía aparecer la banda musical de éste o aquel lugarejo, formada por la gente moza, amiga de divertirse, aunque sea a costa de los sudores que da el ir cargado con un formidable trombón. Si yo fuera amante de las antítesis, hubiera pensado, como Echegaray al comparar en su drama *Dos fanatismos* la candileja de aceite y el arco voltaico, que los devotos romeros eran la vieja fe, el pasado, y los músicos de blusa el progreso moderno, el presente y el anuncio del porvenir; pero yo soy amante de las síntesis, y se me ocurrió pensar que los unos y los otros, y los que vengan después, eran y serán siempre en diversas formas creaciones del espíritu invariable de aquel territorio.

Los países cuyo suelo es muy quebrado, parece como que ellos mismos lanzan a unos hombres contra otros. Hasta en los libros de texto se enseña a los niños que los habitantes de la montaña son más guerreros que los de la llanura. En los países

llanos, como Flandes, los hombres están como las espigas en una haza de trigo: puestos pacíficamente y predispuestos para vivir en pacífica asociación. Además, el suelo está al nivel del mar, o más bajo aún, y la presión atmosférica es enorme: hay necesidad de poner los pulmones en ejercicio. ¿Cómo? Esto es lo único que depende de la evolución: aquél rezaba mirando al cielo, éste sopla en la embocadura de un cornetín, el que venga después quizás prefiera dar rebuznidos. Pero lo esencial será siempre desahogarse. Y si se cree que mi teoría es caprichosa, que se me explique por qué en un pueblo tan amante de la música todo el mundo da la preferencia a los instrumentos de viento.

En Finlandia hay también pasión por la música, y mayor aún por el canto. El orfeón o «sangfoerening» se multiplica como la langosta: las fiestas públicas más celebradas en el país son los certámenes corales; la figura más grande que ha concebido el numen popular finlandés, Waeinaemoeinen, es un viejo célibe, cuya ocupación predilecta consiste en cantar acompañándose con el kantele. Y, sin embargo, lo que hay más profundo en el espíritu finlandés no es el amor al canto ni a ninguna de las bellas artes; lo que hay nos lo va a decir el borracho. Para esto, naturalmente, hay que elegir el tipo más general, el que se ofrece a los ojos del público como resumen de las aspiraciones instintivas de la colectividad; y ese tipo es el del obrero borracho, que compra una tagarnina, monta en un cochecillo descubierto y va por los lugares más vi-

sibles luciendo su importante personalidad. No va a ver, pues cuando toma el coche carece ya hasta de fuerza para abrir los ojos, ni tampoco a que lo vean, pues esto supondría un descaro que no se compagina bien con el respeto que aquí se tiene a las buenas costumbres. La idea del borracho es llegar pronto a su casa y llegar como llegan las «personas decentes», o sea las que usan carruaje a diario.

Debe notarse que aquí el cochero o «iswochyic» (una de las contadas palabras rusas usadas en sueco) suele dispararse a correr sin preguntar a dónde debe ir: yo he hecho dos veces la prueba, y he estado horas y horas paseando por donde al «iswochyic» le daba la gana, hasta que me he cansado y le he dicho que pare. Ocurre, pues, que, con el traqueteo, el borracho se duerme a los pocos pasos, y que a veces se cae del trineo o se queda atasajado en él con la cabeza arrastrando por la nieve, mientras el conductor sigue impávido su carrera sin mirar atrás, hasta que le saca de su «apoteosis» algún alma caritativa, si por casualidad se encuentra alguna de estas almas al paso. Pero aun con la cabeza rota, el borracho llegaría a su casa muy contento, porque había satisfecho una exigencia de su instinto: la de aparecer exteriormente, aunque sea por breves instantes, como un hombre que goza de las comodidades de la vida. El finlandés piensa antes que en nada en vivir bien, en comer, beber y arder, y en molestarse lo menos posible; ama todas las manifestaciones del arte;

pero la manifestación del arte está siempre pared por medio con un restaurant; y al ver la frecuencia con que se va de uno a otro departamento, dan ganas de pensar que aquellos fieles han ido a adorar el santo por la peana.

Será curioso trazar un mapa-mundi de la embriaguez, uniendo con líneas ondulantes los puntos del globo iguales en intensidad alcohólica; tendríamos acaso líneas muy semejantes a las isotérmicas, porque a primera vista se nota que el alcoholismo va aumentando conforme va descendiendo la temperatura; y sería más curioso aún estudiar las formas exteriores con que se muestra la borrachera humana para conocer el carácter de los diversos territorios. El Norte nos daría el borracho constitucional (y no se crea que me refiero a ninguna constitución: hablo del temperamento), intensivo, metódico y práctico: Inglaterra, el borracho más resistente y el que da menos chispas; un borracho subjetivo, que bebe hasta caer desplomado, como un cuerpo sometido a las leyes del inglés Newton; Alemania, el borracho humorístico y pedagógico. Yo recuerdo haber estado cierta vez en una reunión de alemanes jóvenes, y uno de ellos que bebió más de la cuenta, se subió en un tonel y nos explicó una tesis doctoral sobre la «Influencia de Agamenón en el desarrollo de la lingüística comparada».

El borracho de los Países Bajos (de todas las provincias antiguas, no sólo las de Holanda de hoy), ya se sabe que es corporativo y filarmónico;

pero tiene además una cualidad curiosa: es el que aguanta menos la orina. Y en prueba de que la observación no es baladí, citaré en mi apoyo al prodigioso Teniers, en muchos de cuyos cuadros hay en segundo término un hombre inclinado contra una pared o vuelto de espaldas al espectador en actitud manifiesta de hacer aguas. Teniers era el más realista y el mejor observador entre los pintores flamencos; tan genial, desde cierto punto de vista, como el mismo Rubens, y ese rasgo personalísimo de sus cuadros no es caprichoso, pues por él nos ha legado una «Fisiología del borracho flamenco», así como Velázquez nos dejó en su cuadro famoso una «Psicología del borracho humano». El hecho es innegable, y nada perderían los médicos con meditar sobre él. Yo entiendo que esa incontinencia de orina no procede sólo del uso de la cerveza, sino que anda por medio la presión del aire y acaso también la afición a la música.

Continuando el viaje hacia el Sur, nos encontraríamos en Francia con el borracho patriótico, y en España e Italia con los peleístas, con los de la navaja; y en el continente negro no sé lo que ocurriría si el Korán no tuviera a sus devotos un tanto metidos en cintura. Bien dijo el que dijo que no hay libro que no tenga algo bueno. La parte negativa o prohibitiva del Korán es en general excelente, como lo son casi todas las prohibiciones, por lo mismo que casi todo lo que los hombres hacemos son puros disparates. Aunque duela confesarlo, para registrar nuevos estragos del alcohol, hay que

volver las espaldas al Islam y echar una ojeada sobre los centros de colonización establecidos en Africa por los civilizadores europeos.

Del estudio de la embriaguez se deducen muchas verdades útiles para todas las ciencias; pero yo sólo voy a sacar esta conclusión consoladora: todos los borrachos del mundo tienen un rasgo común: todos marchan haciendo eses; aun éstos de Finlandia, que usan carruaje, van dentro de él dando unos vaivenes, que si no son eses perfectas, poco les falta; y en esa particularidad veo yo una expresión de la filosofía de la Historia, puesto que también la humanidad camina, ya torciéndose hacia un lado, ya hacia el otro, siempre en dirección de algo desconocido, que debe de ser su casa, a la que llegará, no hay que dudar, como llegan los borrachos, aunque sea tarde y con la cabeza vendada.

XIX

Cómo se divierten los finlandeses: espectáculos teatrales.

Si se reúnen varios hombres de talento y de chispa, no tienen más que soltar la lengua para matar alegremente el tiempo; si se reúnen varias personas graves y sin gracia, necesitan para divertirse organizar algo. Hay precisión de divertirse, y cuando no surge espontáneamente la diversión, nuestra voluntad suple la falta con regocijos artificiales. Por esto, los pueblos que no tienen habilidad o humor para distraerse de un modo natural, son los que disfrutan de mejores y más variados espectáculos teatrales; y el de Finlandia, por un contraste muy marcado, merced a la organización, siendo uno de los pueblos más tristes, se convierte en uno de los más alegres o divertidos del mundo.

Una población como ésta de Helsingfors, que en España tendría a lo sumo un par de teatros, mantiene en constante y próspero ejercicio diez o doce, que cultivan todos los géneros de distracción conocidos en Europa y América, y algunos de

propia invención. Hay teatro sueco, donde se representan obras de autores suecos o sueco-finlandeses, y traducciones de las de todos los teatros europeos. Figura á la cabeza Ibsen; después Alemania con Hauptmann y Sudermann; luego Francia con Dumas, Inglaterra con Pinero, y España con Echegaray. Yo he asistido a una representación de *Mariana*, que me hizo pasar un mal rato. A excepción del actor sueco Svennberg, que interpretó bien el papel de Montoya, los demás eran tipos graciosos por lo discordantes: D. Pablo, un inglés; D. Cástulo, un alguacil del tiempo de Quevedo; las señoras no habían tenido fuerzas para llegar a España, y se habían quedado en el camino, en cualquier parte.

Hay teatro finlandés, frecuentado por una sociedad que parece imposible que viva mezclada con la que asiste al teatro sueco: tan diferentes son los tipos, los trajes y hasta el aire que se respira. El teatro finlandés tiene escaso repertorio de obras originales, porque es de creación reciente: da traducciones de Shakespeare en primer término, y traducciones de obras suecas o alemanas. El *John Gabriel Borkman*, de Ibsen, se estrenó la misma noche en ambos teatros. También rinde culto al teatro de moda, y no hace mucho dió *Erotaan pois*, o sea *Divorçons*, de Sardou y Najac.

Viene luego el teatro Alejandro con obras rusas, suecas y espectáculos diversos. Este año ha actuado una compañía de ópera italiana con un extenso repertorio. La «Universitetets solemnitetssal»

da con frecuencia grandes conciertos; la «Studenthus» fiestas variadas, y «Brandkorshuset» conciertos populares y bailes; hay circo ecuestre, a donde acude el pueblo a ver luchar los atletas, y numerosos teatros de corporaciones; y por si no bastara, los principales hoteles de la ciudad disponen de grandes salas de espectáculos, donde se realiza simultáneamente la doble operación de divertirse y de comer a dos carrillos. La distracción nocturna es aceptada como un ejercicio higiénico, indispensable. De sobremesa, la familia acuerda el plan de campaña, arreglándose de modo que cada cual eche por su lado para disfrutar de mayor libertad de movimientos: el padre va al club, la madre al teatro sueco, la hija a la ópera y el hijo a un sitio donde haya «Varieté», es decir, canto y baile picantes al modo del «café-concert» francés. Así se distribuye equitativamente el dinero, y se satisfacen armónicamente todos los gustos.

Todos los espectáculos mencionados son poco más o menos como en todas partes, por lo mismo que son de puro artificio; la única forma un tanto original y que merece ser conocida es el *Allegri-Lotteri*, que se da casi siempre como «función de auxilio» por corporaciones que se hallan mal de fondos. Un *Allegri-Lotteri* es una rifa combinada con todas las artes y ciencias, y hasta con cosas que no son ciencia ni arte. Cuando el *Allegri-Lotteri* llega a su máximo desarrollo, se transforman en *Fest*, cuyo anuncio coge dos o tres colum-

nas de periódico, puesto que es una serie de espectáculos combinados que duran dos o tres días. Lo más característico de estas fiestas son los cuadros vivos, utilizados aquí con excelente sentido práctico como medio de vulgarización artística. Las conferencias, intermedios musicales y dramáticos, bailes y rifas, no tienen tanta originalidad.

Los cuadros vivos son representados por las personas más distinguidas de la sociedad, sirviendo para cada paso las que por su tipo son más a propósito. Cuando una señorita figura en los cuadros con demasiada frecuencia, hay quien dice que es que desea casarse pronto; pero aparte algunas ligeras murmuraciones, en general se aplaude como acto meritorio el de prestarse a figurar desinteresadamente, por amor al arte, en los cuadros o «tablaer».

Nosotros consideramos estos cuadros vivos como algo infantil digno de hacer juego con los castillos de fuegos artificiales; sin embargo, todo depende de la manera de entender y hacer las cosas. Supongamos que se organiza una fiesta, en la que una persona inteligente da una conferencia acerca de Wagner y sus obras, y que después en diversos cuadros se representan escenas de *Tannhauser*, de *Lohengrin* o de *Parsifal*. Con esto, y con algunos números musicales, se habrá dado una anticipación de un arte nuevo y grandioso, del que se suele hablar mucho, y del que la generalidad no tiene la menor idea. Hay espectáculos caros, que no están al alcance de las poblaciones pe-

queñas, y de los que se puede tener a poco coste una idea plástica por medio de los cuadros vivos.

Además, no se trata sólo de obras representables; hay obras dramáticas irrepresentables, que podrían ser popularizadas por este procedimiento. Acaso la obra más real, más vigorosa del teatro español, sea una obra no representada nunca: *La Celestina* o *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. ¿No es injusto que esta obra admirable, por no ser teatral, se haya convertido en «tragedia de gabinete», conocida sólo de las personas cultas, siendo, como son, sus tipos merecedores de vivir en la imaginación popular con mejor título que muchas de nuestro teatro clásico? Esta injusticia se podría reparar en parte reproduciendo en cuadros diversos las principales escenas del drama. Como los personajes no hablarían, no habría peligro de escuchar ninguna de las crudezas de la desenfadada creación del estudiante Fernando de Rojas. A este tenor, sería fácil ofrecer ejemplos en que los cuadros vivos tendrían aplicación eficaz, ya como obras artísticas en sí, ya como avanzada o vanguardia de notables representaciones artísticas.

Aunque hablo aquí de los teatros como centros de diversión, voy a terminar esta carta diciendo algo sobre la escasísima producción dramática de Finlandia. En medio de la desenfrenada vida teatral, de que he dado un apunte sumario, la dramática finlandesa se halla como anegada y sin lograr ponerse a flote. En todos los asuntos impera un cosmopolitismo desenfrenado, y en los teatrales

más aún, porque se va sólo al «affaer», al negocio. Aquí todo es negocio: negocio de teatro, negocio de vinos, negocio de hoteles, negocio de zapatos. Quien dispone de capital está al acecho, y lo mismo toma un negocio de teatros que un negocio de comestibles. No obstante, se protege mucho a los autores del país, y el que logra distinguirse mucho, es objeto de veneración; el aniversario de su natalicio es día festivo, teatralmente hablando: hay iluminaciones y colgaduras y representación de gala; algo por el estilo de lo que en España ocurre con *Don Juan Tenorio*, o en Granada el día de la Toma; sólo que aquí el entusiasmo es todavía mayor. El Runebergsdag, o *Día de Runeberg,* es día tan festejado como el del Corpus en España.

Hay dos grupos de autores dramáticos, como hay dos teatros, dos lenguas de uso general y dos formas de vida diferentes. Los que escriben en sueco podrían figurar sin gran dificultad en el teatro sueco, aunque los asuntos de sus obras sean tomados generalmente de la vida o de la historia finlandesas: no ofrecen ningún rasgo original que los haga dignos de ser conocidos o imitados fuera de su país. Los más notables han escrito para el teatro de una manera secundaria. Runeberg, autor de *Kan ej* (*No puedo*), y *Kungarne pa Salamis* (*Los reyes en Salamis*), es el primer poeta de Finlandia. Zacarías Topelius, fecundo novelista, ha compuesto, entre otras obras dramáticas, *Regina von Emmeritz* y *Efter femtio ar* (*Cincuenta años después*). Wecksell, notable poeta lírico, ha dejado en su

drama *Daniel Hjort* la obra más saliente del teatro sueco-finlandés.

El teatro finlandés no ha tenido aún tiempo para adquirir desarrollo. Aparte pequeños ensayos, como la *Ruunulinna*, de Logervall (arreglo de *Macbeth*), o la comedia de Hannikainen, *Silmaenkaeaentaejae* (puesta aquí sólo como trabalenguas), el primer autor dramático en lengua finlandesa es Alexis Kivi, que murió loco en 1872, y que entre varias producciones, alguna tan notable como *Nummissuntarit*, dejó una tragedia un tanto melodramática, pero de grandiosa concepción, *Kullervo*, con la cual el teatro finlandés buscó su natural asunto, el de la poesía épica popular, de la que está sacado el asunto.de *Kullervo*, protagonista de un trágico episodio del *Kalevala*. Los que sucedieron a Kivi, entre los que figuran Erkko, Minna Canth, Numers, se inspiraron, ya en la tradición épica, ya en la vida popular, sin haber dado aún obras magistrales que coloquen el teatro finlandés a la altura de un teatro nuevo, original, en Europa.

El teatro finlandés tiene mala estrella: sus dos autores más grandes, Kivi entre los finlandeses, y Wecksell entre los suecos, han concluído por volverse locos; así es que los que han venido detrás han entrado en tierra de miedo y no quieren pasar de medianos.

XX

La poesía épica popular finlandesa: el «Kalevala».

Lo más bello y característico de la literatura finlandesa aparece en los tiempos heroicos anteriores a la Era cristiana. El pueblo finlandés muestra su genio poético en creaciones admirables; luego, como quien ha dicho de una vez cuanto tenía que decir, enmudece y se esfuerza sólo para conservar por tradición estas creaciones primitivas. Un espíritu escéptico creería acaso que la poesía popular finlandesa no ha sido una creación original, sino una adaptación; que un pueblo capaz de vivir siglos y siglos en silencio, no ha podido tener un arranque de locuacidad tan fecunda como la revelada en el comienzo de su historia. Esta historia, sin embargo, explica en parte la anomalía. Un pueblo sometido a dominaciones extrañas no puede desenvolverse con libertad. La cultura sueca trasplantada a Finlandia ahogó en flor la cultura indígena, y el partido más prudente que pudo tomarse fué quizás el que los finlandeses tomaron: el de conservar intacta y escondida su tra-

dición poética para que no se mezclara y se corrompiera. Un hecho significativo es que la reaparición de la literatura finlandesa tradicional, y como consecuencia el renacimiento literario de Finlandia, sigan de cerca el término de la dominación material o política de Suecia.

La literatura primitiva de Finlandia comprende géneros muy diversos; las composiciones de carácter lírico forman una gran colección titulada *Kanteletar:* son canciones cortas sobre toda clase de asuntos, propias para ser cantadas con acompañamiento del «kantele», instrumento de cuerda, de forma original, inventado por el sabio héroe Waeinaemoeinen; los «Loitsurunot» son canciones relativas a la magia, que para los finlandeses primitivos era un saber muy elevado, una especie de filosofía natural, cuyo objeto era el conocimiento de las «palabras de origen» o términos mágicos, con los que se creía poder dominar las fuerzas naturales. Pero en ninguna de estas creaciones poéticas, ni en las leyendas o cuentos fantásticos que asimismo abundan, pudo tomar gran vuelo el espíritu finlandés, rudo y enérgico, obligado a vivir en lucha constante contra un clima inhumano; su obra capital, por no decir única, fué el relato poético de estos combates: el *Kalevala.*

El asunto principal de estos primitivos cantos épicos era la lucha entre dos regiones del país: una, al Sur, Kalevala, era como la representación de Suomi o Finlandia; otra, al Norte, en Laponia, era el reino de las tinieblas, el territorio de Pohja

o Pohjola; y todos los combates tenían un motivo céntrico, giraban alrededor del molino de Sampo, que era un símbolo de la dicha humana, y que, aun después de desvanecerse en el mar, continúa dando días de felicidad a Finlandia. Ligados a este argumento había numerosos cantos episódicos, como el de la creación del mundo, el de Joukahainen, el de Aino, el de Kullervo, etc.

Tan interesante epopeya quedó en su forma fragmentaria primitiva hasta hace cosa de medio siglo; y la gloria de haberla resucitado y dado a luz corresponde a un modestísimo mancebo de botica, después médico de pueblo, Elías Loennrot, quien después de varios ensayos parciales publicó en 1835 su primera edición del *Kalevala* y en 1849 una segunda más completa, que fué traducida al sueco por Castren y después por Collan. Aunque es probable que este último texto sufra aún modificaciones y sea completado en unos puntos y purgado en otros de ciertas interpolaciones que no tienen carácter épico, tal como hoy existe da perfecta idea del mérito de una epopeya que, sin esfuerzo, puede ser colocada entre las mejores. Ya que mi falta de paciencia para los trabajos de traducción no me permita dar a conocer íntegra esta obra admirable (cuya versión exigiría un año o dos de trabajo asiduo), daré al menos un breve extracto de ella para contribuir por mi parte a que España sea de las primeras naciones que tengan idea de tan notable monumento literario.

Comienza el *Kalevala* nada menos que por la

creación del mundo, la cual es explicada mediante un esbozo o embrión de teogonía, que participa a la vez de la mitología aria y del panteísmo brahmánico. En un principio el universo estaba poblado de divinidades: el más grande entre los dioses era Ukko, especie de Júpiter, y la primera de las diosas Akka, muy semejante a Ceres. No existía la tierra; pero sí el agua, el mar. Una de las diosas, llamada Ilmatar, hija del Aire azul, símbolo de la pureza y de la luz, desciende del cielo y se hunde en el mar, donde vive largo tiempo sola, hasta que, ansiosa de volver a su antigua morada, pide auxilio a Ukko, el cual le envía un pájaro, que, no hallando dónde posarse, hubiera volado eternamente sobre la superficie de las aguas si la piadosa doncella Ilmatar no hubiera tenido la idea de sacar las rodillas y ofrecer en ellas un descansadero al celestial peregrino. El pájaro no fué desagradecido, pues puso en el acto siete huevos: seis de oro y uno de hierro. A los tres días sintió Ilmatar en la rodilla un calor como si se la quemaran: hizo un movimiento y dejó caer en el mar los huevos, de los que salió toda la creación.

Apenas creado el mundo, aparece en él un hijo de la misma doncella Ilmatar, llamado Waeinaemoeinen, quien notando que la creación está aún incompleta, se consagra a perfeccionarla con ayuda de Pellervoinen, que viene a ser como un símbolo del Trabajo, y bajo la protección de su madre y de los dioses Ukko y Akka: de esta suerte llega a tener la tierra cuanto hace falta para la

vida de la especie humana, y Waeinaemoeinen puede dedicarse al canto, su afición favorita, con la que entretiene sus ocios y mata sus tristezas de viejo solterón.

Cuando comienza la acción, el héroe principal de ella, Waeinaemoeinen, es un anciano venerable de abundosa barba blanca, respetado de todo el mundo por su sabiduría y por sus talentos de cantor. Otro cantor joven, llamado Joukahainen, acude a Kalevala y pretende ponerle a prueba. Waeinaemoeinen le invita a que dé muestras del saber de que tanto se envanece, y Joukahainen, lleno de petulancia, no se hace rogar; sus conocimientos son variadísimos: sabe que el respiradero de las casas está en el tejado, y la lumbre en el hogar; que los lapones tienen renos; que Imatra es la catarata más grande del país; que la serpiente no tiene patas, y otras mil cosas tan interesantes como éstas; sin embargo, entre sus infantiles alardes de sabiduría hay algún concepto profundo: Joukahainen sabe que el mejor remedio contra las enfermedades es el agua, y que el primero y el más grande entre todos los médicos es el Creador. El viejo y sabio Waeinaemoeinen se burla del joven cantor, y éste, encendiéndosele la sangre, le desafía con palabras llenas de bravura; el viejo le contesta que no quiere combatir con un locate como él; pero obligado por los insultos del mancebo, se decide a castigarle: pronuncia la palabra mágica, y el triste Joukahainen, desarmado como un muñeco, se ve bien pronto por tierra y con la

vida pendiente de los labios de Waeinaemoeinen. Para aplacar al irritado el viejo le ofrece cuanto posee: primero un arco famoso; luego un bote como no existe otro en el mundo; después un corcel de guerra, y, por último, plata y oro, y todos sus bienes; el viejo, inflexible, contesta a cada ofrecimiento: «Nada de eso me hace falta; yo lo tengo ya mucho mejor», y cada vez oprime más contra el suelo al pobre mozo, que, próximo a la agonía, exclama: «Te daré a mi hermana Aino para que sea tu mujer; ella será tu compañera; te amasará rico pan de miel, te limpiará la casa todas las mañanas y te hará la cama todas las noches.» El viejo cantor se enternece ante tan bella perspectiva, acepta el ofrecimiento y perdona la ligereza de lengua del imprudente Joukahainen.

Sigue a la escena de los cantores el patético episodio de Aino. Joukahainen vuelve a su casa en la mayor aflicción, y a las preguntas inquietas de su madre, contesta llorando que ha vendido a su hermana Aino. La madre se muestra satisfecha, pues deseaba emparentar con el famoso cantor; pero la joven Aino rompe a llorar con amargo desconsuelo. ¿Cómo va ella a resignarse a dejar su casa y a perder de vista para siempre el sol que la alumbra y el cielo azul que la cubre? Aunque la madre le dice que el sol luce en todas partes, la candorosa muchacha continúa llorando sin explicar la verdadera causa de su duelo. Después de una declaración de amor del viejo Waeinaemoeinen, a la que contesta Aino con desvío, viene una

tiernísima escena. Aino llora junto a la ventana; su padre, su hermano, su hermana, van pasando, y uno a uno preguntándole por qué llora; Aino contesta que ha perdido en el bosque sus joyas y que no las puede encontrar; pasa, por último, la madre, y a ésta la refiere la joven su encuentro con el cantor; la madre intenta convencer a la hija; pero ésta, después de nuevos lloros, declara que prefiere ir a habitar en lo más profundo de los mares a pasar su juventud al lado de un viejo, a quien no puede amar. Dominada por esta idea, se dirige a una playa cercana: allí llora toda la noche, y al amanecer, después de quitarse sus vestidos, se arroja al mar, entre cuyas ondas desaparece para siempre. Siguen largas reflexiones sobre la desgraciada estrella de Aino, y termina el episodio con una leyenda. En el sitio donde Aino desapareció nacieron tres islitas; en cada islita tres árboles, y en cada árbol cantan tres cucos. Durante los tres meses de verano un cuco canta: ¡amor, amor! en recuerdo de la joven que duerme sola en el mar; otro cuco canta durante seis meses: ¡dicha, dicha! para el viejo pretendiente, sumido en el más profundo dolor; el tercer cuco canta: ¡alegría, alegría! para el pobre corazón de la madre de Aino. Y este tercer cuco canta siempre.

El viejo y sabio Waeinaemoeinen, encariñado con la idea de tener una esposa joven que le haga más llevaderos los días de la vejez, emprende el viaje a Pohjola, con el que se inicia la acción principal del *Kalevala*. Joukahainen intenta dar muerte

al viejo; pero éste se libra milagrosamente y logra llegar a Pohjola y presentarse a Louhi, dueña y señora del país, a la que le pide la mano de su hija, mediante generosos ofrecimientos; Louhi los rechaza, y exige sólo como condición para entregar a su hija la construcción del molino de Sampo. Waeinaemoeinen declara que él es inhábil para esta empresa; pero que tiene un hermano llamado Ilmarinen, herrero de oficio, que se encargará de llevarla a cabo. Vuelve a Kalevala, y venciendo la resistencia de su hermano, hombre corto de palabras y más corto aún de ideas, le decide a marchar a Pohjola. Ilmarinen se presenta a Louhi; conoce a la doncella de Pohjola (cuyo nombre no es pronunciado ni una vez en el curso de la obra), y mediante promesa de casamiento, construye el molino misterioso; la doncella se niega después a casarse, e Ilmarinen regresa solo a su país.

La acción se interrumpe con el episodio de Lemminkaeinen, el tercero y último héroe Kaleva. El primero es el sabio; el segundo, el herrero, el trabajador; el último, el guerrero. Refiérese cómo Lemminkaeinen se casa con Kyllikki, la hermosa doncella de Saari; ambos viven felices en Kaukoudden, cumpliendo la promesa hecha al casarse; él no sale a buscar aventuras, y ella no va a las reuniones a bailar. Un día, Annikki, hermana del héroe, dice a éste: «Anoche fué Kyllikki al pueblo a bailar, a jugar y a cantar con los jóvenes», y en el acto Lemminkaeinen pide a su madre que le lave una camisa para marcharse a la gue-

rra, a Pohjola. Después va pidiendo todos sus arreos y su corcel; no va sólo a la guerra: va a buscar otra mujer que no sea tan ligera como Kyllikki. Y sin atender a las súplicas de ésta ni a los consejos maternales, marcha a la guerra, encomendándose al omnipotente dios Ukko. Preséntase a Louhi, pidiéndole que le entregue la más bella de sus hijas; Louhi se niega, porque Lemminkaeinen tiene ya otra esposa legítima; pero cuando éste asegura que es libre, pues Kyllikki faltó a su promesa, le ofrece la mano de su hija, a condición de que coja el ciervo salvaje de Hüsi. El héroe se encamina al bosque; invoca a Ukko y a los genios Tapio, Nyyrikki y Mielikki, y con su auxilio da cima a la difícil empresa. Louhi le exige después que coja el corcel de Hüsi, y, por último, no satisfecha aún, le pide el cisne de Tuoni. En esta empresa es herido Lemminkaeinen por una serpiente; siéntese morir y llama a su madre, la cual, después de una peregrinación dolorosa, llega a tiempo de salvar a su hijo. Ambos regresan a Kaukoudden.

Waeinaemoeinen e Ilmarinen se dirigen por segunda vez al país tenebroso de Pohjola y se presentan a Louhi, para que ésta decida a quién pertenece la disputada doncella; la cual, en presencia de los dos pretendientes, declara que no quiere riquezas, sino amor, y rechaza a Waeinaemoeinen, que huye lamentándose no haber buscado mujer en los bellos días de la juventud. Sigue una descripción suntuosa de las bodas de Ilmarinen, en las que son dignos de mención los discursos de

Louhi, de la novia y de varios concurrentes. Ilmarinen regresa con su mujer a Kalevala. Celébrase una fiesta, en la que Waeinaemoeinen canta un admirable epitalamio.

Lemminkaeinen no ha sido invitado a las bodas y desea tomar venganza: preséntase en Pohjola, pide hospedaje, y con pretexto de que la cerveza que le ofrecen no es buena, mueve querella al mayordomo de Pohja y le mata en desafío. Louhi llama a su gente para castigar al insensato que ha venido a turbar la alegría de las bodas, y el vengativo héroe huye a Kaukoudden a pedir amparo a su madre, la cual le aconseja que se esconda en cierta isla donde existe una ciudad libre, contra quien nada pueden los hombres de Pohja. Así lo hace Lemminkaeinen: llega a una isla, habitada por hermosas doncellas cantoras; pero el amor filial puede más en él que todos los encantos, y abandona la isla para buscar a su madre; al fin la encuentra sola, huyendo de los hombres de Pohja, que le han incendiado la casa y el jardín, y madre e hijo se reúnen con transportes de júbilo.

Sigue el gran episodio del desgraciado Kullervo. Este ha sido vencido por su hermano Untamoinen, y trabaja al servicio del buen herrero Ilmarinen, en Karelia. La mujer de Ilmarinen, la maligna doncella de Pohja, mira con malos ojos a Kullervo: un día, al amasar el pan, esconde una piedra dentro de una hogaza, con la que obsequia al pobre mozo cuando éste se va a apacentar el ganado. Mientras el ama invoca a los buenos Se-

nios para que protejan su rebaño y saluda con palabras de amistad al oso, «patas de miel, bello rey de las selvas», Kullervo llega al bosque y dispónese a merendar: parte la hogaza, y al descubrir la piedra prorrumpe en tristes lamentaciones. Aconsejado por un cuervo, que le escuchaba desde un árbol, junta una manada de lobos y de osos y la conduce a casa de su ama; ésta es destrozada por las feroces bestias, y Kullervo huye sin saber a dónde irá. Logra hallar a su madre; sabe que durante su ausencia ha desaparecido una de sus hermanas, y abandona de nuevo la casa paterna. En su triste peregrinación va encontrando muchachas por el camino: a todas las invita a montar en su trineo, y todas le contestan con las mismas palabras: «Antes querría morir que montar en tu trineo.» Halla, por último, a una joven muy bella; invítala, y aunque recibe igual respuesta, la coge y la sienta en el trineo; saca oro y telas con los que trastorna los sentidos de la muchacha, y logra seducirla. Al alborear del nuevo día, la joven pregunta a su amante cómo se llama. «Soy — dice éste — Kullervo, hijo de Kalervo. Y tú, ¿quién eres?» La joven, aterrada, le dice que es también hija de Kalervo, y en frases vehementes cuenta la historia de su desaparición y describe su tormento. Después salta del trineo, corre hacia una catarata y se arroja en medio del torbellino. Vuelve Kullervo a su casa, refiere a su madre la horrible desventura y pregunta qué ha de hacer para expiar su crimen; la madre le aconseja que se retire a

un bosque y se esconda allí hasta que el tiempo le haga olvidar; pero Kullervo quiere ir a la guerra y vengarse de su hermano Untamoinen. Después de esta escena trágica y de la despedida de Kullervo de todos los suyos, viene el lúgubre relato de un viaje. Kullervo camina; de cuando en cuando se le presenta un mensajero, diciéndole: «Ha muerto tu padre, tu hermano, tu hermana»; a todos les contesta Kullervo: «Que lleven el muerto a la sepultura», y sigue caminando. Por último, un mensajero le dice: «Tu madre acaba de morir.» Kullervo se echa a llorar y clama: «¡Ay de mí, que ha muerto mi madre, lo que yo más amaba sobre la tierra! ¡Y yo no estaba allí, yo no estaba a su lado! ¡Quizás ha muerto de hambre, quizás ha enfermado de frío! Que laven a la pobre muerta; que la hagan una costosa mortaja; que dolientes plañideras canten al llevarla a enterrar. Yo no puedo ir allá; Untamoinen está aún con vida y no ha recibido el castigo que le espera. — Y tú, Ukko, el más grande entre todos los dioses, tú que eres señor de cuanto existe, haz que el cielo arroje de sí una espada para Kullervo, que te implora, y que la espada sea de finísimo temple, para que toda la gente de Untamoinen perezca al filo de esta espada divina.» Ukko escucha esta súplica: una magnífica espada cae del cielo; Kullervo cumple su venganza con implacable furor; después, presa de mortal abatimiento, dirige esta última tierna invocación a su madre, y echándose de bruces sobre la punta de su espada, se desploma en tierra atravesado de parte a parte, y expira.

Se reanuda la acción. Ilmarinen llora amargamente la muerte de su mujer, y deseoso de consolarse, se encamina de nuevo a Pohjola, con idea de casarse allí por segunda vez. Louhi le despide con cajas destempladas; mas el buen herrero, por no volver solo, roba a una muchacha de Pohjola, la cual le engaña en el camino. Ilmarinen llega a Kalevala solo y despechado, y declara a Waeinaemoeinen que, según noticias recogidas en el país de Pohja, el molino de Sampo tiene la virtud de hacer feliz a quien lo posee. Convienen los dos hermanos en marchar al país de las tinieblas a robarle la felicidad de que disfruta, y para mayor seguridad, el viejo y sabio cantor lleva una espada que Ilmarinen forja con extraordinario esmero. En el camino encuentran al valiente Lemminkaeinen, que al saber que se trata de combatir a los de Pohjola, se une a los hermanos; y así, los tres héroes Kalevas emprenden la conquista de Sampo. Llegados a la presencia de Louhi, solicitan de ésta con palabras de paz que les entregue la mitad del molino; Louhi se niega y llama a sus gentes a las armas. Los tres héroes se dirigen a la montaña donde está escondido Sampo, y con gran esfuerzo, y gracias al poder hercúleo de Lemminkaeinen, logran arrancarlo de su sitio y ponerlo en el barco en que vinieron a Pohjola. Todo marcharía felizmente si una espesa niebla no les impidiese hacerse a la mar. Waeinaemoeinen consigue romper la niebla con su espada; pero la alegría se le enturbia muy pronto, pues se le cae en el hondo del mar el

kantele, su compañero inseparable, sin el cual no puede ni cantar ni regocijarse el venerable viejo. Entre tanto acude con sus guerreros la enfurecida Louhi, que para combatir mejor se transforma en águila. La lucha es formidable, y para terminarla, el prudente Waeinaemoeinen insiste en partir el molino por la mitad; pero Louhi quiere o todo o nada; y al proseguir el combate, el águila cae herida, arrastrando consigo el disputado Sampo, que se hunde en el mar. Desde entonces, Pohjola o Laponia es un país inhabitable y casi desierto, y Suomi o Finlandia es próspero y feliz.

De regreso a Kalevala, Waeinaemoeinen dedica sus ocios a construir un nuevo kantele, y una vez terminado, a alegrar con sus canciones al pueblo de Kaleva. Todo parece sonreir a esta venturosa región; pero la envidiosa Louhi, por arte mágica, logra afligirla con enfermedades nuevas, desconocidas: el sabio cantor libra a su pueblo de ellas. Louhi entonces envía un oso para que les destruya los rebaños; el inagotable cantor le da la muerte con una flecha, forjada a este efecto por Ilmarinen. Con la carne del oso celebra el pueblo un gran banquete, en el que Waeinaemoeinen entona un bello cántico en honor de Suomi.

No se da por vencida Louhi, y como supremo recurso acude al de esconder el sol y la luna en el monte de Pohjola. ¿Qué hará ahora Suomi, condenada a vivir en las tinieblas? El buen herrero Ilmarinen se ofrece con buena voluntad a construir un sol de oro y una luna de plata; pero llegado el día

de la prueba, se nota, según había predicho el sabio Waeinaemoeinen, que el sol de oro no da luz y que la luna de plata queda completamente obscura. El sabio cantor coge su espada y se encamina a Pohjola: intenta abrir las puertas de la montaña, donde Louhi ha escondido los astros; pero la espada no es bastante, y vuelve a Kalevala para que Ilmarinen le forje unos hierros con los que sea posible romper aquellas cárceles tan sólidamente construídas. Preséntase Louhi disfrazada en la herrería de Ilmarinen, y le pregunta qué está forjando. «Voy a forjar — dice el buen herrero — una argolla para aprisionar a Louhi en el monte de Pohjola.» Louhi, atemorizada, pone en libertad el sol y la luna, que son saludados al reaparecer con un bello himno del viejo Waeinaemoeinen.

Aquí termina en rigor la epopeya; pero en los cantos populares aparece adicionada con un epílogo, extraño por completo al argumento principal y a los episodios. Al convertirse al cristianismo, el pueblo finlandés quiso enlazar la nueva doctrina con la tradición poética popular, y creó una delicada leyenda en que hizo intervenir a su héroe más querido: al cantor Waeinaemoeinen, nacido también de una virgen, según la teogonía del *Kalevala.* En la leyenda figura una doncella llamada Mariatta, que concibe, siendo virgen, en forma análoga a la que Ilmatar contribuyó a la creación del mundo. Los padres de Mariatta, creyéndola culpable, la envían a un lugar oculto, donde nace el niño misterioso, destinado a dominar en el mun-

do por su grandeza y poder. Waeinaemoeinen desaparece entre nubes cantando al son de su kantele una canción, en que anuncia que algún día será deseada su vuelta para que construya un nuevo Sampo, haga un nuevo kantele y dé libertad al sol y la luna; y el cantor del poema termina declarando su torpeza y falta de estudios y pidiendo a sus oyentes un juicio benévolo.

*
* *

Creo que el extracto precedente, aunque compuesto a la ligera, al correr de la pluma, dará una idea aproximada de la importancia y mérito de esta gran epopeya del Norte. Un estudio crítico no me parece propio de este lugar, y me limitaré á completar la explicación del argumento con un brevísimo comentario. Las conexiones entre los personajes del *Kalevala* y los mitológicos y bíblicos saltan a la vista: lo difícil no es hallar analogías, sino descubrir las varias que contienen en sí los personajes del *Kalevala*, los cuales, por ser muy pocos, tienen fases múltiples y se prestan a numerosas interpretaciones. Pero aun teniendo en cuenta estos rasgos de semejanza, y suponiendo que proceden, no de una comunidad de origen, sino de la imitación de otras epopeyas o de la mitología de los pueblos indo-europeos, hay que reconocer que el pueblo finlandés o el autor desconocido del *Kalevala* no son simples rapsodas, y que la epopeya finlandesa es una verdadera crea-

ción; sus personajes son eflorescencias de este territorio: tal es la naturalidad con que en él viven y se mueven; y la acción está ajustada tan admirablemente a este suelo y a este cielo, a la vida, a las costumbres, a la historia de este país, que no hay modo de imaginarla en otros climas. Así, pues, el *Kalevala*, aparte sus bellezas y sus lunares, tiene un mérito fundamental: el de ser una creación étnica y territorial, esto es, una legítima epopeya.

Supongamos por un momento, sólo por vía de comparación, que un poeta finlandés hubiera pretendido adaptar a su país una epopeya como la *Iliaaa*. Tropezaría con una primera dificultad: este territorio no permite que se muevan ejércitos formidables como los descritos por Homero. Antes de salvar la distancia que hay entre las dos regiones antagónicas del país, morirían de hambre y de frío; y en vez de epopeya, tendríamos el relato de una retirada desastrosa. Hay, pues, que simplificar y quedarse sólo con los héroes, y hay que dotar a éstos de un poder sobrenatural para que acorten las distancias volando en algún esquife maravilloso. Y esta primera modificación lleva consigo otra más grave: el héroe principal no será ahora el más valiente, sino el más sabio. Aquiles queda en segundo término, y pasa a ocupar el primero Calcas, el adivino, o el prudente Ulises. He aquí por qué en el *Kalevala* la primera figura es la de Waeinaemoeinen, un viejo cargado de años y de prudencia; mientras Lemminkaeinen, el guerrero, viene después, detrás, no solamente de

Waeinaemoeinen, sino de Ilmarinen, que a falta de saber posee energía y tenacidad para el trabajo.

El asunto de la *Iliada* es la lucha contra Troya, el castigo de una afrenta recibida por los griegos en la persona de Menelao. Si se tratara de trasplantar aquí la acción, se notaría que estaba en pugna con la naturaleza del país. En el Mediodía, donde la sangre es más ardiente y la vida más fácil, son posibles ciertos refinamientos pasionales: el hombre no busca sólo una mujer, busca el amor, y el amor trae consigo los celos, las traiciones, los odios, las luchas del honor exaltado; aquí se contentan con la mujer a secas. En todo el *Kalevala* no existe una escena de amor al modo que nosotros lo concebimos: la declaración del viejo Waeinaemoeinen se reduce a cuatro palabras; Ilmarinen es más duro que un guijarro; Lemminkaeinen se separa de Kyllikki porque ésta fué a bailar, pero no porque sienta celos, sino porque su mujer ha faltado a lo convenido; Kullervo seduce a su hermana sin decirle una palabra amorosa, sólo con mostrarle oro y telas. El único amor a que estos héroes rinden culto es el amor maternal que pone en labios de Lemminkaeinen y de Kullervo las frases más apasionadas de la epopeya. Cuando los héroes Kalevas se dirigen a Pohjola, no van movidos por el amor, van a buscar una mujer, como quien va a comprar un barco o un trineo; después van a buscar el bienestar robando el molino de Sampo; por último, a libertar el sol y la luna. Los móviles de la acción épica son materia-

les; pero si la epopeya carece de elevación ideal, tiene en cambio la grandeza de lo que es verdadera y sinceramente humano. Los héroes están pintados como son, como esta tierra los cría y los nutre: son grandes como los bosques del país, y como ellos, tristes, sin luz. Más bellos que estos bosques son nuestros verjeles, cargados de flores y de aromas; pero todo no puede ser igual sobre la tierra.

Además de la interpretación natural del argumento del *Kalevala*, hay otra interpretación simbólica, que no destruye, sino que refuerza la primera: Pohjola es el mal, y la lucha de los Kalevas es el esfuerzo titánico de esta raza para vencerlo; y el mal no es un concepto abstracto, metafísico, ni una violación de las leyes morales: es algo tan materializado como el amor, según se ha visto ya; no tienen que inventarlo los hombres, porque existe aquí de asiento: es el frío, la nieve, la miseria, la falta de sol, la fiera que devora al ganado, todo cuanto en el clima éste existe, contrario a la vida del hombre. Y como estos males se agravan conforme se va ascendiendo hacia el Norte, en el Norte imaginaron los de Kaleva un pueblo al que atribuir las causas de sus penalidades, y contra ese pueblo dirigieron todas sus fuerzas. Parece un contrasentido que Suomi o Finlandia busque la felicidad en una región de donde vienen todos los males; pero la idea profunda del poema está ahí: en suponer que en Pohjola estuvo antes la felicidad simbolizada en Sampo, y que en la lucha, Pohjola

fué vencida, y Kalevala, no obstante la pérdida de Sampo, ganó una parte de esa felicidad sólo por haber combatido. Lo cual en términos claros quiere decir que la prosperidad en Finlandia está fundada en la energía con que sus habitantes han sabido y saben luchar contra una naturaleza hostil, inhospitalaria. Este simbolismo les permitía también explicar muchos fenómenos que en su ignorancia primitiva no podrían explicar lógicamente: por ejemplo, las diferencias climatológicas entre el Sur y el Norte del país o la desaparición temporal de los astros.

La acción principal del *Kalevala* se desarrolla trabajosamente a causa de los diversos episodios que a ella están unidos, y que si bien tienen con ella escasa relación, sirven para agrandar el escenario épico, si es permitido emplear juntas estas dos palabras. El episodio de la creación es como el pedestal sobre que se asienta la venerable figura del inventor del kantele, personalidad cíclica que desempeña por sí sola todos los papeles de una mitología, sin necesidad de casarse ni de tener descendencia. El episodio de Joukahainen pone en movimiento al héroe; y el mito de la bella Aino, la extraña Venus finlandesa, es como un preludio del tardío arranque amoroso, o mejor dicho, casamentero, que lleva al viejo cantor a Pohjola y da origen a la epopeya. Los demás episodios son más breves y menos importantes, hasta llegar al último, al de Kullervo, digno de formar un poema aparte. Aunque ese episodio parece completamente des-

ligado de la acción épica, debe notarse, sin embargo, que el cordón umbilical que a ella le enlaza es tan delicado, que si se lo cortase violentamente quizá el episodio no podría vivir: Kullervo es una víctima del sino, del *ananke* griego; mas su primer crimen, el que le lanza a cometer los demás, es la muerte de la doncella de Pohjola; y la piedra que ésta pone en el pan de su pobre criado es la fatalidad, es el mal, que viene del Norte, de la región tenebrosa, de donde vienen todos los males.

XXI

Algunas noticias sobre el movimiento literario y artístico de Finlandia.

Los habitantes de la montaña conocen por sus nombres los picos más altos y los más bajos, las lomas y los valles; los del llano o la ciudad, que ven la montaña desde lejos, se contentan con saber el nombre del pico más alto y a lo sumo su altura sobre el nivel del mar. Esta misma diferencia se nota cuando se estudia el movimiento intelectual de un país: los naturales lo conocen en toda su integridad, y el extranjero ha de concretarse a señalar los puntos más altos que descubre. Por esto he escrito con alguna extensión sobre el *Kalevala*, señalándolo, si no como un Chimborazo de las letras, como una epopeya de mucho aliento y de originalidad y belleza innegables.

Pero sería casi ofensivo para Finlandia pasar por alto la literatura de varios siglos y hablar sólo del *Kalevala*, que, por su antigüedad, es un monumento aislado, sin gran conexión con la cultura moderna; con mayor razón si se tiene en cuenta que el

Kalevala es una creación finlandesa, y que la cultura general hasta hace poco ha sido exclusivamente sueca, importada por la civilización del país. Hay, pues, que tratar aparte de lo sueco-finlandés; y aunque esta materia sólo pueda ser explicada con acierto enlazándola con el movimiento literario y artístico de la Escandinavia entera, no estará de más dar aquí un breve bosquejo. En cuanto a la literatura propiamente finlandesa, también hay que anotar el comienzo de un renacimiento literario, que ya ha producido algunas obras dignas de mención.

El movimiento nacionalista finlandés cuenta poco más de medio siglo, y su primera manifestación importante fué la publicación del *Kalevala* por Lonnrot. Esta fué como la exhumación de la partida de bautismo de la raza finlandesa y el punto de arranque del «fenomanismo», cuyo principal sostenedor fué Snellman. Yo no he de hablar de política menuda, y me reservo mi parecer sobre el litigio entre «suecomanos» y «fenomanos», partidos que luchan como de costumbre por el bien público y son a ratos una calamidad. Sólo diré que para este clima me parece excesivo el encono con que se combate, y que los «fenomanos» (viejos y nuevos, pues hay dos banderías), aunque defienden la causa finlandesa, que es la más justa desde el punto de vista territorial, suelen caer en ridículas exageraciones. Nosotros no comprenderíamos, por ejemplo, la necesidad de que un sueco de origen, al declararse «fenomano», se rebautice o se

confirme con un nombre finlandés. Aquí esto es frecüente, y en los últimos tiempos ha habido un trasiego considerable de apellidos. Entre los literatos, el dramaturgo Kivi, el autor de *Kullervo*, se llamaba Stenvall; el senador Yrjoe-Koskinen, autor de una notable *Historia de Finlandia*, antes de ser noble era un Forsman; el novelista Juhani Aho era un Brofeldt, y así por el estilo.

Son muchos los escritores finlandeses que se han dado a conocer desde que comenzó el movimiento nacional; pero los más de ellos, aunque escriben en finlandés, continúan sometidos a la influencia sueca, y algunos se inclinan del lado de Rusia e imitan a sus escritores, a Tolstoi en particular. Sin duda el escritor más independiente hasta el día es Pietari Paeivaerinta, campesino y humilde cantor de iglesia, que se ha creado una gran celebridad con sus cuadros de costumbres, en los que, con espontaneidad y sin aliño, retrata la vida del interior del país, al modo que lo hizo Trueba en España. Juhani Aho es también escritor muy reputado, principalmente por sus narraciones cortas, de las que ha publicado varias series con el título de *Lastuja* (Virutas).

Paralelo al movimiento literario finlandés se desarrolla el sueco.

Durante la dominación sueca, la literatura sueco-finlandesa sólo registra personalidades mediocres, salvo alguna figura aislada, como la de Porthan, el historiador o el poeta Franzen; mas al desaparecer la dominación política, sea para supli-

carla, sea como respuesta anticipada al inevitable despertar del espíritu finlandés, surge un período deflorecimiento, que será en el porvenir el siglo de oro de esta literatura, y cuyo principal representante es Johan Ludvig Runeberg. Al lado de éste figura su mujer, Frederika Runeberg, escritora de novelas históricas; Zacarías Zopelius, autor dramático y novelista, y en particular maestro consumado en el género de cuentos para los niños; el polígrafo Cygnaeus, el exégeta bíblico Stenback, el poeta Nervander y muchos más.

Runeberg ha escrito cuentos y ha dado algo al teatro; pero es ante todo poeta, y como poeta, aunque ha cultivado diversos géneros, en el que descuella más es en el legendario, en el que es comparable a nuestro Zorrilla. Su obra más perfecta es *Faenrik Stals Saegner*, el cancionero de la edad heroica de Finlandia, algunas de cuyas poesías, como el *Vart Land* y la marcha de los bjorneborgueses, han alcanzado la máxima popularidad a que puede aspirar un buen poeta: *Elgskyttarne*, *Julquaellen*, *Kung Fjalar*, y en general todas sus obras, son el catecismo poético de este país. No es Runeberg un genio innovador ni que asombre por su profundidad; pero es un artista equilibrado y armónico. Y tiene además en un país como éste, dividido en dos nacionalidades de raza, el mérito de haberse aproximado más que ningún otro poeta sueco al espíritu finlandés.

El antagonismo irreductible entre lo finlandés y lo sueco, y la exageración del espíritu cosmopoli-

ta, son las dos causas que impiden que la intensa cultura de este país dé los frutos que debía de dar. Agréguese a esto la falta de una crítica severa que espolee a los que trabajan. Son muchos los periódicos, algunos de enorme tamaño, y para un país tan pequeño como éste; los medios de publicidad son excesivos. En un dos por tres nace y crece y se consolida una reputación; y como el artista va, como todo el mundo, a sacar el mayor partido con el menor esfuerzo, suele quedarse en los primeros escalones, una vez que se ve aplaudido y cree haber dado con una forma perfecta de expresión.

Hay pasión por la música: por aquí desfilan todas las notabilidades europeas; hay facilidades para aprender, y se protege mucho al que vale; y sin embargo, fuera de Pacius, que es una figura de segundo orden, no hay compositores de nota. Quizás influya en esto también el carácter demasiado práctico de la enseñanza, que tiende más a asegurar al alumno los medios de subsistencia que a dar vuelo a sus facultades creadoras.

El Museo de pinturas o colección de cuadros del Ateneum es un *totum revolutum*, en el que lo único sensato que yo he encontrado es la abundancia de cuadro flamencos y holandeses, en los que debían estos artistas estudiar con preferencia por ser los que más se aproximan a lo que deberá ser el arte en Finlandia, cuando exista y no esté como hoy ahogado en germen por la importación extranjera. Si un día aparece en Finlandia un genio

pictórico, se asemejará más que a ningún otro a Rembrandt. Cierto que hoy se piensa y se dice que el artista debe ser sólo una personalidad; pero yo dudo que un finlandés pueda adquirir esa personalidad imitando a los franceses o a los italianos, que es lo que ahora se hace. Lo que es natural en el Sur es absurdo en el ambiente del Norte, y así se nota aun en los buenos pintores de Finlandia, que ven los tipos de su tierra como los vería un extranjero, y los pintan a lo impresionista o a lo decadente, cuando lo lógico sería pintarlos a lo espeso y a lo macizo, en el aire denso que aquí se respira.

Si se visita una Exposición (hay dos anuales, una en primavera y otra en otoño), la impresión que se recibe es semejante a la que produce un niño cacoquimio y arrugado como un viejo. Hay cuadros que se quieren salir de la sala para irse a los países de donde proceden, y no hay extravagancia de la moda que no tenga su representación. Aunque son muchos los pintores y escultores (sólo las señoritas pintoras pasan de la docena), son contados los artistas que merezcan este nombre. Vallgren es un escultor elegante y delicado, francés como artista y finlandés sólo de nombre; de los pintores, los que representan las dos tendencias más marcadas en este arte son Edelfet y Gallen: el primero la tendencia sueca, y el segundo la finlandesa, aunque esto sólo en la intención, pues en los procedimientos están ambos formados por influencias exóticas.

Edelfet se inspira indudablemente en la tradición de Runeberg, y sus obras mejor concebidas son las ilustraciones de los poemas de éste, en primer término las del *Kung Fjalar*. Como retratista, es un pintor concienzudo, y sus retratos del doctor Pasteur y del doctor Roux son verdaderas obras de arte. En sus cuadros históricos o de género aparece al principio como un buen discípulo de la escuela flamenca (por ejemplo en su «Reina Blanca»), para caer después en un realismo seco y prosaico, como el de las «Viejas de Ruokalak». La Finlandia que él ve es la de los héroes suecos, no la de otros héroes obscuros, los finlandeses, que fueron subyugados en su propia casa solariega.

Axel Gallen es un pintor de imaginación y de talento un tanto desordenado, pero inquieto y trabajador. Cada cuadro suyo es superior a los precedentes. Si fuera poeta, sería un poeta decadente, y la concepción de sus cuadros creo yo que peca de exceso de intelectualismo. En su *Conceptio artis* representa a un hombre desnudo, de espaldas, abalanzándose, con las manos contraídas como garras, sobre una embozada Quimera, en medio de un campo verde, monótono, donde crecen unas cuantas flores rojas: ésta debe de ser la propia concepción de Gallen. Pero sus cuadros verdaderamente importantes son los que forman el ciclo del *Kalevala:* el primero, un tríptico, cuyo asunto es el «Mito de Aino», es obra de un aprendiz; la «Construcción de Sampo, por Ilmarinen», tiene más consistencia; la «Defensa de Sampo, por

Waeinaemoeinen» (el momento en que Louhi, transformada en águila, acomete a los Kalevas, y el viejo cantor se defiende con su espada), es una pintura llena de brío y carácter; y el último, «Lemminkaeinen Tuonelasa» (el encuentro de la madre del héroe con su pobre hijo junto al lago Tuoni), es quizás lo más elevado que hasta ahora haya sido concebido por un artista finlandés. El cuadro es una adaptación hábil del goticismo a la tradición poética de Finlandia, y aunque no anuncie un arte nuevo, es un paso dado en firme para la creación de un arte nacional.

XXII

Cómo se mueren los finlandeses.

La muerte es el término natural de todas las cosas de esta vida; y para que estas cartas, que he ido escribiendo con la mayor naturalidad que me ha sido posible, terminen naturalmente también, voy a matar a los finlandeses y a dejarlos muertos y sepultados para que ningún español vuelva a tocarlos, así como ninguno había escrito hasta ahora sobre esta tierra remota, a menos que yo ande mal de noticias. Pocos son los españoles que aquí vienen, y los pocos que vienen, vienen a sus negocios, y sólo en ellos se fijan y no se enteran más que de lo relativo a la venta de vinos, frutas y sal, que es en substancia lo único que España envía a este país.

No sé si algún sabio habrá estudiado la psicología de la muerte; yo desde luego creo que esta rama del saber existe o debe existir, y que es acaso la más importante para la vida. Nacer, todos nacemos lo mismo; es decir, hay quien nace de cabeza y quien nace de pies, y quien toma otras pos-

turas caprichosas y difíciles; pero todos venimos al mundo sin solicitarlo. Si todos nos muriéramos de la misma manera, podría asegurarse desde luego que la vida pasaba sin influir para nada en el hombre. Al contrario, la muerte, siendo un hecho universal, es a la vez tan personal, que de ella puede decirse que es el momento en que espiritualmente se condensa la vida humana. La idea, la imagen que se nos ocurre al pensar en el instante de nuestra muerte, es la que rige en secreto nuestra vida. ¡Cuántos que realizan la proeza vulgar de crear y sostener una familia numerosa, quizás la realizan pensando en lo triste que sería morir abandonados sin tener una mano cariñosa que les cierre los ojos!

La muerte es, pues, un fenómeno individual, y por lo mismo que resume la vida, puede ser también nacional, esto es, expresar los caracteres dominantes de cada nación. En este pueblo excelente de Finlandia, cuyo carácter más saliente se ha visto que es el sentido práctico y el amor al progreso, la regla no sufre excepción y las gentes se mueren con arreglo a todos los adelantos de la ciencia y con un buen sentido que hay que envidiarles. Se mueren mucho más viejos que nosotros, según el promedio estadístico, y se mueren de un modo original.

Es frecuente leer en las esquelas mortuorias que a diario trae la prensa, que personas de buena posición social se han muerto en éste o en aquel hospital o «sjukhus». Y según el desarrollo que van

tomando las industrias curativas, pronto se morirán todos los individuos en la casa de salud que por clasificación les corresponda. Es cierto que la localización de los enfermos en edificios apropiados es útil para la curación de las enfermedades, y más útil aún para la salud pública cuando se trata de enfermedades contagiosas. A nosotros estas razones no nos decidirán nunca a enviar a nuestros enfermos a los hospitales; pero aquí basta saber que la idea es práctica para que se la acepte: con este sistema un enfermo es un gasto fijo; pero no es una molestia ni un estorbo, y la familia del paciente puede continuar la vida ordinaria. Si un niño tiene la desgracia de romperse un brazo o una pierna, se le lleva a una «bracería» o «pernería» (las palabras no están aún inventadas, pero las inventarán), y se le recoge cuando tiene compuesto el miembro roto. Hay señoras muy distinguidas que van a dar a luz a las casas de Maternidad. Del mismo modo que se va a casa del dentista a sacarse un diente, se va a casa de una comadrona a salir del paso, y a los pocos días se regresa con el diente entre pañales. En cuanto a la enfermera de aquí, no tiene nada que ver con la hermana de la caridad ni con los enfermeros de nuestros hospitales. La «sjukskoterska» suele ser una señorita decente que, después de ciertos estudios y prácticas, obtiene un título y desempeña su cargo en la misma forma y con igual consideración social que si fuera maestra de un colegio o escribienta en una oficina.

Yo no he visto morirse a ningún finlandés, y aunque lo hubiera visto no iba a ser tan descorazonado que sometiera al moribundo a una «interview» *in articulo mortis.* Pero hay mil detalles que bastan y sobran para suplir la observación directa, y voy a dar a conocer algunos. La muerte es apacible y serena y un tanto solemne, y por raro contraste es anunciada con derroches de lirismo funerario, del que sólo hallamos ejemplos análogos en las Repúblicas sud-americanas. En los anuncios de defunción se dice casi siempre que la muerte fué tranquila y suave, y los entierros son una de las fiestas más animadas del país. Desde la casa mortuoria hasta la iglesia donde la inhumación tiene lugar, está tapizada la calle con ramas de pino; las comitivas son numerosas, marchando a la cabeza la familia del muerto, hombres y mujeres llevando coronas. No es tampoco fácil que entierren a nadie vivo, porque el muerto está muchos días en casa. Hay sepelios que se celebran ocho o diez días después de la defunción.

En los comunicados fúnebres que la familia envía a los periódicos, es costumbre publicar versos por el estilo de los que se leen en nuestros cementerios, pero mucho más hinchados y sentimentales; y al final se copia una sentencia, que es como si dijéramos el tema dominante de la vida del difunto. Las más vulgares son: «Bendito sea el nombre del Señor», o «Señor, Tú eres la esperanza única»; pero hay quien pone un pensamiento filosófico o una frase tomada de algún escritor célebre; y lo

más común es indicar en abreviatura un versículo de la Biblia para que los lectores «evacuen la cita» y sepan a qué atenerse. De la lectura de estas sentencias y poesías se saca en claro que la muerte finlandesa es esencialmente bíblica, y que la idea que aquí se tiene de la muerte (idea natural en un país donde la vida es tan dura) es que, por muy malo que sea un hombre, merece la corona del triunfo sólo por haber vivido y luchado.

Para expresar de un modo plástico estos caracteres de la muerte en Finlandia, voy a transcribir una esquela de defunción de las que vienen diariamente en los periódicos; advirtiendo que las expansiones de la familia de Petersson, que a mis lectores les parecerán exageradas, son aquí moneda corriente, por la razón ya dicha de que esta sociedad, no obstante ciertos refinamientos de cultura, conserva un fondo de candor infantil, propio de los pueblos primitivos o apegados a la vida natural.



Se da conocimiento de que mi intimamente adorado esposo

EL PESCADERO

JOHAN PETERSSON

falleció ayer tranquilamente en el Señor
a consecuencia de un catarro pulmonar, a la edad
de 50 años, 3 meses y 5 días,
llorado con profundo duelo por mí, cinco hijos,
dos nietos, tres hermanos, dos cuñados,
siete primos, muchos más parientes y amigos.

María Petersson.

Este que veis aquí, pálido y muerto,
Ayer estaba sano y colorado;
En la lucha penosa de la vida
El con fe y constancia ha peleado;
Al fin es libre y áhora se encamina
Al puerto de Salud tan deseado,
Donde el Señor le espera para darle
La corona del triunfo que ha ganado.

Jhon 13...

Algunas semanas después vais al teatro y halláis a las de Petersson, muy serias y enlutadas, presenciando el espectáculo. — ¿No son ésas las que han sufrido hace poco la pérdida del cabeza de familia? — preguntáis. — Esas son — os dirán. — ¿Y cómo vienen tan pronto al teatro? — volvéis a preguntar. — ¿Cree usted que porque una persona se muera — contestarán —, van las

demás a meterse entre cuatro paredes? Para eso sería mejor morirse todos de una vez... Además, el teatro sirve para distraerse; y esa familia que ha tenido una pérdida tan considerable, ¿no le parece a usted que necesita distracción con mayor motivo que nosotros, a quienes no se nos ha muerto nadie?

Y oyendo esta contestación, que no tiene vuelta de hoja, os quedáis como yo me quedé: como si os hubieran tirado a la cabeza el «Organon» de Aristóteles.

ÍNDICE

Páginas.

española en el Instituto de León; secretario de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la provincia, etc., etc. En 4.º, con 44 láminas fotograbadas, prólogo de Julio Puyol y Alonso, 25 ptas.

Hernández-Pinzón (J.), Capitán de Infantería de Marina y licenciado en Derecho.—Pinzón: sus viajes y descubrimientos. Madrid, 1920. En 8.º, 2 ptas.

Karr (Alfonso). — Elena, o una hora más tarde. En 8.º, 1,50 ptas.

Lanchetas (R.).—Gramática y vocabulario de las obras de Gonzalo de Berceo. Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española e impresa a sus expensas. En folio, 20 ptas.

López Valencia (F.).—Cuadros americanos. Escenas de la vida en los Estados Unidos. Madrid, 1920. En 8.º, 3,50 ptas.

— Del país gigante. La vida y los negocios en Norteamérica. Segunda edición. En 8.º, 3,50 ptas.

Mateos Aguirre (F.), Secretario de la Sociedad Hispano-Portuguesa de Numismática.—Descripción de las monedas hispano-cristianas desde los Reyes Católicos a Alfonso XII, con sus precios y reproducción. Madrid, 1920. En 4.º, con 35 láminas, 9 ptas.

Maupassant (Guy de).—Obras ilustradas con grabados y traducidas por Ruiz Contreras:

— Claror de luna. En 8.º, 3,50 ptas.

— El doncel de la señora Husson. En 8.º, 3,50 ptas.

— El horla. En 8.º, 3,50 ptas.

— El señor Parent. En 8.º, 3,50 ptas.

— La mano izquierda. En 8.º, 3,50 ptas.

— Pedro y Juan. En 8.º, 3 ptas.

Medina (V.).—Viejo cantar (juicio crítico de Unamuno). Colección de las obras completas de Vicente Medina, editadas por él propio. Rosario de Santa Fe, 1919. En 8.º, 2 ptas.; encuadernado en piel, 3,50 ptas.

Esta Casa servirá cuantos pedidos de libros se le hagan, aun cuando no consten en sus Catálogos, siempre que vengan acompañados de su importe.



LS.
G1974c
233247
Author Ganivet, Angel
Title Cartas finlandesas.
NAME OF BORROWER.
DATE
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

